

Ella, mi sueño y el Mar

Óscar Perdomo Gamboa

Colección Artes y Humanidades



Universidad
del Valle

Programa  Editorial

Ella, mi sueño y el mar



Colección Artes y Humanidades

Reúne una colección de cuentos románticos que se puede leer y entender como una novela a cuadros en la que los protagonistas, la Princesa y su eterno enamorado Óscar, se buscan a través del tiempo y el espacio, confundidos entre anécdotas de la historia universal y los mundos maravillosos. Los relatos se escriben en un lenguaje muy lírico y contemporáneo, con profusión de fábulas e imágenes, llenos de imaginación y fantasía. En este hermoso libro se reviven y actualizan los valores primordiales del romanticismo: el amor, la búsqueda del infinito, el heroísmo y, cómo no, la tragedia.



OSCAR PERDOMO GAMBOA

Ella, mi sueño y el mar



Colección Artes y Humanidades

Perdomo Gamboa, Oscar, 1974-

Ella, mi sueño y el mar / Oscar Perdomo Gamboa. —
Santiago de Cali : Programa Editorial Universidad del
Valle, 2008.

206 p. ; 22 cm. — (Colección Artes y Humanidades)

Incluye índice.

1. Novela colombiana I. Tít. II. Serie.

Co863.6 cd 21 ed.

A1151854

CEP-Banco de la República-Biblioteca Luis Ángel Arango

Universidad del Valle

Programa Editorial

Título: Ella, mi sueño y el mar

Autor: Oscar Perdomo Gamboa

ISBN: 978-958-670-629-2

ISBN-PDF: 978-958-5156-78-4

DOI: 10.25100/peu.466

Colección: Artes y Humanidades - Literatura

Primera Edición Impresa marzo 2008

Rector de la Universidad del Valle: Édgar Varela Barrios

Vicerrector de Investigaciones: Héctor Cadavid Ramírez

Director del Programa Editorial: Omar J. Díaz Saldaña

© Universidad del Valle

© Oscar Perdomo Gamboa

Diseño de carátula: UV Media

Este libro, o parte de él, no puede ser reproducido por ningún medio sin autorización escrita de la Universidad del Valle.

El contenido de esta obra corresponde al derecho de expresión del autor y no compromete el pensamiento institucional de la Universidad del Valle, ni genera responsabilidad frente a terceros.

El autor es el responsable del respeto a los derechos de autor y del material contenido en la publicación, razón por la cual la Universidad no puede asumir ninguna responsabilidad en caso de omisiones o errores.

Cali, Colombia, octubre de 2020

CONTENIDO

CERO	
ALGÚN LUGAR DEL TIEMPO Y EL ESPACIO	7
UNO	
DÍAS DEL PASADO PRESENTE.....	9
MDCCCXII/IX/XII.....	13
MDXX/VI/XXX	21
MCMLXXIII/VII/XXVII	31
CCCXXVII/II/XVI	37
MCML/VII/XVII.....	45
MLXIV/IV/V	53
MCCLXI/XI/IXX.....	59
MCCXXXIII/VI/XXX	69
DCCXC/V/XIII	79
–DLXXXIV/XI/XXIII	91
MMIV/XII/VII	97
DOS	
PERGAMINOS A LA DERIVA.....	103
LECTURA DE BITÁCORA: DÍA 3023	
DEL ZAHIR. DE LA TRAMPA CON ÉL TENDIDA Y DE LAS DESGRACIAS QUE ACAECIERON	107
LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 0402	
DE LA PRINCESA SUBMARINA. DE SU ENCUENTRO CON LOS SERES DEL AIRE Y DE CÓMO EVITÓ LA DESTRUCCIÓN DE SU REINO	117
LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 1567	
DEL LIBRO MÁGICO. DEL ARMAGEDÓN DE NIHTÂVER Y DE LA HEROICA GESTA QUE SALVÓ TODO UN PUEBLO DE CANTORES	127
LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 1001	
DEL PARAÍSO DE SUEÑOS. DE CÓMO DOS GOLEMS CREARON UN MUNDO Y DE LAS AVENTURAS EN ÉL IMAGINADAS	137
LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 1970	

DEL TORNEO DE LAS PRINCESAS. DE LA DONCELLA DESCONOCIDA Y DE LAS PALABRAS QUE ESCRIBIÓ DURANTE TRES DÍAS	141
LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 8563	
DE LA ANTIGUA PROFECÍA. DEL ENVIADO DE LOS CIELOS Y DE LA SALVACIÓN DEL ALMA INMORTAL	153
LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 4597	
DEL NIÑO Y LA MARIPOSA. DE LAS AVENTURAS EN LOS JARDINES Y DE LA METAMORFOSIS MÁGICA.....	159
LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 6748	
DE LA LEYENDA DEL LAGO GUAMUEZ. DE CÓMO SE ENCONTRARON LA HIJA DE LA MONTAÑA Y EL HIJO DEL RÍO Y DE SU FUGAZ FELICIDAD.....	165
LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 1605	
DEL INGENIOSO CAMINANTE. DE SUS SINGULARES AVENTURAS Y DEL MENSAJE QUE LLEVÓ AL QUE SE LE REPRESENTÓ COMO CASTILLO	173
TRES	
HISTORIAS QUE JAMÁS DEBIERON ESCRIBIRSE	179
PRIMERO	183
SEGUNDO	185
TERCERO	189
CUARTO.....	193
QUINTO	197
ÚLTIMO.....	201
EPÍLOGO	205

CERO
ALGÚN LUGAR DEL TIEMPO Y EL ESPACIO

Sol y nubes amarillas. Y viento, y hojas, y sabor de mantícora trasnochada. Flama de quimeras, de avatares, de trasgos; de brujas sin plumas, de cerdos al vuelo, de aromas calcinantes y ebrios. El asfalto seco, las botas que no llevo, las escalas, como las de Zepellin o las de Cortázar. Y arriba, al borde del abismo, pandemonium. El averno de los jugadores. Caldo hirviente de histerias y celos colectivos. Las viejas sonrisas concentradas, los libros no leídos, las criaturas de la mitología comercial. Yo camino, como Ulises entrando al Hades, entre los espectros que no pueden tocarme. Entre las huellas de los elfos y el fuego de los dragones. Dos manos, un saludo, una carta que no tengo. La misma rutina magnética. Empantanado, regreso donde el vapor de malta no me alcance, donde mis poros puedan beber hollín fresco. Y escucho una voz de sirena no mítica, no cartográfica, no inválida. Hay un eco, lejano como todo lo que nunca tuve, una vieja fotografía en blanco y negro. Una tez sonrojada, una oleada negra, algo que soplaba en mi nuca, y la voz argentada que insiste en mi memoria. Golpea contra mis olvidadizas rocas como marea atormentada, una y otra vez, hasta que los recuerdos salpican mi rostro. La conozco en una maraña universitaria con mi emperatriz rusa. Con una revista negra y una

deidad en el cielo. Y hablo. ¿Qué otra cosa me queda salvo el lenguaje? Barajo mis penas e invento historias con la facilidad de un niño con muchos juguetes. Rueda Tolkien, rueda Garrincha, rueda Luthor. Rueda el mundo en un torbellino cuyo centro soy yo, y la sirena, y una mirada verde, intermitente como silbido de estrella. Entonces la veo, agazapada como un hobbit, titilante cual tesoro escondido. Ceñida de noche y esmeralda; de bandera africana, de fruto trapezista, de paisaje en invierno. Algo adivino entre líneas, pero mis cejas, llenas de divinidad y trajín, están sedientas a pesar de tanta magia azul. Me diluyo entre las luces, los dibujos y las propias palabras incautas, dichas al azar, como corresponde a un juego de cartas. Después, mucho después, cuando mi pasado ha tenido tiempo de atormentarme, me reflejo en sus ojos verdeamarillo, como la selección Brasil. Unos ojos sin memoria pero con fulgor de diosa. Su cantar me envuelve en tiras palindrómicas. Imagino su piel y las caricias que ha perdido. Besos en el pasado ignoto. Sentimientos ahogados en un agujero negro inescrutable. El olvido, esa paradoja, abrazando su torso de mármol. Entonces la miro de nuevo, deslumbrado por su unicidad. La supongo personaje de cuento, de fábula, de cómic. La pienso en un laberinto arrugado, libre de cadenas y perseguida por ellas. Imagino su pluma, sus párrafos, su historia impresa, cual leyenda. La veo tan especial como es, como fue, como será aunque no lo recuerde. Entonces concibo el terrible momento en que me olvide, en que mi ropa azul se disuelva con el sopor taciturno y el olor a pan. Me niego a languidecer en esa hermosa pero fría fosa común. Me pregunto si seré parte de sus letras algún día. Así que le propongo un juego, una apuesta sorda. Cambiar letras por letras, versos por sueños, canciones mal entonadas por un suspiro al momento del olvido, esa otra muerte. No sé si me convierta en trino, en huella de lápiz o en sombra sin rostro, como soy ahora; pero sé que guardaré en mi recuerdo su mirada, su eterna mirada, para entregársela de nuevo el día en que definitivamente me olvide y que podamos mirarnos como dos desconocidos... otra vez.

UNO

DÍAS DEL PASADO PRESENTE

INTRO

¿Recuerdas nuestro primer juego? No, sé que no lo recuerdas, pero me gusta preguntarte. Fue en el emirato de Omar. Yo le llevé su primer tablero de ajedrez, le enseñé a jugar y le gané muchas veces. Luego él me dijo que tenía una odalisca muy sagaz que podría vencerme. Sonreí y acepté el reto. El emir batió sus palmas y entraste tú con el atardecer, envuelta en sedas rosadas que se confundían con los arboles del cielo tras tu espalda. Te sentaste frente a mí, con tus piernas cruzadas sobre el mullido tapiz púrpura. Te expliqué las reglas y los trucos del juego. Tú escogiste las fichas rojas, tal vez porque hacían juego con tu velo. Yo tomé las blancas, claro, y para seguir con la metáfora las emparejé con tu vientre, cuya vista me era vedada por tu traje y los sables de los guardias. Fue un juego difícil. Sé que no lo recuerdas, pero me obligaste a cambiar un caballo por un simple peón con una artimaña que nunca se me habría ocurrido. Tus alfiles se proyectaban agudos, como tus pestañas cuando me mirabas desafiante. Perdí una torre justo antes de guarecerme en un protector enroque. Pero cometiste un error. Pensaste que

estaba perdido y enfilaste tu ataque demasiado pronto. Tuve que usar mi último alfil como cebo para capturar tu reina. Cuando descubriste el truco era demasiado tarde. También lo fue para el emir. Esa noche huimos en el único caballo que quedó tras la partida: un corcel de madera que galopaba sobre el viento cuando activaba una clavija tras su oreja. Nos fuimos lejos, donde no nos pudieran alcanzar las alfombras voladoras ni los efrites malvados. ¿No lo recuerdas? No, sé bien que no, pero no puedo evitar asombrarme ante tu curiosidad diáfana, teñida de sol y de bosque. ¿Recuerdas aquel otro juego? Me agarraste por la camisa y me sacudiste mientras me gritabas que no podía enfrentarme con Lanzarote. Yo traté de calmarte y de decirte que era sólo una justa. Tú me zarandeaste y me lanzaste con ira contra la pared. Sólo lo entendí cuando cabalgaba lanza en ristre contra mi oponente, en un caballo diferente al del juego anterior. El noble Lanzarote se acercaba firme, protegido por su dios extinto. Entonces vi la profecía en tu rabia y traté de buscarte entre el público, pero no estabas. La lanza acertó mi pecho con facilidad. Atravesó el escudo de roble, el peto de bronce y la carne de ecos. Pasaron siglos antes de que te volviera a ver. Tuve que enlistarme con Francis Drake y arrasar Cartagena para hacerlo. Allí nos enfrentamos de nuevo. Yo derribé de una patada la puerta de tu casa, sin saber que era tuya, y me encontré con una barrera infranqueable, tu frente asustada. Te reconocí de inmediato y bajé mi espada. Entonces levantaste la tuya y con hábiles mandobles me obligaste a retroceder. Tuve que defenderme y blandí mi arma con la misma pasión con que tú lo hacías. Danzamos al ritmo de los aceros y los cañones en la lejanía. Tenías una esmeralda en el cuello y un anillo de ágatas en la mano derecha. Y tenías los ojos poseídos por un fuego más intenso que el que consumía tu ciudad. Tras mucho jugar, trazaste una estocada que rasgó mi camisa y me lanzó contra la pared en un movimiento idéntico al de nuestro segundo juego. Entonces me recordaste, creo, porque cambiaste tu rabia por

asombro y dejaste que el sonido del metal contra el piso cerrase nuestra danza fatal. Mientras la sangre inundaba mi camisa te rogué que escaparas porque Drake saquearía Cartagena, pero no lo hiciste. Lo último que vi fueron tus pupilas fundiéndose con la piedra de tu cuello. Una vez te busqué sin saberlo en el Moulin Rouge. Llegué con Toulouse-Loutrec, ebrio como corresponde, y no te vi bailar porque el láudano me derrotó antes de que tus afeites tuvieran la oportunidad. La sífilis nos separó por aquella época. Después sentí un golpe en mi hombro en una taberna polvorienta de Norteamérica. Al girar te vi, pero no te recordé, tal vez porque estabas escondida tras un abanico rojo. Me dijiste algo que se me ha olvidado y me sentaste en una mesa frente a una baraja francesa, rodeado de música y humo. Tengo el vago recuerdo de haber sonreído y de sacar un fajo de billetes menos verdes que tu mirada indómita. En la primera mano te gané con un *full house*. Reyes y reinas, nada menos. Por dos juegos no tuve nada, pero te gané blofeando. Luego hiciste una escalera real y acabaste con mis tres ases. Reías tras tu abanico mientras acomodabas tu póquer de *jacks*. Una y otra vez me ganabas y te reías mientras yo trataba inútilmente de mantener mi honra como tahúr. Entonces hice la jugada ganadora. Desenfundé mi revólver con presteza y lo planté frente a tu cara. La música se detuvo y hasta el humo pareció suspenderse en el aire. Tú no te asustaste. Sólo me mostraste tu risa descarada mientras arrojabas sobre la mesa el abanico lleno de todas tus cartas falsas. Acercaste tu rostro límpido al arma, que empezaba a temblar con mi mano, y me mostraste la eternidad en tus ojos. Olvidaste también ese juego? Tuvimos muchos más a través de los siglos. Nos rendimos a las adivinanzas con Mozart y su mujer. Fui yo quien le inspiró a Papageno cacareando como corteza de ciprés. Jugamos tenis con Chaplin y alguna de sus esposas, aunque mi aura negra nunca ha servido para el deporte blanco. En cambio, fuimos fútbol con Jairzinho en una playa de Río; tú no participaste, pero dejaste que el sol tropical besara tu piel blanca y

errabunda. También saltamos galaxias de tiza de rayuela en Buenos Aires, en las aceras de Palermo, con pantalones cortos y zapatos de charol como los de Mafalda. Éramos muy niños y, aunque no sabíamos quiénes éramos, la inocencia nos permitió disfrutar los saltos entre los caminos de cal. Cortázar caminaba adolescente envuelto en humo a pocas cuadras y Boca anotaba el tercer gol de la tarde. Fito aún no nacía. ¿No recuerdas esos juegos? No. Sé muy bien que no los recuerdas, pero estuviste allí, tal como estás ahora, cuando aún no nos reconocemos. Inventada, como todo lo que nos rodea. Irreal como los sueños y como ellos verídica. ¿Qué es el tiempo sino una paradoja? Como canta una canción que no escribí, todo lo que tengo es tiempo hasta el fin de los tiempos y la imaginación suficiente para mantenerme vivo entre ellos hasta que recuerdes todos los juegos que tendremos cuando despiertes conmigo al infinito.

MDCCCXII/IX/XII

Tres colores dominaban la madrugada de Riazán. El más abundante era el gris que inevitablemente acompañaba al frío y a la niebla rusa. El segundo era intangible, pero se sentía en el dolor y el miedo circundantes: el rojo de la sangre derramada en la guerra napoleónica. Hacía sólo cinco días que más de setenta mil hombres habían dado sus vidas por la locura del Monstruo de Europa en inmediaciones de Borodino. El rojo reptaba aunque no podía ser visto, ni siquiera por los ojos que ostentaban el tercer color del amanecer, un verde indescifrable que tenía más vida que el sol a pesar de la tristeza que ocultaba. María Paula sintió la acidez de la muerte circundante camuflada entre los rayos de la mañana y tiritó de repulsión.

—¿Tienes frío?—Preguntó una voz que había visto el leve temblor.

—Un poco. —Contestó para disimular el instante de debilidad. A su lado apareció una figura fantasmal. Pálida como la noche, angustiada por la suerte de su prometido, Katia Lopujin se unió al paisaje y pareció fundirse con el gris.

—Partiremos hoy mismo, en dos horas. —Dijo la recién llegada. —La hacienda de Riazán ya no es segura. Los carruajes nos llevarán hasta San Petersburgo. Después, esperaremos el regreso de la paz.

—Y su regreso.

—...

Katia levantó la vista, por encima del sol indeciso. El inevitable suspiro llenó el silencio.

—Sí. Quemarán Moscú antes que dejárselo a los franceses. Petia volverá y yo lo esperaré hasta el fin de la guerra.

Las dos mujeres se miraron. Sus pieles blancas las imaginaban parecidas, pero eran diferentes como la estepa y la tundra. Una tenía angustia y temor, sentimientos tan humanos como el hombre que luchaba en el frente de batalla. La otra llevaba la eternidad en sus hombros de medialuna y millares de deseos en su mirada interminable.

—¿Y tú qué esperas?

María Paula buscó en el cielo el mismo punto en el que Katia había fijado sus pupilas. A diferencia de su amiga, no suspiró. Hacía mucho había descubierto el valor real de los suspiros y sólo los usaba cuando sentía en el pecho la necesidad de descargar la melancolía.

—¿Yo? —Dijo tenue para alargar el tiempo. —Yo no espero nada.

En ese momento llamaron a desayunar. La imponente condesa Catalina Lopujin envolvió a las jóvenes con un torrente de frases que pasaban del optimismo mañanero al horror por la masacre y el afán del viaje. Las damas entraron a la casa mientras a puertas de la hacienda, debajo del sol que trataba en vano de afianzar su poderío sobre la bruma, llegaba la caravana derrotada. Carrromatos repletos de soldados heridos. Vehículos que iniciaban su ruta

como hospitales y llegaban como morgues. Huellas de bayonetas, de pólvora y balas de cañón, y una estela intraducible de gemidos y llagas. Los caídos en la batalla de Borodino buscaban un sitio para curarse, para descansar, para morir.

—¡Abran, en nombre del Zar! —Gritaba Koskaroff, el médico en jefe del *convoy*. Un campesino descalzo salió de entre la niebla, como engendrado por ella. Koskaroff repitió la orden y discutió unos segundos. Exasperado por la frase “debo consultarlo con mi ama”, amenazó en nombre de Alejandro I y finalmente vio abiertas las puertas de la hacienda. La procesión de culpas fue tan infame que hasta los pájaros callaron su gorjeo. Luego, manos presurosas movieron lo que parecían cuerpos. Camillas se trasladaban con la celeridad del miedo, tratando de ganar minutos a la muerte o centímetros a la gangrena. Dos jóvenes cadetes fueron asignados para traer agua del pozo. Dos más encendieron las fogatas mientras un aprendiz de húsar, que parecía estar en todos lados al mismo tiempo, proveía de leña, vendas e implementos quirúrgicos. Quince minutos después de la invasión volvió el campesino seguido de una figura voluminosa y un pequeño contingente de criadas. Catalina Lupojin distribuyó las mantas, medicinas y comida que cargaban sus siervas como mejor supo. Koskaroff, con el rostro ensangrentado de compañeros, agradeció la piedad.

—No hay nada que agradecer. —Contestó la condesa. —Los cosacos son el brazo del Zar.

Entretanto, ignorantes de la tragedia, Katia y María Paula ultimaban detalles para el viaje. La Lupojin insistía en llevar todo lo que había poseído en su corta vida, mientras su amiga, llena de sabiduría milenaria, apenas copó un baúl con lo indispensable. Sabía demasiado bien que las cosas son pasajeras, no sólo las materiales. Ella había tenido y perdido tanto durante tanto tiempo que no valía la pena ni siquiera intentar nombrarlo. Lo más valioso no iba en el cofre, sino en su pecho. Una nostalgia que

tornaba azules sus párpados y que se convertiría en cariño con dos frases que ya no recordaba, pero que reconocería al escucharlas. Después vendría un abrazo que simularía la inmensidad de su vida. Y después... Después los ojos amarillos, los cabellos en el viento, los cuentos que nunca tenían final, las canciones desafinadas, las aventuras de mil vidas multiplicadas por dos. Pero eso no lo recordaba. Tendría que vivirlo de nuevo, cuando el púrpura se escapara del alma y las magias renacieran en la noche.

Entonces, una criada interrumpió la afanosa labor. Su exigua voz describió la llegada de los heridos cuyo número aumentaba con cada pregunta. Eran los húsares de Kutúzov, pero también eran los héroes que habían enfrentado a Napoleón; y de pronto caminaban muertos, se levantaban para defender Moscú o huían desesperados a Siberia. El mismo Alejandro desfiló dos veces por la imaginación de la servidumbre: una, glorioso e inmaculado; y otra, mordido fatalmente por los esbirros franceses. María Paula y Katia dejaron de perder el tiempo con las historias alucinantes y salieron de la casa dispuestas a ayudar a los soldados, pero una mole de carne se sembró en su camino.

—Vuelvan inmediatamente a la casa, jovencitas. —Ordenó la condesa.

—¡Madre! —Clamó Katia. —Esos hombres necesitan nuestra ayuda.

—Ninguna de las dos es doctora. Y tenemos un viaje que realizar. Los coches ya están listos y sólo falta el embalaje de ustedes.

—Condesa. —Habló María Paula con voz calmada, acostumbrada a lidiar las pasiones de los mortales. —Es más importante ayudar al prójimo que huir a San Petersburgo.

—Por eso mismo nos iremos cuanto antes. He dejado orden de que todos los recursos de la hacienda se destinen a cobijar a esos desgraciados. Nuestra presencia no sólo sería un peligro para nosotras sino un estorbo para ellos.

—Pero madre...

—No se hable más. Partimos en una hora. -Sentenció Catalina y con eso quedó zanjada la discusión.

Katia bajó la cabeza, pensando sin duda en su amado Petia. Lo vio cubierto de sangre, rodeado por el desesperado incendio de Moscú. Huyendo entre la vegetación, sólo protegido por sus oraciones. Enterrado en un hospital improvisado, en un pueblo sin nombre, a cien verstas de camino. La joven corrió hacia lo que quedaba de su cuarto totalmente despreocupada de su equipaje. María Paula, en cambio, miró al lejano campamento, donde el humo de las fogatas acentuaba el desesperante gris. Sentía con más fuerza que nunca el rojo de las agonías y el púrpura del pecho.

En ese momento lo bajaron del carromato. Aún vestía el pantalón negro que desesperaba al mariscal Kutúzov, pero en lugar de la casaca del uniforme tenía un manto holgado que ruborizaba su blanco con las heridas que sangraban contra vendas y emplastos. Tenía una cortada terrible en la frente y las humildes gasas eran incapaces de contener la infección. La parte izquierda de su torso estaba destrozada por la metralla francesa y por allí se le iba la vida. Había luchado con fiereza, como si tuviera mucha rabia que matar o como si su vida no valiera más que el imperio ruso. A pesar de su bizarría, esgrimía con elegancia la espada, digna de un mariscal de campo. Solía decir que era regalo de un monarca portugués y que había batallado con ella en Lepanto. Los compañeros lo querían porque siempre inventaba historias para divertirlos y porque bromeaba aún en las situaciones más tenebrosas. Incluso el príncipe Andrey, el comandante de su regimiento, lo invitaba a jugar cartas y perdía cientos de rublos entre sinceras carcajadas. Ahora no podría verse a sí mismo, o se habría reído sin misericordia de sus ojeras negras en la palidez del rostro. Pensaría, fatalmente, en la historia de Blancanieves y entonces sentiría el verdadero dolor: el de no poder narrarle ese cuento a la única persona que quería escucharlo de sus labios. La buscaba por siglos, pero el destino escurridizo le impedía verla entre las multitudes. Aún ahora, cuando había

perdido todo en el cañoneo a Semionovskoie, tenía algo para darle de su última aventura.

—¿Todavía guardas esa bayoneta, Oscar? —Sonó la voz de Koskaroff. Ya no era el hombre iracundo que golpeaba las puertas de la hacienda. Era de nuevo el médico amigo que se esmeraba por sonreír a los cosacos con la esperanza de distraer a la parca. Oscar era de los que reía, a pesar de que sabía perfectamente que eso no alejaría su final.

—Claro, Koska. Es la bayoneta de...

—No me repitas la historia, por favor. La has contado diez mil veces. —Interrumpió el médico simulando una guasa, cuando en realidad le preocupaba que Oscar gastase sus energías hablando. —Ya sé que se la arrebataste al mismísimo duque de Elchien.

—Elchingen.

—Sí, el duque de Elchingen, el comandante francés. Nos has dicho tantas cosas durante estos años de guerra que ya no sabemos cuándo hablas en serio.

Oscar trató de levantar la cabeza de la camilla, pero estaba demasiado débil. Respiró con dificultad y volvió a la carga.

—Créeme. Estuve en el Peloponeso, en el Cantábrico, en las Azores, en Caracas, en Alejandría, en Cartago... —Y en ese momento la tos rompió el límite de la piel. Koskaroff se maldijo por haberle dado pie para que hablara. La fiebre se manifestó con pleno poder y el delirio se apoderó de la mente de Oscar. Con dos gritos, Koskaroff se hizo traer agua hervida y vendas limpias. Extrajo de su morral ungüentos que ya no prometían milagros y lavó las heridas varias veces. Trató de quitarle la bayoneta de Elchingen, pero Oscar la aferró con fuerza contra lo que quedaba de su pecho mientras exclamaba “es para ella” en una desesperación que Koskaroff atribuyó al delirio. Inundado de lágrimas, el médico tuvo que escuchar las alucinantes frases que Oscar balbuceaba entre

borbtones de sangre. El incendio de Moscú, el exterminio de los Romanov, la revolución bolchevique, la guerra fría, la perestroika, la imprescindible prosa de Tolstoi y un sin fin de disparates que seguramente hacían parte de los libros que Oscar leía en sus ratos de ocio o eran producto de su imaginación.

Minutos después, Koskaroff se levantó sudoroso. Seca su faz, guardaría las lágrimas para la parca que sólo aguardaba unos minutos. Se alejó de la camilla a recobrar la calma que necesitaba para cumplir su deber y brindar seguridad a sus subalternos y sus pacientes. Caminó varios metros, buscando una orden que dar, cuando la vio. Extremadamente pura entre tanta podredumbre. Ausente y gélida. Parecía que no la tocara el dolor, la sangre o la bruma, aunque vio en su palpitar un sentimiento que la guiaba por los corredores de cadáveres, como si algo la llamara entre las agonías. Koskaroff no sabía quién era, pero sabía que estaba en el lugar que no le correspondía.

—Señorita, le ruego regrese a la casa. Éste no es sitio para usted.

María Paula le contestó algo ininteligible, siempre mirando para todos lados, buscando algo colorido en el gemir gris. Se sintió ajena cuando el doctor la tomó del brazo y la alejó del hedor. Antes de que se diera cuenta, una criada llegó corriendo y relevó al médico. Entre súplicas y jalones la devolvió a la casa y la sentó en el coche que la llevaría a San Petersburgo, lejos de la muerte y la guerra. Katia subió al carruaje casi al mismo tiempo, le tomó las manos y las halló frías, como las de los moribundos cercanos. Mientras María Paula continuaba mirando el campamento, su amiga la volvió a la realidad.

—¿Estás bien?

María Paula pestañeó. Sintió de nuevo el fluir de su sangre y recuperó poco a poco el control de sí misma. Tomó el agua que la criada le brindó y excusó con dos frases de cajón su compor-

tamiento. Quiso dar una explicación más detallada para ganar tiempo y bajar de nuevo hasta los heridos, pero un súbito jalón le cambió los planes. El coche empezó su inexorable viaje.

—Tranquila, amiga. Pronto estaremos lejos de Riazán y de toda esta guerra. Tendremos paz.

—Sí... Paz. —Murmuró María Paula mientras miraba el campamento por última vez y sentía más pesada que nunca la melancolía de su pecho. Sin pensar en ello, suspiró con la esperanza de que el púrpura descansara un poco, pero no funcionó. En cambio, creyó recordar una voz que le cantaba. No se hallaría en las calles de San Petersburgo ni en los días que distanciaban. El coche traspasó el umbral de la hacienda y el viejo campesino vio partir a sus amas.

—Murió, señor.

Koskaroff se paró junto al cadáver de su amigo. Todavía aferraba la bayoneta del duque de Elchingen y, aún en la muerte, parecía sonreír a pesar de su desgracia.

—¿Sufrió mucho?

—No sabría decirle, señor. En los últimos instantes me pareció que trataba de hablar.

—¿Hablar?

—No precisamente. Era como si llamase a alguien. Como si le cantase a alguien.

MDXX/VI/XXX

“Y los nahualli saltaron de las sombras, de las copas de los árboles, de las estrellas jóvenes y de la arena del desierto. Jaguares fuertes y poderosos, pues eran encarnación de Tezcatlipoca, los nahualli batallaron contra los gigantes primigenios por tres veces cincuenta y dos años. Cada día la guerra era más cruenta, caían titanes de un lado y felinos del otro, hasta que finalmente los nahualli destruyeron ese mundo. Y es por eso que el primer sol se llamó Nahui-Ocelotl”.

Mientras Oscar hablaba, movía las manos como ocelotes al vuelo. Mostraba sus colmillos simulando la sonrisa del jaguar y a veces imitaba sus rugidos con silvestre facilidad. María Paula lo miraba cual gigante, abrazando sus rodillas, asustada por los titanes inhumanos. Imaginaba la temible furia del dios y la hecatombe que consumía al primer sol. Pero en el fondo estaba contenta porque sabía que Oscar le regalaría un final feliz.

Las burbujas besaban el cuerpo de la princesa. La laguna la recibía en el reino de Mictlantecuhtli, con el abrazo inconmensurable de las olas. Las aves que tanto quería se reunieron para despedirla. Un traje de sedas, de cañas y quetzales, la acompañó en su último navegar. Las aguas mágicas de la laguna de Texcoco se tiñeron de lágrimas humanas.

María Paula era una de las princesas de Tenochtitlán. Esbelta como Coyolxauhqui, diosa de la luna, desde niña fue inducida al arte del tejido y el canto. Sentía especial atracción por las garzas que merodeaban la laguna de su ciudad. Todos los animales silvestres eran para ella pequeños universos vivientes. Los dibujaba en sus telas, bordando aventuras de otros mundos. Luego los olvidaba para reír con ellos entre los templos de piedra de la ciudad azteca. En uno de los jardines flotantes, mientras jugaba con una serpiente roja, lo oyó por primera vez.

Oscar llegó con la herencia de los Mayas. Podía hablar náhuatl, tzotzil, yucateco y otras lenguas. Pero lo que impresionó a Moctezuma fue que conocía de memoria el que luego sería llamado Popol Vuh, en quiché original. El emperador lo encomendó a la traducción de códices antiguos y la redacción de crónicas sobre su reinado. Oscar era el único que no lo saludaba con la zalema obligada: “Señor, mi señor, mi gran señor”. En cambio, se atrevía a mirarlo de frente y a bromear con esa desfachatez que sólo se permiten los poetas.

Primero escuchó la voz. No la que se repetiría en el caracol de su oído por tanto tiempo, sino la de una frustrada flauta de caña. María Paula giró su rostro de mármol, sus ojos de jade, hacia esa melodía que trataba de existir entre el desorden de la plaza. Liberó la pequeña sierpe en el agua y caminó curiosa, entre elotes y tomates, hasta que vio el corrillo de niños sentado alrededor de una cabeza de piedra gigantesca. En ella, usando como pedestal al ídolo, reptaba la serpiente emplumada. No era real, claro. Era sólo Oscar contando la historia. Tenía sus cabellos liados por una cinta de seda y una túnica zapote que chillaba su origen maya. María Paula se quedó mirándolo como si lo conociese de toda una vida, lo que no dejaba de ser cierto. Todas sus dudas se disiparon cuando el joven cantor la vio iluminada dentro del sol del mercado y ella consiguió lo que Moctezuma nunca pudo: callarlo.

El oro chisporroteaba por todos lados, líquido y peligroso, sin perder su resplandor. Oscar no pudo evitar recordar los ojos de María Paula y ese descuido le costó la cicatriz. Un golpe mal dado

salpicó de metal hirviendo la túnica de Oscar y le escaldó parte del pecho, a la altura del corazón. El alarido asustó a toda la herrería. Duró dos días para curarse, y al tercero ya trabajaba de nuevo en el intento de orfebrería. No le quedó muy bonita, pero considerando sus nulas habilidades manuales, pudo tenerse por obra maestra.

Los ojos de María Paula brillaban de amarillo. En realidad no era ella, sino su reflejo en el collar dorado que Oscar le había hecho. Se veía tosco y de acabado sencillo, pero para ella simbolizaba el amor que valía más que todo el oro del imperio azteca. María Paula se sostuvo el cabello mientras él le acomodaba la gargantilla. Entonces vio la cicatriz bajo su túnica. Él trató de inventarle excusas y leyendas en las que se enfrentaba a ocelotes gigantescos, pero la joven adivinó el accidente. El collar se hizo más valioso, labrado con devoción por manos torpes. Mágica, como las historias que adoraba, puso su mano en el pecho de Oscar, sobre la cicatriz y el corazón, y cualquier dolor se olvidó para siempre.

Normalmente las mujeres no trabajaban en los jardines de palacio, pero la inusitada habilidad de María Paula y la influencia de Oscar hicieron que Moctezuma le encomendara los criaderos de aves. Allí, rodeada de águilas, garzas y papagayos, de gorjeos y chillidos, María Paula se sentía feliz. Al caer la noche, podía distinguir perfectamente un canto especial entre las voces de los pájaros. Una música de caña, distorsionada por la falta de talento, pero amplificadas por el enorme cariño que transmitía. Oscar siempre la sorprendía escondido junto a un árbol, tras una roca o mirándola sumergido desde las aguas del estanque. Un día se cayó de una rama y fue a dar al agua en un chapuzón que ahuyentó aves y peces. María Paula, entre la preocupación y la carcajada, se lanzó al estanque para rescatarlo, intento inútil, pues la profundidad no excedía la altura de un niño. Así que ambos se encontraron mojados, con las piernas raspadas por las piedras, riéndose en un abrazo de plumas y hojas.

Y entonces llegaron ellos, los teules. Las noticias corrían entre las insurrecciones y los abusos de Moctezuma. Hombres altos y blancos, con pelos en la cara, vestidos con ropajes extraños,

montando unos monstruos jamás vistos. Moctezuma revisó los códices que Oscar le llevaba una y otra vez. Sus consejeros lo confundieron y asustaron. A pesar de que Oscar insistía en lo contrario, el emperador de México se convenció de que la profecía se hacía realidad y que Quetzalcóalt regresaba del destierro impuesto por su hermano Tezcatlipoca de una tierra más allá del mar y del sol. Oscar volvió a casa preocupado, pero no por ello dejó de narrar a María Paula los mitos que derribaban imperios.

“Quetzalcóalt surgió entonces de entre los cielos. Primero como una brisa tímida que anuncia su visita. Luego su fuerza de dios se fue acrecentando hasta que se convirtió en un gran huracán que arrasó con todo el mundo, y a los sobrevivientes los transformó en monos. Y es por eso que el segundo sol se llamó Nahui-Ehécatl”.

Malinche, lo llamaron. Pero Oscar pudo pronunciar su nombre a la perfección: Hernán Cortés. Lo hizo una única vez, cuando llevaron al invasor al palacio de Moctezuma. Le sostuvo la mirada, sin admiración ni miedo. Escupió el nombre en un idioma que había conocido y olvidado y que conocería de nuevo más adelante. Luego se negó a repetirlo, conjurando inconscientemente los males venideros. Los aztecas pensaron que eran teules, seres sobrenaturales, pero Oscar sabía que eran hombres como cualquier otro, sólo que llenos de ambición y egoísmo. La historia los consideraría héroes, cuando no pasaban de ser una pandilla de asesinos y ladrones.

Fueron a comprarla los dos. Oscar pensó construirla, pero ya tenía demasiadas malas experiencias con su inhabilidad manual. María Paula quería que fuera verde, como sus ojos. Oscar la prefería negra, como su cabello. Al final, salieron montados en una graciosa canoa roja, pequeña y ligera. Demoraron varios minutos antes de aprender a maniobrarla y, como en tantas otras ocasiones, Oscar terminó mojado por su ineptitud. Pronto se convirtió en el vehículo de sus aventuras. En ella recorrían los universos extraños

a los que Oscar la conducía. La música de la laguna amenizaba esos cuentos maravillosos, historias escritas en otros mundos, en otros tiempos, que mediante la magia de los aztecas llegaban a los pómulos de Oscar y a las vigilias de María Paula.

El príncipe Cuauthémoc entró a la sala donde se guardaban los pergaminos. Oscar lo vio desde sus papeles de escriba y sus plumas filosas. Entre tanto libro, no necesitaron palabras para transmitirse el desprecio por los invasores. El noble le habló. Necesitaba el poder de su voz, sus conocimientos de las leyendas y sus interpretaciones. Moctezuma estaba preso, consumido por la superstición y los llevaría fácilmente a la esclavitud. Cuauthémoc era el poder guerrero capaz de organizar la rebelión, pero le urgía un bastión intelectual y Oscar era el indicado. El joven poeta no quería. Había sido criado entre códices, no entre lanzas. Le enseñaron a leer y no a luchar. Odiaba a los supuestos teules tanto como el príncipe, pero no se arriesgaba a iniciar una batalla. Pensaba en María Paula y en la horrible posibilidad de no verla de nuevo feliz entre las aves, las aguas y los cuentos.

“Entonces un diluvio de fuego asoló la tierra. Era Tláloc, dios de la lluvia y señor del rayo, de largos dientes y ojos enormes. Durante seis veces cincuenta y dos años cayó del cielo la tormenta de fuego que acabó con los habitantes de la tierra, que eran todos niños, y los sobrevivientes se transformaron en pájaros. Y es por eso que el tercer sol se llamó Nahui-Quiahuitl”.

María Paula y Oscar miraban el horizonte. Desde lo alto de la pirámide de Quetzalcóatl veían el sol marchitarse en un prisma de colores indescriptible, sólo comparable al de los ojos de ella. Contemplaban los visos en las aguas calmadas de la laguna jugando como niños en un arenal. Las ciudades dormitaban en las islas aledañas. A sus pies, Tenochtitlán bostezaba de calles de piedra, de canales y puentes. La gente se iba a sus casas entre sombras, arreboles y canoas. Y en la cima del mundo, los dos

jóvenes compartían su felicidad en silencio, con los rostros pintados por los últimos rayos del sol.

Ya el palacio de Moctezuma padecía la ausencia de gobierno. Murmullos y secretos rondaban los corredores entre los pasos de los que aún trabajaban por la gloria del imperio azteca. Oscar, entre ellos, dio la vuelta en una esquina del palacio y se encontró cara a cara con uno de los teules. No era Cortés, ausente de la ciudad, sino uno de sus capitanes. Oscar lo reconoció, pero jamás se dignó pronunciar su nombre: Pedro de Alvarado. En cambio, sostuvo su mirada con desprecio. Alvarado se sintió extraño ante él, como si tuviera un conocimiento superior al de los demás nativos. Oscar no le presentó respetos, sino que siguió de largo con un negro sentimiento en el pecho.

“Mañana es la fiesta de Tóxcatl”, dijo María Paula contenta. Estaba preocupada, como todos, por la llegada de los teules y la prisión de Moctezuma, pero la fiesta era una buena oportunidad para distraerse y aligerar los problemas de la gente. Además, Oscar tendría uno de los papeles principales en la celebración. Ya lo imaginaba de pie sobre la pirámide, como parado en un enorme pedestal que aumentara su nobleza, recordando la voluntad de Texcatlipoca, el señor del espejo que humea. Presentía la admiración de los escuchas y tal vez una seña coqueta de alguna chica. Eso no la preocupaba, pues sabía que la voz que narraba cuentos milenarios sólo le pertenecía a ella, ahora y siempre.

“Hoy es la fiesta de Tóxcatl”, dijo Cuauthémoc con voz fría. Oscar escuchaba pensativo. El príncipe tenía razón, era la mejor oportunidad para sublevar la ciudad y retomar el control. Pero no podía hacerlo solo, necesitaba que las palabras del escriba, desde lo alto del Templo Mayor, encendieran los corazones y alimentaran el valor. Oscar aparentaba cavilar la propuesta, pero en realidad pensaba en la dulce mujer que lo esperaba junto a la pirámide. Vestiría una túnica tejida por ella misma, con colibríes bordados en preciosos colores y una pluma de quetzal en el cabello. En el pecho, aunque desluciera con su tocado, llevaría un collar labrado

burdamente que podría contar su propia fábula. Ella le tomaría la mano, se burlaría en silencio de su vestimenta ceremonial y le daría un beso antes de verlo subir los ciento catorce escalones. Cuauthémoc no sabía nada de eso, sólo esperaba la respuesta de Oscar. Entonces sonaron los gritos.

El patio del Templo Mayor estaba siendo profanado. Pedro de Alvarado, cegado por los rumores de rebeldía, ordenó disparar contra los méxicas. A traición, los soldados bajaron a la plaza, apuntaron los arcabuces a la multitud e iniciaron una masacre infame. Gritos de pólvora recorrieron la ciudad. Cuauthémoc temió lo peor. Tal vez Alvarado había descubierto la rebelión, en cuyo caso él y su amigo eran los principales sospechosos. Oscar se levantó lívido y corrió al templo. El príncipe lo detuvo y lo tumbó en el suelo. No podía ir, era un suicidio. Oscar no oía más que los gemidos de los moribundos y temía reconocer la voz amada. La fuerza de Cuauthémoc lo arrastró hasta un rincón donde lo tuvo inmovilizado hasta que los teules se refugiaron de nuevo entre los suyos. Sólo entonces aflojó un poco y sintió el golpe de Oscar en la cara. El muchacho corrió sobre el suelo de mármol del palacio. Sangre dibujaba huellas de botas. El temor se hizo realidad cuando llegó a la enorme carnicería del patio. Decenas de personas envueltas en un aura de muerte. A los pies del templo resplandecía una diosa caída.

“Entonces cayó sobre la tierra un horrible diluvio que duró tres veces cincuenta y dos años. Tras todo este tiempo, sólo sobrevivieron un hombre y una mujer que se refugiaron bajo un enorme ahuehuete cuyas ramas los protegieron. Sin embargo, el poderoso Tezcatlipoca les cortó las cabezas. Y es por eso que el cuarto sol se llamó Nahui-Atl”.

Cuauthémoc puso la mano en el hombro de Oscar. Por primera vez lo sintió frío y templado, como el acero de los invasores. En sus brazos, blanca cual espuma, yacía María Paula llovida de lágrimas. Sólo el collar dorado conservaba algo de vida. Las

innumerables palabras de todos los idiomas que Oscar conocía fueron insuficientes para formar una frase de dolor o de adiós. Era silencioso el llanto, silenciosa la rabia, silencioso el pecho cicatrizado que recibía un rostro sin vida. Silencioso fue el pacto de venganza y silenciosa fue el águila que cruzó el cielo en un último homenaje a la mujer más hermosa del imperio azteca.

Las manos torpes e incapaces, que se habían golpeado forjando un collar, vestían ahora el cuerpo de la princesa. Blanca por naturaleza, palidecía en la aurora de la muerte. Oscar vendó su torso, lo perfumó sin saber muy bien qué esencias combinaban mejor. La cubrió de quetzales y cañas. La recostó en la canoa que tantas veces los había llevado por las olas inconsútiles y le confió el último viaje, el único al que no podía acompañarla. Incapaz de pronunciar palabra alguna de despedida, Oscar tomó la flauta de caña, la que la llamó por primera vez, y tocó una melodía de congoja. Luego, puso la flauta entre las manos de María Paula y besó sus labios fríos. Entre los cantos lastimeros de las aves, la canoa rota se hundió en el estanque del jardín al que tantas alegrías le debían. A falta de los ojos de jade y oro, lo último que brilló en el agua fue la gargantilla en la que aún se reflejaba el amor de ambos.

Cortés vapuleó a Pedro de Alvarado. No le importaban las vidas de los indios, sino la pérdida de control sobre la ciudad. Tenochtitlán estaba a punto de sublevarse. Muerto Moctezuma, dos caudillos inflamaban la muchedumbre. Uno era el peligroso príncipe Cuauthémoc, guerrero temible. El otro era sólo uno de los escribas, uno altanero que jamás bajaba la mirada ante ellos, pero cuyas palabras tenían gran poder entre los nativos. El conquistador decidió que debían huir esa misma noche.

La luna se tiñó de rojo. Cuauthémoc había mandado derribar los puentes para evitar la huida de los enemigos pero éstos, protegidos por los caballos y la pólvora, ganaban terreno aunque perdían soldados y dejaban las riquezas robadas. La multitud gritaba al unísono, pero una voz resaltaba entre todas. Una voz áspera, fantasmagórica, muy distinta de la que conjuraba mitos en otras noches. Oscar, poseído por el dolor y la locura, alimentaba el odio de los aztecas con frases que no hacían parte de ninguna leyenda. Aseguraba que los españoles vendrían con

cientos de barcos enormes como palacios, miles de soldados forrados en acero, cañones y arcabuces, caballos y perros de caza. Dijo que secarían la laguna, derribarían las estatuas, quemarían Tenochtitlán y torturarían a los sobrevivientes. Sólo Pedro de Alvarado cayó en la cuenta de que no les dijo “teules”, sino “españoles”.

Y ese instante, cuando todos los sobrevivientes habían cruzado el único puente que los separaba de la fuga, Alvarado vio una sombra saltar de la multitud. Temerario a las flechas y piedras que llovían de todos lados, Oscar pareció volar hasta el asesino de María Paula. Su rostro, antes dulce y tranquilo, se desfiguraba en una mueca monstruosa, y sus cabellos parecían alas de murciélago. Oscar tumbó a Alvarado y se aferró a su cuello dispuesto a vengar a su amada.

Entonces el pecho chispearía de nuevo. No de oro, sino de plomo, como una alquimia perversa. Oscar tuvo de nuevo el calor en la cicatriz sobre su corazón. Sintió la mano de María Paula curando su piel escaldada. Vio sus ojos plenos de amor y ventura. Pero no eran ellos, era el arma de Alvarado, el fuego enemigo. Luego vino el negro. La mano que ya no estaba. El vacío.

“Y algún día, este mundo también desaparecerá. Un terremoto devastará la tierra y llegarán los tzitzimime, los monstruos del oeste, horribles esqueletos que matarán a toda la gente. Quetzalcóalt y Xólotl crearán una nueva humanidad con los huesos y la sangre de los muertos. Y es por eso que el quinto sol se llama Nahui-Ollin”.

Y ya todo era silencio. El mundo se desintegró y dejó de ser. Oscar se fundía en la inexistencia cuando sintió de nuevo la vida en sus labios. El beso con que se despidió de María Paula volvía para decirle que ella estaba viva, en otra era, en otro espacio, esperando a que le cantara de nuevo. Entonces, cuando su cuerpo no era más que estorbo para la persecución, Oscar sonrió desde su alma inmortal y creó una historia para contarle al oído cuando la reconociera de nuevo.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

MCMLXXIII/VII/XXVII

Las notas de la guitarra se sucedían unas a otras. Rebeldes. Afiladas. Se perseguían entre uñas sucias y humo de cigarrillos. Danzaban en el aire turbio, envueltas en su propio terciopelo. A veces titilaban como luciérnagas nómadas. Y a veces socavaban el cráneo. Desgarradoras. Crudas. Seráficas. Notas de colores que parecían zumbiar entre la niebla del LSD. No era para menos, Roger Waters estaba repasando, en medio de su viaje alucinógeno, el riff de lo que sería una de los himnos del rock. A su alrededor, drogados, ebrios o dormidos, o tal vez las tres juntas: David Gilmour, Nick Mason y Rick Wright. Pink Floyd. Y en la misma habitación, en estado parecido al de la banda, invitados de lujo: Alan Parson, el ingeniero del lado oscuro de la luna; Roy Harper, excéntrico cantante; y un poeta desconocido, ignorado en el tiempo, pero cuyas letras movían espíritus. Los otros no sabían que llevaba miles de vidas errando por el mundo, sólo compartían sus poemas y algunas melodías que tocaba en una armónica más vieja de lo que parecía. De su vida privada sólo sabían que no se drogaba, que le gustaba el vino tinto y que se llamaba Oscar.

María Paula llevaba sandalias de cuero. Recién compradas a una hippie que presumía de vegetariana, aunque vendía artícu-

los fabricados con pieles de animales. Quiso discutir con ella la contradicción, pero no valía la pena. Había visto las paradojas repetirse durante toda la historia y sabía que no evolucionarían con lógica alguna. Igual, las sandalias le gustaban. Dejaban respirar sus pies andariegos, sus dedos avizores. Llevaba un precioso vestido de orquídeas, con colores confusos y tiznes equívocos, como merecían los años setenta. Su cabello era largo, como sus bríos, y por coquetería se había puesto una margarita en él. Sonreía tan fresca como siempre. Los siglos no pesaban en sus pestañas ni en su ánimo. Por el contrario, estaba contenta pues sus sandalias la llevaban al sitio donde se encontraría con aquella persona que buscaba desde tantas vidas.

—Pobre Syd. Loco, consumido por la droga. —Dijo Waters tristemente. Oscar respiró hondo. Había escuchado la historia de Syd Barret al menos quince veces. El vocalista original de la banda, enloquecido por el abuso de LSD. Waters tenía una mezcla de nostalgia y miedo. Nostalgia por el amigo y miedo al monstruo de los alucinógenos. Oscar no conocía ese miedo, pues sólo se dejaba llevar por el vino tinto, de preferencia francés. La nostalgia era otra cosa...

—Vamos a hacer un disco para Syd.

—Pensé que le habían dedicado el lado oscuro de la luna. —Dijo Oscar para seguirle la corriente.

—No. En ese álbum sólo había una intuición. Quiero hacer música para su recuerdo.

El hotel se levantaba ante sus sandalias de cuero. Allí estaba la banda, y con ellos, Oscar. Él no resistía el poder de la música. Ella tampoco. Juntos habían conocido a Mozart y a Stravinsky. Ella cantaba en un coro de vestales en Roma y él, por esas mismas fechas, tocaba lira y recitaba poemas épicos en Esparta, antes de la invasión visigoda. Una vez, desde la proa de un barco, ella lo vio pulsar la cítara en Shanghai, pero no lo reconoció. Y cuando fueron

zíngaros en Rumania, él rasgaba la mandolina mientras ella bailaba con duende angelical. Fueron felices en esas épocas, entre cantos y zapateos. Ahora, muchos siglos después, María Paula sabía que Oscar no podría evadir el magnetismo del rock.

La guitarra seguía hiriendo el pecho con su punteo. Las notas incisivas repetían el riff que Waters tocaba pensando en el amigo ausente. Oscar también tenía una ausencia, mucho más grande y pesada, pero no podía confesarlo. Así que sacó su armónica y la besó con el sonido de las cuerdas. Waters sonrió y continuó el jam, cristalizando la magia de la música y el recuerdo. Oscar pensaba en ella, en cuánto la extrañaba y en cómo la quería. Y el resultado de esa alquimia era maravilloso. Tanta pasión despertó a David Gilmour y se empezó a fraguar la canción que daría título al homenaje de Syd Barret pero que era un cantar a una mujer perdida.

Primero fue Woodstock. María Paula, con sus yines desteñidos y su camisa anaranjada de amplias borlas, asistió orquestada por sus amigos sin un interés especial. Pero cuando oyó a Jimi Hendrix y su guitarra emancipada supo que la música los llamaba. A ambos. Supo que Oscar estaba allí, entre los bebés del barro y los senos desnudos. Lo buscó durante esos tres días de paz y amor en la muchedumbre de hippies, de drogas y de fango. Bajo la voz áspera de Joe Cocker y la eléctrica de Santana. No lo encontró, confundida por el acertijo de pieles y la red psicodélica; pero recordó, en un arpegio de lucidez, la pasión por la música que los había unido tantas veces. Así que decidió buscarlo en los nidos de los artistas. Fue a Memphis, pero en Sun Records sólo quedaba el recuerdo de Elvis y Jerry Lee Lewis. En Motown encontró a los Temptations, las Supremes y los jóvenes Jackson Five, pero no a él, que los admiraba tanto. Después supo del concierto histórico de la mejor banda del mundo y fue a buscarlo, convencida de que allí estaría con su armónica sorda y su aurora desgarrada.

—Así... Así que crees que puedes distinguir... el cielo del infierno. —Cantó Oscar desde su vino. Su voz sonaba a llanto,

a mosto de uva, a viento costero. Aún vibraban las huellas de la armónica y la guitarra marcaba los pasos de las musas. Waters adivinó el siguiente verso: diferenciar cielos azules de dolor. Gilmour, con su surrealismo aumentado por el LSD, añadió si podrías distinguir un campo verde de un frío riel de acero. Oscar volvió a la carga, cambiando las diferencias por trueques. Pensó en aquellos ojos irreales y declamó.

—¿Cómo consiguieron que cambiaras tus héroes por fantasmas?

—Cenizas ardientes por árboles.

—Aire caliente por brisa fresca.

El concierto era al día siguiente, en el Madison Square Garden. Los músicos estaban en el hotel, ensayando y consintiendo sus musas. Allí, con ellos, como con tantos otros artistas durante los siglos, debía estar Oscar. Pintando la historia, escribiéndola o cantándola. María Paula sentía cómo la llamaba con su voz de cartulina. Lo imaginaba sentado en el piso, con el cabello suelto y negro como el optimismo. Casi podía oír el sonido metálico de la armónica. Decidida y serena, con la experiencia que le daba la divinidad, ingresó al hotel y evadió la seguridad que la separaba de la banda y del poeta.

Ellos pensaban en Syd. El amigo caído en la trampa de las drogas. La vida perdida. El talento derramado. Oscar pensaba en ella. La recordaba con su piel blanca, como la luna en febrero. Vestida de noche y de gema. De ella era su voz, endulzada por las viñas francesas. De ella su armónica alemana. De ella su tez vagabunda. Sentado en su rincón, mientras Waters cambiaba el acorde, Oscar agachó la cabeza y dejó que su cabello le cubriera el rostro y la amargura. La extrañaba de una manera imposible de escribir. Le hacía falta para respirar. Para sonreír. Para descubrir colores en el mundo. Incluso, para apreciar el llanto de la guitarra, tan parecido al que anegaba sus ojos. Quería verla entrar en el cuarto con su memoria dormida, su faz indescriptible, su mirada celestial. Y la música lo hería, lo mataba lentamente porque le recordaba que ella no estaba, que no sabía dónde estaba.

Una sombra se escabulló por entre los guardaespaldas. María Paula hizo acopio de todas las habilidades aprendidas durante siglos, entre guerras y palacios, para evadir la seguridad del hotel. Tuvo que usar las escaleras, pues el ascensor estaba custodiado. Se escondió tras un pedestal de madera mientras los guardias sacaban a un hippie drogado que pretendía llegar hasta sus ídolos. Incluso, debió quitarse las sandalias para evitar ruidos que pudieran delatarla. Se deslizó silenciosa, como la margarita, por uno de los pasillos de limpieza. Tras descifrar el dédalo con intuición femenina, llegó al último corredor, los cortos metros que la separaban de su meta.

Y Oscar gritó en la noche.

Y María Paula escuchó su voz.

Y Oscar gritó en la noche. Y levantó el rostro y desafió a las estrellas. Y su voz sonó a coro de ángel y a lamento. Y su espíritu traspasó las paredes y los océanos. Y cantó mejor que Waters y Gilmor y Barret. Y la llamó sin metáforas, sin distracciones. Con la vida desnuda y las lágrimas vencidas. Cómo deseo que estés aquí, cantó sin desafinar. Los músicos miraron asombrados cómo se sintonizaba con la eternidad. Sólo somos dos almas perdidas nadando en una pecera año tras año. Corriendo sobre el mismo suelo viejo. ¿Y qué encontramos? Entonces bajó la cabeza de nuevo, triste porque ella no estaba, porque no lo podía oír, porque le había sangrado una canción y ella jamás lo sabría. Bajo lo que quedaba de los acordes, murmuró por última vez: Desearía que estuvieras aquí.

María Paula sintió las lágrimas correr por su rostro sin maquillaje. Lo había escuchado, a pesar de todo lo que los engañaba. Sonrió porque eran pocos los pasos y los segundos que los separaban. Estaba a punto de cumplir el deseo gritado. Empezó a caminar, con las sandalias en la mano, acariciando con sus pies descalzos la alfombra del hotel. Se movía al mismo ritmo que la guitarra, aunque no lo sabía. La puerta la esperaba. Y detrás de ella, el abrazo milenario

tantas veces recibido y tantas olvidado. Ya presentía el amarillo en sus ojos, la sorpresa de Oscar, la canción que tal vez escribiría la banda en homenaje al milagro. La puerta la recibió muda, como toda la madera que no se desperdicia en instrumentos musicales.

Oscar, desde su sitio en el suelo, por el filtro borgoña del vino miró la puerta de la habitación.

María Paula, con su mano encadenada por un anillo de plata, abrió la puerta.

Oscar siguió mirando.

Y María Paula los vio. La mejor banda del mundo. Robert Plant, Jimmy Page, Jhon Paul Jones y Jhon Bonham. Led Zeppelin. Y Oscar no estaba con ellos.

Entonces Oscar comprendió la cruel broma y estalló en una carcajada. Los miembros de Pink Floyd, desde su habitación en Londres, lo miraron curiosos, pensando que por fin había cedido a la droga o enloquecido como Syd. María Paula, desde el hotel en Nueva York, no entendía por qué Oscar no estaba donde se suponía. Era la tradicional canallada del destino. La misma de Singapur, de Cartagena, de Riazán. Las sandalias cayeron al suelo y, antes de que Robert Plant tuviera tiempo de sostenerla, María Paula sintió desfallecer sus piernas. Oscar, apagada ya la risa por el inevitable llanto, se asomó a la ventana, miró al oeste, a través del Atlántico, hasta la mujer que perdía una vez más. Quiso cantarle, pero ya no tuvo aliento.

Años después, Pink Floyd grabaría la canción, pero los músicos olvidarían el viaje en el que un amigo al que no habían vuelto a ver les había dictado la letra. Reemplazarían la armónica por otra guitarra y asegurarían que era el homenaje a Syd Barret. Igualmente, Led Zeppelin editaría la película del concierto del Madison Square Garden. Y en la voz de Plant habría reminiscencias de una chica que entró a la habitación del hotel con un deseo desamparado y una margarita en el cabello.

CCCXXVII/II/XVI

Las burbujas subían multiplicándose hacia la superficie como planetas en celo, como perlas danzando con música invisible. A su paso acariciaban el cuerpo que se hundía hasta el lecho marino. Oscar dejaba que los pequeños universos juguetearan a su alrededor. Tenía los ojos abiertos, acostumbrados al agua salada tras tantos años de sumergirse, pero sólo veía la roca atada su pecho, la que le permitía llegar al fondo de ostras y peces. La piedra golpeó la arena y levantó una levísima nube que enturbió el viaje de un cardumen desorientado. Oscar recolectó su cosecha. Cangrejos, langostas y ostras pasaron del fondo del mar al fondo de la bolsa al costado del pescador. Luego, un cuchillo fulgió con la luz que se colaba desde el lejano cielo. Las olas se reflejaron en la hoja y en la inesperada quietud del cuerpo. Los visos pintados desde arriba contaron los segundos que reptaban en la arena. Pronto pasó un lenguado, inadvertido del humano que lo miraba. El fulgor se hizo movimiento y el agua se tiñó de rojo. Oscar aferró su presa herida y desató el nudo que lo unía a la roca. Un rápido movimiento de pies lo llevó a la superficie entre nuevas burbujas tan maravillosas como las primeras.

Ya en la barca, Oscar revisó su cosecha. De las cinco zambullidas quedaban dos pescados que darían abasto hasta el día siguiente. Los crustáceos formaban un belicoso montón en un cubilete de madera. Un buen botín para una mañana de pesca. El muchacho tomó una ostra al azar y la abrió con el cuchillo. Era babosa e insípida, pero servía como desayuno. Abrió la segunda y halló en ella un resplandor mayor al de la hoja de metal. Acunada por el sabor blando, una perla exhibía su desnudez por vez primera. Oscar sonrió y creyó ver un brillo aún más intenso detrás de la concha, en lo lejano del mar. Algo se movía en la superficie, con desesperación y sonido. El pescador soltó la ostra y su tesoro y empuñó el remo convencido de que algo más valioso flotaba a la deriva. Tras algunos minutos, llegó hasta lo que parecía una balsa improvisada con una puerta de madera. Sobre ella, agotada por el sol y la sal, yacía la criatura más hermosa que pudiera imaginarse. Al verla inmóvil, Oscar temió que se hubiera ahogado, pero el ángel marino aún respiraba débilmente. Su ropa estaba hecha jirones y sólo portaba al cuello una bolsa de cuero, ya vacía de sus tesoros. El muchacho la subió con cuidado a su bote y, olvidándose de cangrejos y perlas, se dirigió hacia la costa. Al encallar, la levantó suavemente, como a un objeto sagrado, y la llevó a la tranquilidad de su bohío.

María Paula aún estaba en la tragedia. Enviada por su padre, el rey de Malasia, para desposarse con uno de los príncipes tameses, cruzaba el Índico en medio de una tempestad. No en la superficie marina, sino en las insondables profundidades de su pecho. El matrimonio era producto de una alianza política, un acuerdo con los hindúes. Era por el bien de la corona y del pueblo, le había dicho su padre mientras le consolaba las lágrimas. María Paula abandonaba sus jardines entusiastas, sus tigres amaestrados, su juventud de espuma, en brazos de un hombre del que ni siquiera conocía el rostro. Su inocencia sacrificada por dos fronteras. Una mañana se embarcó vestida de tristeza, con los ojos de luto. Una tarde lloró su destino mientras veía el sol verde fallecer en el océano. Una noche escuchó gritos de alarma, pues un vendaval destrozaba la nave.

El agua de coco no estaba servida en un cáliz de oro, como en el palacio lejano, pero igual refrescó los labios resecaos de la muchacha. Con sumo cuidado, Oscar curaba las heridas de María Paula y le cambiaba los paños de agua fresca de la frente. Ya entraba la noche y ella aún no salía de su propia oscuridad. Sepultada por la fiebre, dormía un sueño turbulento. Flotaba en un mar denso como las penas del corazón, vapuleada por las olas gigantescas. Entre las nubes de plomo, ardía la voz de su padre encadenándola a un desconocido. Rayos como látigos y truenos redoblantes la hundían en la tormenta que reflejaba el naufragio real. Oscar sólo la miraba, implorando que su rostro despertase libre de muerte y de tragedia.

Al salir el sol, el pescador aún velaba. Los pescados habían sido devorados por algún mono afortunado y la perla dormía en su estuche de mar. La otra perla, la del jergón de paja, aún no brillaba, pero al menos se alejaba lentamente del mundo de las tinieblas. Ante los cuidados de Oscar, la fiebre cedía terreno y la respiración de la princesa se normalizaba. Ungüentos y emplastos de hojas le cubrían las cortadas y quemaduras del sol. María Paula recobraba poco a poco su salud. Dos días después, tras algunos delirios pasajeros, la náufraga abrió los párpados.

Lo primero que vio fue un macaco. El mono trataba de abrir un cangrejo y, al sentirse observado, se marchó digno por la ventana. Detrás de los crustáceos derramados, un joven dormía en una silla, con la cabeza entre las piernas, como si orase. María Paula no entendió absolutamente nada a su alrededor y parpadeó inquieta. El movimiento de sus pestañas despertó al muchacho como el sonido de un gong. Levantó la cabeza, temeroso de una recaída, y se enfrentó con los ojos que adormilaban al océano. Por unos momentos, ninguno de los dos dijo nada. Ella, desconcertada por su situación; y él, obnubilado por su mirada. Finalmente, Oscar habló. Le preguntó cómo estaba, a lo que ella, maquinalmente, respondió “bien”. Un instante después cayó en la cuenta de la tontería y quiso esbozar una sonrisa, pero su rostro quemado por el sol le dolió con el gesto. Luego hizo las preguntas pertinentes.

Oscar le explicó que estaba en la isla de Ceilán. Que llevaba tres días de fiebre y que necesitaba comer algo, para lo que le extendió una bandeja llena de frutas. María Paula comió silenciosa, sumida aún en su debilidad. El joven no quiso hablarle de la tragedia ni de su condición de huérfana del mundo hasta que no se recuperara del todo. Tras unos bocados, María Paula sintió que sus venas se cerraban y regresó al sueño reparador. Oscar se sentó de nuevo y su cuerpo se rindió al cansancio.

Entonces fue él quien tuvo la pesadilla. Sintió que su choza se hundía en la tempestad de la recién llegada. Vio que el océano se tragaba la playa y la selva. Su hogar desaparecía consumido por la tormenta. Y él se ahogaba sin remedio. De pronto, de las profundidades emergía la perla que había pescado días atrás, enorme como su cabaña. Flotaba sobre el mar, elevándose al cielo mientras Oscar intentaba aferrarse a ella, pero resbalaba en su superficie. Finalmente, caía al maelstrón mientras la perla conquistaba el orbe como una segunda luna. Oscar despertó asustado, pero se tranquilizó cuando vio a la princesa dormir sin perturbación alguna.

Cuando María Paula despertó de nuevo, tras las frutas y el agua de coco, Oscar tuvo que contarle la desgracia. Sólo en ese momento la muchacha pareció recordar su pasado, su reino en Malasia y su matrimonio en India. Se derrumbó en lágrimas con el recuerdo del naufragio, los rostros sangrantes de los marineros, el terror en sus damas de compañía, el cielo cayéndose a relámpagos. El joven quiso consolarla, pero no supo cómo. Trató de acariciar su cabello, pero ella se rebeló a la caricia gritando que era una desterrada del mundo. Oscar bajó la cabeza y miró compungido al suelo. Entre los crustáceos abandonados, vio la concha que guardaba un tesoro. Entonces, aunque nunca tuvo realeza a la cual dirigirse, supo como hablar a la princesa malaya. Le estiró la concha que exhibía tímidamente la perla nacarada, acunada en una mano que lo mismo podía esgrimir un cuchillo que un cetro. María Paula dejó de llorar, lo miró lejos de su trono, lejos de las órdenes de su padre y del monarca que la aguardaba en el lecho. Era sólo un pescador

anónimo cuyas únicas pertenencias eran un bohío, una barca y una daga, pero que tenía dominio sobre el mar, el firmamento y la playa. Reinaba sobre simios y leopardos, sobre las aves del viento y las estelas de los peces, imperio sin edad, sólo limitado por los alcances de su libertad, aquella de la que María Paula no gozaba a pesar de su corona. Se sintió prisionera en sus paredes palaciegas, su siempre repetida metáfora de jaula de oro. Pero la humildad de ese muchacho de pelo largo y figura enjuta que no se había despegado de su lecho por varios días y ahora le entregaba lo único de valor que poseía la conmovió. Agradeció sinceramente el regalo, lo guardó en la bolsa de cuero que yacía junto al lecho y se recostó de nuevo, tratando de recobrar la calma con el dormir. Estaba tan débil que no percibió el beso que el pescador depositó en sus labios.

El sol rozó la habitación y la muchacha despertó. Dos ojos amarillos la vigilaban. Se asustó con el leopardo moteado que aguardaba su despertar, soltó un pequeño grito y el felino escapó por la ventana. Curiosa, se asomó y vio el mar azulado, hirviendo de colores escondidos. El agua refulgía con la luz solar en danza curiosa y en medio de la nada dormía una lancha vacía. María Paula resolvió el acertijo cuando vio un pez saltar de la superficie. Sólo que no era un pez, sino un humano cargado con una presa sangrante y una bolsa de cangrejos. Sin motivo alguno, la princesa de Malasia sonrió.

Durante los siguientes días, María Paula recuperó su salud. Sus llagas curaron del todo, gracias a los emplastos improvisados. La alimentación; a base de frutas, mariscos y un jabalí salvaje que casi parte un brazo a Oscar; fortaleció el cuerpo, el ánimo y la paz de la princesa. Incluso los recuerdos del naufragio se suavizaron ante la tranquilidad del paraíso que la albergaba. Pronto aprendió los nombres del leopardo y el macaco. Adornó el bohío con flores y plantas casi tan lindas como ella. Sorprendió a Oscar con un asado adobado de hojas silvestres cuyo solo aroma satisfacía. Y siempre llevaba en el seno el saco de cuero en el que guardaba la perla que le daba soberanía sobre la isla. Un día, venciendo sus temores, acompañó al pescador a su aventura diaria. Lo vio colgarse la piedra

al pecho, lanzarse sin titubeos al agua y regresar con un premio de langostas y corales. Sin embargo, algo más grande que el edén la llamaba. La voz de su padre ordenando el matrimonio político, el palacio tamil que la esperaba, el trono de dos países, tal vez tres contando a Ceilán.

Hasta que llegó el día ansiado y temido. Oscar emergió del agua con las manos vacías tras errar el golpe y vio en el horizonte una nave malaya. Subió a su barca y se dirigió a la costa con la misma premura con que buscó el tablón de madera. Llamó a María Paula, quien distinguió de inmediato el velamen de su reino, la bandera de su padre. Se sintió aliviada, pues regresaría a casa, a los salones reales junto a su familia. Después tendría que casarse con el rey de los tamiles y proclamar la armonía en el Índico. Gobernaría con justicia y sabiduría incluso la isla de Ceilán y sería reina del pescador que la rescató. Entonces pensó que jamás podría mandar sobre ese joven cuyo mandato se extendía hasta donde alcanzaba la vista. Envidió su libertad incuestionable. Quiso abandonar la corona y cambiar el trono de los pueblos por el atardecer de su bohío, por el roce de su piel salada. Pero ya era demasiado tarde.

Desde el barco la vieron de pie en la playa, junto a un nativo. Los enviados de su padre se acercaron en los botes y la rescataron entre plegarias y amenazas. Uno de ellos trató de maniatar a Oscar, quién aún no comprendía la hostilidad de los invasores. María Paula calló a todos con un grito y ordenó que dejaran al joven. Luego, explicó brevemente el naufragio y la ayuda recibida. El capitán de la nave se disculpó con Oscar y le ofreció un cofre con monedas de oro en pago por sus favores. Sin embargo, el pescador se cruzó de brazos y ni siquiera se dignó responder a la oferta. El marino lo tomó como un gesto de salvajismo y pretendió castigarlo, pero María Paula lo impidió autoritaria. La princesa se dirigió al plebeyo, le tomó las manos y le agradeció todo con su mirada platinada. No necesitaron palabras para despedirse, como tampoco las necesitaron al principio de las olas. Tras el opaco de los ojos, que correspondía a las lágrimas disimuladas, María Paula abordó uno de los botes y

se dirigió de nuevo a su reino, a su vida de princesa enclaustrada y su futuro de reina prisionera.

Mientras veía al barco alejarse, Oscar abrió las manos. De ellas cayó un pequeño saco de cuero en el que estaba guardado el único tesoro que había poseído en su vida y que ahora se iba para siempre.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

MCML/VII/XVII

Y por ese simple hecho, Oscar olvidó a María Paula.

Se conocieron doce años antes, bajo la sombra de la torre Eiffel. María Paula acababa de cumplir catorce y ya se adivinaba su porte angelical. Caminaba fausta, iluminando la ciudad luz con su mirada. Llevaba en sus manos un libro de Rimbaud y uno de un poeta nuevo, André Bretón. Era el final de su infancia en más de un sentido. Y, aunque no podía recordar muchos detalles de su pasado, tenía la capacidad de entrever su futuro. Algo de eso se manifestó cuando lo vio sentado en un balón de cuero, con tres libros sobre sus rodillas, contando alguna leyenda de algún país lejano. No era guapo, pero su tez de extranjero tenía algo que llamaba la atención, tal vez la negra cabellera que insinuaba, como bandera pirata, que estaba en contra de las normas autoritarias que rodeaban Europa. María Paula se acercó pensando que el extraño era un trovador o un juglar, como en las épocas antiguas, pero su decepción fue fatal: el joven estaba hablando de fútbol.

María Paula estuvo a punto de irse. No tenía nada contra el deporte, de hecho, era una de sus actividades favoritas, pero nunca había comprendido el fanatismo que inspiraban once tipos en pantaloneta, especialmente ahora que Francia celebraba el mundial.

Sin embargo, se quedó unos minutos, curiosa por el acento del narrador. En contra de sus deseos, se dejó envolver por la historia de los uruguayos Iriarte y el “Manco” Castro y de cómo superaron la defensa argentina para ganar la primera copa del mundo. El joven terminó su narración y algunas monedas rodaron hasta él. María Paula pensó darle algo, pero en lugar de eso le preguntó quién ganaría el torneo que empezaba al día siguiente.

Oscar la miró por primera vez. Debió llenarse del júbilo del encuentro, pero el entusiasmo ya tenía dueño. El joven abrió su gabardina y mostró una camiseta blanca con un escudo azul y dijo con voz clara y firme, como poseedora de la verdad definitiva, la única palabra que le brindaba felicidad a su vida deambulante.

—Brasil.

Contra todos los augurios, pasaron el resto de la tarde juntos, caminando náufragos por las calles parisinas. Hablaron de libros, de música y, cómo no, de fútbol. Tampoco pudieron evitar el tema de la guerra, que tanto asco inspiraba a los dos. María Paula no supo identificar su nacionalidad. Imaginó que era brasilero por la pasión con que hablaba de Leonidas y su equipo, pero Oscar no tenía el derroche de los cariocas. En cambio, detrás de la fascinación que le despertaba la copa mundo, llevaba un profundo dolor por la agonía del pueblo judío y la inminente conflagración bélica. A pesar de todo, parecía jovial y lleno de vida. Citaba libros de países lejanos y cantaba, con voz chillona pero sincera, canciones de diversas naciones donde caminaban sus huellas. De tanto andar sin repetir calle, inevitablemente llegaron al hogar de María Paula, donde se despidieron con la promesa de verse al otro día después del partido inaugural, antes de que Oscar partiera para Estrasburgo a acompañar a su amado *scratch* suramericano.

El encuentro entre Alemania y Suiza terminó uno por uno, lo que dio a los jóvenes la oportunidad de encontrarse de nuevo, bajo la misma torre, cuatro días después, para el partido de

desempate. Él le llevaba una estampa de Matisse y ella un libro de Lautréamont. Oscar la aburrió durante quince minutos hablando de Leonidas, “el diamante negro”. Ella desvió la conversación hacia el nuevo arte del cinematógrafo y lo invitó a ver una película de un cómico llamado Buster Keaton. Al día siguiente, María Paula lo llevó al Louvre y él le habló de la obra de Victor Hugo en Notre Dame. Recorrieron juntos los pasos de Baudelaire y Verlaine junto al Sena y se despidieron porque Brasil enfrentaba a Checoslovaquia en Burdeos.

En esas estuvieron durante dos semanas. Entre museos y estadios, entre libros y balones. María Paula tuvo que soportar su tristeza cuando Brasil perdió con Italia, y su dicha cuando le mostró la foto que se tomó con el famoso Leonidas. Tras cinematógrafos, pinacotecas y una vibrante final en la que Italia venció 4-2 a Hungría, llegó el momento en que debieron separarse. Se tomaron una foto de recuerdo, con el arco del triunfo a sus espaldas. Él con la gabardina larga y la camiseta de Brasil, ella de falda negra y blusa blanca. Sacaron dos copias, una para cada uno. María Paula, niña e inocente aún, debía quedarse en París, mientras que Oscar, con sus dieciocho años, partía sin destino con dos dolores nuevos: El de no ver campeón a su equipo amado, y el de una futura dama a la que tal vez jamás volvería a ver. El dolor original, el de la guerra, estaba a punto de manifestarse plenamente.

María Paula no pensó que lo extrañaría. Cuando se fue, la vida siguió como si él nunca hubiese existido. Pero de vez en cuando, detrás de un verso o entre las pinceladas de un cuadro, le parecía ver briznas de su cabello rebelde. Algunas noches soñaba con él, con su acento nómada hablándole de Pelé, Zico y otros jugadores que aún no nacían. En ciertos cafés recordaba su ingenuidad y creía oír su voz si servían vino tinto en copas de cristal. Cuando su tristeza adolescente la sitiaba, María Paula repasaba las estampas de pinturas famosas, con versos sencillos en su anverso escritos con letra desordenada. Un día vio repetidos esos caracteres erráticos en un sobre.

Oscar estaba en España. Había conocido a Dalí y a Buñuel y estaba metido en varios asuntos artísticos y literarios. Sin embargo, las malas noticias estaban a la vuelta de la página. El odio del régimen franquista lo llevó a involucrarse en la guerra civil y ahora era poco menos que un fugitivo. La carta animó a María Paula, pero también la enfrentó con el temible fantasma que acechaba Europa. Quiso enviarle una respuesta, decirle que también lo recordaba y que tenía un libro de un autor nuevo llamado Saint-Exupéry que le recordaba su sonrisa, pero no tenía dirección alguna dónde escribirle, así que tuvo que resignarse al silencio.

Entretanto, la oscuridad aumentaba. Hitler invadía Checoslovaquia y sus políticas racistas amenazaban al continente entero. María Paula maduraba con los meses y las noticias poco gratificantes de Italia y Alemania. Durante ese tiempo recibió dos cartas de Oscar en las que le contaba sus encuentros en Londres con Bernard Shaw y H. G. Wells. En el anverso de postales de Picasso y Miró recibió versos que acertaban las distancias. Y una tercera carta la llenó de pesimismo. Narraba el viaje de Oscar a Suiza para conocer a Herman Hesse, pero entre las líneas de la aventura literaria, María Paula adivinó la desolación por la inminente guerra y el sentimiento de impotencia ante la misma. El monstruo ya mordía su presa. En efecto, pocos días después de recibida la misiva, Hitler invadió Polonia y se inició la segunda guerra mundial.

Pronto, Finlandia, Dinamarca y Noruega estaban bajo el control Nazi. Francia amenazada. María Paula, apenas terminada su niñez, se veía cercada por la peor ignominia de la historia. En medio del miedo y la incertidumbre recibió la última carta en París. Oscar ya no podía permanecer al margen de las injusticias y las atrocidades del eje Berlín-Roma y se enlistaba en la defensa de Bélgica. De sus aventuras literarias no conservaba nada. Sólo llevaba consigo la camiseta de la selección Brasil, debajo del uniforme de soldado, y la foto que se tomó con María Paula. Ella aún leía la carta cuando escuchó la noticia en la radio. El ejército belga había caído ante el ataque alemán.

María Paula sólo tuvo una semana para preocuparse por la suerte de Oscar. Las tropas del Reich invadieron el norte de Francia y avanzaron hasta París. María Paula huyó a Burdeos, deshojando en el viaje los últimos restos de su niñez sencilla y vivaz. La guerra terminó de convertirla en mujer. Sin embargo, tras perder tanto en tan poco tiempo, aún conservaba la esperanza de ver de nuevo al muchacho jovial que vibraba con los goles que ella no comprendía, que escondía su dolor tras cuentos fantásticos. Sólo entonces, cuando no tenía ninguna certeza de que estuviera vivo, empezó a quererlo.

La guerra siguió su curso trágico como jamás se había visto. Cuarenta millones de personas cedieron sus vidas para saciar la ambición de unas decenas. Las heridas tardarían lustros en sanar. María Paula sólo pudo volver a su hogar a los veintidós años de edad, curtida por la muerte y la desazón, opaca de tanto dolor propio y ajeno que, aún con su don, le era difícil olvidar. Y tras reiniciar apenas su vida en París, descubrió algo que creía perdido para siempre. En la oficina de correos, un cerro de cartas aguardaba su mirada peregrina.

Oscar llevó la guerra como su vida misma, desarraigada y triste. Escapó a la invasión a Bélgica y participó en batallas como las de Belgrado, Creta y Jarkóv en un extraño *déjà vu*. Cargado del sufrimiento a su alrededor, añorando las épocas de los escritores y los futbolistas, poco a poco iba perdiendo su fe en la vida y la humanidad. Y siempre llevaba en su pecho, bajo el uniforme ensangrentado, la camiseta brasilera y la foto bajo el arco del triunfo. María Paula leyó las decenas de cartas, sorprendida y asustada por las múltiples derrotas. Sólo en las últimas hojas se veía esperanza. El día D, la toma de Berlín y el fin de la guerra. Luego, Oscar erraba entre las ruinas de Europa, demasiado destrozado emocionalmente como para intentar verla de nuevo. Las mismas letras mal barajadas que le escribían versos se despidieron deshechas, incapacitadas para brindar cariño. María Paula juntó sus lágrimas con las derramadas en cien campos de batallas durante seis años.

Y la vida siguió, monocromática y herida. Todos los días María Paula esperaba una carta que ya nunca llegaría. Alguna prueba de que Oscar existía y de que aún la recordaba. Ella conservaba su memoria releendo las páginas amarillentas y arrugadas, manchadas de batalla. Pero pasaron años y la carta no se escribió. Tal vez Oscar había sucumbido al dolor, a la ausencia, a la imposibilidad de hallar algo por qué vivir con su espíritu devastado. María Paula empezaba a acostumbrarse a la posibilidad de que jamás volviera a verlo cuando supo de manera inequívoca que estaba vivo, tan vivo como nunca podría estarlo. Brasil era el anfitrión de la copa mundial de fútbol.

Y por ese simple hecho, Oscar olvidó a María Paula.

Era lo único que podía activar de nuevo su corazón derruido, ver campeón a su equipo amado en su propia tierra. María Paula no lo pensó dos veces y trazó como pudo su viaje a Suramérica. Sin embargo, se presentaron decenas de contratiempos que, para cuando empezó el campeonato, aún no tenía resueltos. Finalmente, dejó sus asuntos en París a medio concluir, se trasladó hasta Liverpool para un tiquete a Río y aún así perdió el trasatlántico, lo que la retrasó unos días más. Mientras cruzaba el océano, sabía que Oscar estaba vivo, gritando de emoción en un estadio, con una camiseta nueva, libre del sudor y la sangre de la guerra, y la foto de ambos como único recuerdo de un pasado que pudo ser. Entonces lo vería de nuevo como doce años antes, con vitalidad y entusiasmo, con deseos de narrar historias y visitar museos, con un corazón capaz de amar hasta que los ídolos del fútbol alcanzaran el olimpo.

Sin embargo, la demora en Liverpool y una endiablada tormenta atrasaron el arribo de María Paula. Llegó a Río de Janeiro un día después de la gran final. La ciudad del carnaval y la playa se hallaba muerta, oscura, sumida en la depresión más terrible que puede sufrir una nación: Brasil había perdido, en

su propio estadio, dos goles por uno, la final contra Uruguay y esto había desmoronado la fe del pueblo carioca. María Paula no podía creer la desazón en las calles, el llanto en los rostros, la gente derrumbada en las tabernas, sin ganas de vivir. Todo un país de luto, de duelo por el equipo, por los que murieron viendo la final y por otros a los que mató la pena.

Por fin, tras doce años, una guerra mundial y un cúmulo de heridas incurables, María Paula y Oscar se encontraron pero no para siempre, como ella hubiera querido, sino para no verse nunca más. María Paula nunca supo qué fue lo que mató a Oscar, la distancia que los separaba, los tortuosos recuerdos de la guerra, la frustración tras tantos intentos de perseguir las letras o la tristeza de ver perder a Brasil. Tal vez fue todo al mismo tiempo, detonado con el gol de Ghiggia. O tal vez en realidad fue la nostalgia de la niña que conoció bajo la sombra de la torre Eiffel, cuando la guerra sólo era una amenaza y se podían contar historias futboleras en las esquinas. Tal vez lo mataron los días que vivió lejos de ella, entre fusiles y campos de concentración, aferrado a su recuerdo con una foto sepia, la misma que María Paula puso en la tumba derrotada.

María Paula se alejó, con dos lágrimas en las mejillas, resignada a que el desierto del olvido le permitiese sobrellevar esa existencia hasta la próxima vez que escuchara una voz ácida recitar fútbol y jugar versos.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

MLXIV/IV/V

Oscar se levantó y rugió como un león furibundo. Todos sus ropajes estaban manchados de sangre mora. La cota de malla, perdido el lustre años atrás, lucía las cicatrices de la batalla. En su mano derecha, la espada aún vibraba con el miedo del enemigo muerto a sus pies. Oscar cesó su grito y apreció el silencio que trajo. Todos lo miraban atemorizados, incluso sus soldados. Los ojos fulgían con insania. Mas tarde, las leyendas dirían que su mirada era capaz de matar, pero no era cierto. Sólo una mirada mataba y él lo sabía. Por eso usaba su acero con crueldad inhumana. La batalla se detuvo por un par de segundos y luego, tras una bocanada de aire sanguinolento, Oscar gritó de nuevo y su aullido paralizó a los moros. Algunas cimitarras cayeron al suelo y otras huyeron desesperadas, pero los guerreros portugueses no tuvieron piedad con ninguna.

Fue el último intento de los musulmanes por defender las puertas de Coimbra. Sólo era cuestión de tiempo para que las murallas cayeran por fuego o por hambre. Fernando I y sus generales lo sabían y no quisieron presionar al ejército. El rey ordenó que des-cansaran para reiniciar el asedio al día siguiente. Entonces una voz lo interrumpió, la única que se atrevía a retarlo. Los nobles giraron

las cabezas con temor y desprecio. El Paladín Oscuro aún vestía la armadura y no se había limpiado la sangre del rostro. Podía leer el odio en todos los príncipes pusilánimes. No combatían a los seguidores de Mahoma por la pureza espiritual de Portugal sino por las tierras para sus feudos. Él también los aborrecía por hipócritas y cobardes. Sin embargo, no era mejor que ellos, que al menos guerreaban por la tierra. Oscar sólo peleaba por la muerte.

—Debemos atacar esta misma noche. —Dijo mirando directamente al rey.

Fernando calló por unos momentos, quizá pensando la mejor manera de contradecir a Oscar. Aún rodeado de sus generales, temía al guerrero cubierto de masacre islámica. No confiaba en él, pero lo necesitaba para el triunfo. Después de reconquistada la península, bien podría deshacerse de su nefanda presencia, pero por el momento requería de su brazo.

—No es prudente, valeroso caballero. —Dijo el rey imaginando la horca. —El ejército está cansado.

—Pero victorioso. —Interrumpió Oscar. —Y los musulmanes a punto de caer. Incendiamos la puerta y acabemos con todos. No dejaremos piedra sobre piedra ni huérfanos que venguen a sus padres.

Todos hicieron una mueca de asco. Ni siquiera los más crueles eran capaces de asesinar mujeres y niños con tanta ira. El rey titubeó unos momentos y consultó con los nobles. En cierta forma, el Paladín Oscuro tenía razón, era mejor derrotar al enemigo en su estado de debilidad. Un grito interrumpió las deliberaciones; era Oscar, quien no esperó la decisión y ya azuzaba a sus mercenarios para el incendio de Coimbra. Los príncipes murmuraron y el rey dijo con voz clara y decidida.

—Esta noche, si la victoria es nuestra, hay que matarlo.

La luna fue eclipsada por las antorchas. Saetas de fuego volaban sobre las murallas sitiadas. Aceite hirviendo escaldaba las espaldas de los cristianos mientras el sonido del ariete retumbaba entre los gritos de la batalla como la trompeta del día del juicio. Y la sombra de Oscar daba vueltas sobre sí misma como una pantera enjaulada, con el rostro crispado de furia mal contenida. Pronto, entre los ruidos de la guerra se notó un crujido. Las puertas cedían con las constantes embestidas. Entonces Oscar sonrió. Podía paladear la angustia en los corazones de los moros. Saboreaba la sangre por derramarse y la lujuria de su acero. Tal vez por ese entusiasmo febril no vio la traición. Fernando I mandó uno de sus leales a seguirlo, con la orden de eliminarlo apenas cayeran las murallas.

Por fin, el portón no aguantó más y se desguazó entre grito y llamas. Los portugueses entraron y fueron recibidos por una lluvia de flechas, pero no retrocedieron. Los moros abandonaron los arcos y empuñaron los sables. Se batían valientemente, con los últimos restos de sus vidas. Algunos tal vez aún tenían la ilusión de que Alá los defendiera desde su paraíso musulmán. Pero todas las esperanzas se desvanecieron cuando vieron la cabellera negra, la espada sucia y las botas ensangrentadas del Paladín Oscuro. El héroe asesino los miró con odio profundo, incisivo, recalcitrante. En realidad no los odiaba a ellos, sino a sí mismo, a las tinieblas en su pecho, a su destino de verdugo. Pero nada de eso le importó en el momento, sólo arremetió con un bramido horroroso y aumentó la lista de infamias de la historia.

El asalto continuó por varias horas. Algunos pocos sobrevivientes musulmanes aún se aferraban a su sable o a su fe. Los portugueses ya sólo se dedicaban al saqueo, pero Oscar aún alardeaba de su ruindad. Entraba a las casas con una antorcha y quemaba lo que veía. Asesinaba a todo aquel que se atravesaba en su camino, sin preguntar siquiera si practicaba el islam. Había en sus ojos tal aborrecimiento del mundo que parecía real el mito que le inventaron. Pero entonces, tras una patada a una puerta, encontró la leyenda viva, la mirada que podía matar.

Y todo fue verde y amarillo y azul. María Paula lo miró asustada, pero lo reconoció de inmediato. Debajo de la sangre, de las súplicas de su pueblo musulmán, debajo del odio y la insania, aún era Oscar. El mismo que la rescató del palacio de Al-Rashid, el que le cantó con sal de cítara en India, el que murió en sus brazos en la América encubierta. Era él, cubierto del dolor de mil vidas de buscarla, tenerla y perderla. María Paula sintió lástima por su sufrimiento. Cada mandoble era un intento inútil de matarse a sí mismo, de acabar la agonía eterna, de desgarrarse el alma para que jamás viviera de nuevo.

Y todo fue verde y amarillo y azul. Oscar volvió a verla y volvió a nacer en el tiempo. En un sólo instante, se disipó el rencor. Recordó la alegría de quererla, de oírla reír, de verla despertar. Vio la palidez de su piel emergiendo de las olas, caminando en el desierto, recogiendo frutos para el invierno en un cesto naranjado. Entonces se arrepintió de todas las vidas en las que no la encontró y repitió las muertes de su espada infame. Quiso no ser el Paladín Oscuro, lavar su armadura herida y su alma ciega. Repudió la crueldad que lo marcaba como héroe de la reconquista y como asesino detestable. Cayó de rodillas ante ella y pidió perdón consumido en el penar de su existencia y la felicidad del encuentro.

Y todo fue rojo. Vivir y morir fue lo mismo, de nuevo. Los ojos de María Paula lo mataron cuando querían curarlo, dirían mucho después las leyendas del Paladín Oscuro. Según la crónica de la época, cayó en batalla luchando heroicamente por el cristianismo portugués. Algún historiador sostendría que fue muerto a traición por el rey celoso de su poderío. La única que sabía la verdad era María Paula. El guerrero temible era sólo una fantasía creada por Oscar en el momento de su muerte. Ella misma no era más que un delirio insensato, un fantasma que un día era emperatriz y mendiga al venidero. Erraban en mun-

dos inexistentes, buscándose disfrazados de gitanos, beduinos o piratas. Pero no existían, no más allá de la agonía diaria de Oscar. María Paula leyó en su tristeza todas las historias que inventaría cada noche sin ella. Quiso hablarle, despertarlo de su pesadilla o acariciar su rostro sin importarle la sangre fresca, pero desapareció del universo en una saeta envenenada. El asesino del rey había seguido a Oscar todo el tiempo y se decidió al disparo en el momento en que ella lo revivía con la mirada que podía matar.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

MCCLXI/XI/IXX

Se reconocieron de inmediato. Ya sabían que se iban a encontrar. De alguna manera, lo supieron siempre. Por eso entrenaron desde niños, abandonando los juegos infantiles por hojas afiladas. Ambos se hicieron los mejores espadachines de sus continentes no por amor al acero sino al otro que no conocían y que emergería algún día del vacío.

María Paula era heredera de uno de los samuráis más notables de Japón. Minamoto enseñó a su hija todos los secretos de la catana y la nobleza que se requiere para usarla. Fue una alumna perfecta. No hubo juegos de origami o flores de seda, sino la implacable rutina que la haría digna de su herencia. Se levantaba con el alba y se bañaba en el agua helada del manantial para templar su cuerpo desnudo de la misma manera que se templaba el acero. Peinaba sus cabellos en una trenza bailarina, que jamás se encontraría en el mismo camino de la espada, y luego practicaba los mandobles bajo la cariñosa férula de su padre y los sonidos melódicos del shakuhachi. Supo flexionar su cuerpo como las cañas vírgenes, escabullirse como el zumo entre los dedos y matar con la eficacia de un escorpión amenazado.

Oscar, en cambio, creció husmeando por las calles de Verona. La penumbra italiana le brindó dos talentos inigualables. El prim-

ero lo obtuvo de niño, cuando bailaba en los tejados mientras robaba manzanas y chismes. En una de sus pilatunas se apoderó de una mandolina desvencijada y, sin saber muy bien cómo, la reparó y afinó. A la semana ya entonaba canciones satíricas y recogía monedas en su gorra roja. El segundo talento lo obtuvo cuando algún transeúnte se ofendió por una trova en su contra. El agredido retó al muchacho a un duelo de navajas. Alguien le facilitó una daga a Oscar, quien aprendió a usarla al instante.

Ella nunca sonrió en el combate. Siempre conservó la mirada fija en el rival, en el argentado mortífero y en la sangre de la herida. Era fría y precisa, como un estilete. Jamás hacía un movimiento innecesario, ni alardeaba de su tremenda habilidad. Su padre estaba muy orgulloso de ella. Se movía con la rapidez de la serpiente y con la astucia del zorro. Sus ojos nacientes parecían no parpadear y traspasar al enemigo antes que el acero mismo. Estaba tan obstinada en lograr la perfección de su arte que dejó, incluso, de hablar para sumergirse en una introspección perenne. Pronto llegó el día en que salieron de la casa familiar para enfrentarse al hijo del samurai del poblado vecino.

Cierta electricidad vibró desde la daga, pasando por todo el brazo de Oscar hasta su mueca picaresca. Fue como si el contacto con el puñal le despertara la piel de espadachín dormida desde alguna vida anterior. Su oponente se lanzó furioso, pero Oscar esquivó el golpe con facilidad mientras, en un giro sencillo, le clavaba una cuchillada definitiva en el pecho. El cuerpo cayó pesado al suelo y los ojos del joven se incendiaron con un placer enfermizo, no carente de locura. Tras el silencio de admiración, sonó la ácida carcajada de quien ha hecho la diablura del día.

Se miraron sin emoción bajo los retumbes del taiko, como si no estuvieran a punto de jugarse la vida. El hijo de Bafaku era tan talentoso como la misma María Paula, pero le faltaba la frialdad para adivinar el momento exacto de la estocada final. Ella no habló cuando los presentaron. Sólo hizo la reverencia debida y desenfundó su sable en un movimiento que era fatal

para cualquiera que no fuera un samurai. Los aceros se trenzaron durante varios minutos. Él buscaba la falla en María Paula, y ella esperaba el instante en que la muerte se manifestara plenamente en su brazo. En un movimiento del que sólo quedó el sonido silbante, el joven guerrero perdió la vida ante los ojos amarillos.

Oscar hizo carrera como buscón y espadachín. Se convirtió en un perdonavidas que vagaba de pueblo en pueblo robando corazonces y causando estragos. Le fascinaba batirse, para lo que usaba cualquier excusa. Se burlaba de todo el mundo, con su lengua tan afilada como su estoque. Mientras combatía, cantaba y reía coplas contra el oponente, exasperándolo a tal punto que le hacía perder la concentración y el duelo. No trataba de matarlos, sino de exponerlos al ridículo mientras exhibía su talento. Su chanza favorita era cortarles las jarretas de los pantalones y causar hilaridad en la multitud con el espectáculo. Después, con la bolsa llena del oro de las apuestas, bebía toneles de vino y encontraba sus propias victorias a las doncellas enamoradas con la mandolina remendada. Derrochaba en una noche las monedas con que una familia comería un mes y le daba igual amanecer en los bosques que en las posadas. Decía, entre risotadas cínicas, que el mundo era su cárcel y la vida su condena.

A María Paula, en cambio, nadie le escuchó pronunciar palabra alguna. Durante los años en que se enfrentó en duelos ceremoniales ante emperadores de diversas dinastías, sus labios jamás se abrieron para exhalar una frase o esbozar una sonrisa. Nadie la vio sin su trenza perfecta ni su mirada inexpresiva. Algunos corrieron la leyenda de que era un ente sobrenatural, una mujer sin alma que sólo sentía placer al arrebatarse la vida de un ser humano. Era tan fría en el trato y tan perfecta en la ejecución que la apodaron la Samurai de Hielo. Los gobernantes de oriente le tuvieron miedo y su mismo padre, quien la acunó y le enseñó todos los misterios de la catana, a veces sentía un vacío indescriptible cuando se encontraba en su presencia.

Entretanto, Oscar se convertía en el consentido de los reyes de Europa. Llegaba a las cortes con su caminado arrogante y su

habla burlona. Se presentaba garboso, exagerando gestos y voces. Se chanceaba con los cortesanos y sabía aprovechar al máximo los chismes y habladurías para hacer reír a los monarcas. Luego se batía con cualquier soldado o noble, le daba igual, y se mofaba del rival entre fintas juguetonas y versos ofensivos. Les cortaba la pluma del sombrero o los escudos heráldicos con gran habilidad y socarronería. Siempre triunfaba en los duelos y se hacía acreedor a una metálica recompensa que pronto era despilfarrada en tabernas y burdeles, entre cantos de mandolina y riñas callejeras.

Sólo una vez María Paula perdonó una vida. Antes de que su mirada pétrea se fijara en la espada del rival, la Samurai de Hielo percibió llanto empantanado en las cuencas vacías de una anciana envuelta en un sari de flores negras. De inmediato lo comprendió todo, era la madre del joven que se preparaba para defender el honor de su familia. Bajo el sonido de los taikos, el Kamakura hizo la venia correspondiente y no se dignó saludarla. Los dos desenfundaron en idéntico movimiento, con la misma velocidad. La lucha duró varios minutos, pues el rival era tan diestro con el sable como ella. Entonces María Paula lo miró, y el frío de esos ojos de porcelana fue suficiente para desconcentrar a su oponente. La Samurai de Hielo detuvo el mandoble en el cuello. No quiso matarlo por compasión con su madre ciega, con quien tal vez sintió una conexión femenina. Luego guardó su arma, hizo la reverencia respectiva y giró la espalda camino de su carronato. No volvió atrás cuando escuchó la agonía del muchacho en su harakiri deshonoroso.

Oscar nunca dejó de ser un truhán, ni siquiera cuando lo llevaron a la cárcel por buscapleitos y embolismador. En los mismos calabozos timaba a sus carceleros con acertijos y juegos de azar improvisados. Cuando algún noble lo invitaba a dar una demostración en su palacio, inevitablemente se robaba un tesoro o un amor. A veces amanecía sin blanca en las posadas, pues lo despojaban cuando dormía el vino. En otras ocasiones, tenía que saltar por las ventanas de los castillos porque el dueño de casa regresaba antes de lo previsto. Se volvió temerario, secundado por su daga

maestra y su ausencia de futuro. Sin embargo, cuando se sentaba sólo en alguna colina a ver el atardecer y se disolvía la acidez de sus párpados, pensaba que algo en el destino lo estaba esperando, que no por casualidad se había convertido en el mejor espadachín del Mediterráneo.

Y el destino se hizo carne en el rey de Constantinopla. Miguel VIII quiso realizar la mayor celebración de la historia para la reconquista de Bizancio y su coronación, por lo que convocó diversos guerreros de todo el mundo, selectos de lo mejor de las cruzadas y de los guerreros de oriente. Entre las carreras de caballos, torneos de lanzas y muestras de alquimia, se promocionó el duelo a espadas entre dos continentes. El Juglar de Verona y la Samurai de Hielo. María Paula viajó escoltada por varias carrozas llenas de presentes y una comitiva digna de una reina. Llegó un mes antes del evento y de inmediato se convirtió en leyenda, pues no contestó a pregunta alguna y no miró a nadie al rostro. Uno de los nobles de Miguel, ofendido por la altivez de la japonesa, la retó a duelo y, ante el horror de toda la corte, murió con el movimiento en que María Paula desenfundó su catana.

El camino jugó con los pies de Oscar. Aunque el mismo rey de Italia le dio dinero y le asignó una escolta digna, el joven se perdió en el viaje y dio señales de vida intermitentes en poblados de carnaval y posadas de baja estopa. Llegó a Constantinopla la víspera del duelo, totalmente ebrio, en una carreta de gitanos con quienes había cantado por cuatro días seguidos. El emperador lo enclaustró de inmediato en su castillo y ordenó a sus sirvientes que lo lavaran y le dieran los brebajes necesarios para que estuviera en buenas condiciones para el día siguiente. Con la mayor desfachatez, Oscar practicó sus estocadas con las cortinas del cuarto y sedujo a una de las cortesanas, aunque nadie lo sabría hasta mucho después. Por fin, llegó el momento del esperado duelo.

Representantes de todas las cortes de Europa estaban allí, en el patio central del palacio, acompañando a Miguel VIII en su celebración, aunque realmente ardían de curiosidad por presenciar el encuentro entre dos continentes. Casi todos conocían a

Oscar, lo habían tenido en sus castillos para su diversión personal y se indignaban un poco al saber que robaba monedas y corazones, pero admiraban su arte de espadachín y se cuidaban de su lengua bífida. Apareció con su habitual egolatría, de negro hasta los pies vestido como diría un verso después. Se quitó el sombrero en un gesto gallardo y burlesco, saludó a Miguel y a cada uno de los monarcas con una pequeña chanza. Sintió el suspirar de algunas féminas, pero se limitó a besar manos enguantadas y a lanzar guiños escondidos a las doncellas más lindas. Los reyes hablaban entre sí y se reían, como recordando sus aventuras de juventud. Entonces, el desconocido sonido de un gong acalló toda la concurrencia, mientras un carromato oriental se abría paso en medio del patio.

Una docena de geishas y sirvientes ataviados con lujosos quimonos precedió la llegada de la Samurai de Hielo. Cientos de pétalos naranjados y azules volaban por la comitiva oriental. Metálicos sonidos de koto aumentaban el misterio de la escena. Finalmente, los sirvientes descargaron en el centro del patio el carro adornado con sedas exóticas. Tras el anuncio de su padre, las cortinillas se abrieron y el aura de María Paula inundó la corte. Era más bella que todas las flores que habían dado su esencia para recibirla, y mucho más poderosa que los príncipes que enmudecían ante su hermosura. Vestía un kimono violeta, con orquídeas azules y verdes. Una seda negra ceñía su cintura y resaltaba la perfección de su silueta. La apretada trenza caía sobre su espalda atada con una cinta roja y enmarcaba el desafío de su mirada despiadada. Todos callaron, intimidados por la belleza y la tensión.

En ese momento, mientras el silencio dominaba el mundo, se miraron. Se reconocieron. Para Oscar fue el descubrimiento de su destino. Con un lamparazo de lucidez, supo quién era ella. Recordó la canción que le cantó en el puerto de Shanghai y la perla que le regaló desde el fondo del mar malayo. La vio de nuevo en una corte africana y en un cadalso bárbaro. Sintió la calidez de un beso moribundo y el vuelo de un caballo de madera. El asombro no tuvo límite y nadie se dio cuenta. Ella también lo reconoció

pero, apegada a su disciplina, no permitió que ninguna expresión se filtrara por su rostro.

El estupor, que para los jóvenes fue un conjunto de mil vidas, sólo duró pocos segundos para Miguel VIII, quien tomó de nuevo control de su reino. Llenó el espacio con unos discursos acartonados tratando inútilmente de llamar la atención, pero todas las mentes estaban en María Paula. Oscar tampoco escuchaba la perorata. Empezó a sonreír, recordando todas las pilatunas que harían juntos. La miraba con picardía y complicidad, intentando leer un mensaje escondido en su verde. Ella permanecía tan inescrutable como siempre. Oscar ríe en baja voz y entendió que debía representar la pantomima. En ese momento, los siervos ultimaban el escenario para el combate y el rey pedía a los contrincantes una justa memorable.

La primera en entrar al tablado fue María Paula, aún entre sonidos de koto y biwa, precedida por su aroma a oriente y su fama cruel. Oscar lo hizo unos segundos después, desde el extremo opuesto, tarareando sus botas en la madera en un sardónico paso de baile que en otra ocasión hubiera levantado risas y algún aplauso, pero el ambiente estaba demasiado tenso para ello. Oscar se descubrió ante su rival y trazó su acostumbrada venia, un poco más juguetona que de costumbre, luego arrojó el sombrero al público, esperando atinarle a las narices de algún petimetre. María Paula no hizo ningún gesto ante la infantil exhibición. Brindó su reverencia japonesa y esperó la señal del rey con la voluntad fija en Oscar. El emperador mandó a su lacayo quien pidió silencio, sacó de la manga una mascada con el escudo de Constantinopla y la arrojó al aire.

No bien la tela tocó la tarima, el sable samurai salió de su funda y voló asesino en el aire. Los invitados, que ya habían presenciado una muerte así, esperaron la sangre y la derrota de Europa. Oscar no conocía esa técnica, pero fue lo suficientemente hábil para evadir la hoja a pocas pulgadas de su pecho. Soltó una risita burlona mientras caminaba hacia atrás desenvainando el estoque. María Paula estaba dispuesta a demostrar su perfección como esgrimista, así que Oscar accedió gustoso a su reto. No era la

primera vez que jugaban. Oscar pensaba narrarle una y otra vez las diversas ocasiones en las que el destino los enfrentó. Quería recostarla entre las sedas japonesas y cantarle con la mandolina italiana. Describirle los recuerdos de ésta y otras vidas en las que fue peregrino, marinero y ladrón. Y quería adivinar las historias de ella en sus ojos amarillos de fortuna. Leer en qué cortes estuvo, en qué países, desafiando qué peligros y soñando qué muertes. Todo eso se daría en unas horas, cuando escaparan juntos de Constantinopla como de otras ciudades más fortificadas. Pero, por ahora, había un espectáculo que dar y Oscar no podía resistirse.

Los aceros iban y venían con precisión inhumana. María Paula arremetía decidida y parca, sin despegar la mente de su contrinicante. Sus mandobles eran mortales para cualquiera excepto para Oscar que los desviaba difícil pero seguro. Luego, el muchacho contraatacaba y María Paula se movía exactamente lo necesario para evitar la carga y usar su propia inercia en el siguiente golpe. Durante varios minutos las hojas tronaron como relámpagos en competencia. Los nobles no parpadeaban y evitaban hablar para no perderse en un instante de distracción la estocada que significara el fin del mejor combate jamás presenciado. A veces, el lacayo del emperador se acercaba con la mascada levantada y los espadachines se detenían por un momento, mientras les traían bebida. María Paula ni siquiera miraba al sirviente, en cambio Oscar acabó con una buena jarra de vino. El combate seguía y ninguno de los dos parecía ceder ante el otro.

Entonces, Oscar no soportó la tentación del juego. Mientras esquivaba sablazos, estudió los movimientos de su rival, midió la distancia y la fuerza y esperó el instante preciso. Cuando éste se dio, trazó la finta y atravesó la humanidad de María Paula. Ella se sorprendió por la inutilidad de ese ataque que pasó lejos de su cuerpo, cuando se dio cuenta de que el estoque había herido la larga trenza y cortado la cinta roja que la mantenía atada. Oscar saltó hacia atrás entre carcajadas, extasiado de su habilidad y osadía. Por primera vez, una espada tocaba a la Samurai de Hielo.

Un murmullo de admiración se levantó entre la concurrencia. Los cortesanos brindaban agradados y las doncellas suspiraban por la gallardía del encantador truhán. Mientras Oscar se pavoneaba, la trenza de María Paula se deshacía lentamente, desfigurando su aura invencible. Por fin, tras alardear unos segundos, Oscar regresó al combate totalmente desconcentrado y embebido en su propia hazaña. Tanta fue su distracción, que vio el mandoble demasiado tarde. Cuando trató de moverse, el filo de la catana acariciaba su cuello tierna y amenazadoramente. El público, un segundo antes alborozado, calló de susto. Oscar miró a María Paula con gesto de niño sorprendido, recriminándose a sí mismo por su error tan absurdo y reconociendo la victoria de su anhelada. La Samurai de Hielo no cambió la expresión en su rostro. Sostuvo la tonta sonrisa de Oscar con los ojos indescifrables y los labios mudos. El vencido soltó su arma y sonrió de nuevo, satisfecho de que la charada terminase porque indicaba el inicio de una nueva vida añorada desde hacía siglos. Esperó entonces la dicha contenida en el rostro de María Paula, los labios felices, el abrazo de seda y la historia que opacaría todas las demás historias de Turquía. Pero en lugar de ello ocurrió lo inevitable.

María Paula, en un golpe seco y silencioso, cercenó la garganta de Oscar. La sangre salpicó el tablado y se derramó sobre el estoque vencido. Oscar se sintió morir, no por la herida, sino por la mirada al momento de la misma. Cayó de rodillas, agonizante del cuerpo y del espíritu. Lo que manaba por su cuello destrozado no era la sangre mortal, sino el alma soñadora y esperanzada, su confianza infantil, sus canciones burbujeantes, su amor incondicional. Antes de perderse en el abismo, tuvo aún fuerzas para levantar la cabeza suplicante, pero no hubo respuesta. La belleza imposible de María Paula permanecería grabada por siempre en esos ojos que contemplaban sin sentimiento alguno cómo la oscuridad se adueñaba de su ser.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

MCCXXXIII/VI/XXX

—¿Todavía otro cuento?

María Paula lo miró como sólo ella podía. La mirada inquisidora, la llamaba Oscar, pues no había poder dentro de él para negarse a cualquier petición que acompañara esos ojos. Protestó, no porque le disgustase narrar sus historias, sino para dar pie a que María Paula entrecerrara un poco más el amarillo y acentuara su ternura. El joven se negó de nuevo, argumentando fruslerías, y logró lo que quería, que ella estirara su mano de azúcar y le acariciase la mejilla para convencerlo. Ambos sabían que era un juego tonto. Ambos fingían que era en serio. Ambos disfrutaban como niños en verano.

—De acuerdo. —Cedió al fin. —Pero que sea el último.

Ella sonrió entusiasmada. Conoció a San Jorge, se asustó con el dragón, se emocionó en la lucha, aplaudió la hazaña del guerrero y pidió otro cuento. En esas estuvieron hasta bien entrada la noche. Por fin, al arrullo de la historia de Psique, María Paula se fundió entre ensueños. Oscar besó los labios dormidos y veló lo que quedaba de penumbra.

Cuando el gallo cantó, empezaron las clases. Una mesa de la taberna, volteada y puesta contra la pared, hacía de tablero. El maestro rayaba con piedra caliza. Los niños habían fabricado sus propias pizarras y tizas con la fórmula dada por María Paula. Oscar les enseñaba a leer y escribir. Con ese conocimiento podían dejar de arar tierra ajena y trabajar en un cargo más descansado y productivo, tal vez para un noble o, incluso, el rey. Y, sobre todo, podrían pensar por sí mismos y no ser títeres del clero o los terratenientes. Con algo de torpeza, los muchachos imitaban los trazos del tablero y leían lentamente las letras rojizas. Cuando volvió a cantar el gallo, apareció María Paula con una bandeja llena de colaciones, la carnada de la escuela.

—¿A ver, profesor, quiénes se han ganado la golosina de hoy?

Oscar miró al infantil conjunto. Todos cuchichearon ansiosos. Parecían menos pícaros de lo que realmente eran.

—No sé. —Dijo por fin mientras se robaba un dulce de mazapán. —Creo que ninguno de estos mozalbetes merece tus galletas.

Inmediatamente, todos los niños protestaron, levantaron sus pizarras con la prueba escrita de su laboriosidad y señalaron al tablero en gracioso atropello. María Paula rio. Todos los días era lo mismo.

—Está bien, está bien. —Dijo Oscar con sorna. —Sólo porque estoy de buen genio los voy a dejar que coman.

Los confites, que se demoraron dos horas en su preparación, desaparecieron en menos de un minuto. María Paula sonreía con las bocas llenas de migajas que intentaban hablar entre sonidos guturales. Luego dio su propia lección. Les habló del valor de la libertad, del amor por el prójimo y el derecho que tenían todos a tomar sus propias decisiones. Al mismo tiempo, les incitaba a descubrir el arte del mundo que los rodeaba y a no tragar entero sino

a masticar bien, como galletas, cada suceso a su alrededor. Estas enseñanzas eran mucho más importantes que las letras que Oscar trataba de difundir, aunque los muchachos no lo sabían todavía. Luego, mientras recostaba la cabeza en el hombro de Oscar simulando cansancio, la dama despedía a la diminuta concurrencia.

Por la tarde, la escuela se convertía en taberna. La cerveza, fabricada con la cebada que la misma María Paula sembraba, era la mejor de la región. Pero ese era sólo el segundo motivo por el que mantenía llena, el primero eran las leyendas que Oscar narraba desde el crepúsculo y durante tres jarros completos. Acompañaba su trova con una mandolina reluciente. Todas las noches contaba una fábula nueva que superaba las anteriores. Historias aprendidas durante muchas existencias, algunas de las cuales ni siquiera se habían escrito. Leyendas de mundos más allá del mar donde la gente andaba desnuda y adornada con plumas y jades. Edificios triangulares que en realidad eran tumbas de reyes. Mitos de dioses antiguos y poderosos. Guerras en las que los soldados combatían en enormes máquinas voladoras, como halcones gigantescos. Aventuras de personas que bajaban al infierno y subían al cielo. Encuentros épicos alrededor de una pelota de cuero...

Y cuando por fin terminaba el tercer tarro de cerveza, y con él el cuento de turno, empezaba lo más atractivo de la noche. María Paula se subía al mesón principal, el mismo que hacía de tablero en las mañanas, y empezaba a bailar con gracia gitana al ritmo de la mandolina. Entonces se veía más bella que nunca, irradiando su duende y su sonrisa. Los campesinos, iletrados y groseros, callaban respetuosos para ver las habilidades de la chica y al final la premiaban con un pequeño vendaval de aplausos. Oscar le brindaba la mano para ayudarla a bajar de la mesa y cruzaban una brevísima caricia centellante.

En esa rutina se iban los días. Entre las clases a los muchachos, las chanzas de las golosinas, la fabricación de la cerveza, los cuentos increíbles, la danza gitana... Una vida sencilla, tras tantos años de vagar por Europa con los zíngaros. Huían de

guerras, de persecuciones e injusticias. Ya habían padecido demasiado en demasiadas vidas y era tiempo de reclamar un poco de paz. Montabaur parecía un pueblo propicio. El reino alemán era próspero y liberal. Un buen sitio para cantar a la libertad, lo que Oscar y María Paula enseñaban a los pequeños en la escuela, de gallo a gallo.

Pero llegó una mañana en la que el gallo no cantó. Lo asustó la aparición de una figura macabra. El inquisidor Conrado de Marburgo llegó en lugar de los estudiantes, que habían sido advertidos por sus padres de no aparecerse por la escuela. Oscar lo detalló desde su omnisciencia, sabedor del horrible mal que traía a Alemania, pero impotente para arrancarlo de raíz a pesar de toda su sabiduría.

—¿Oscar? —Preguntó el prelado con voz de hierro.

—Sí. —Contestó secamente el muchacho.

—¿El “profesor” Oscar? ¿El “Juglar” Oscar? —Repitió Conrado acentuando el cinismo de las frases y, ante el silencio del interpelado, añadió: —El gitano Oscar?

—¿Qué quiere?

Conrado de Marburgo bajó la cabeza y sonrió, como saboreando con anticipación las palabras acusadoras. Su sotana negra no podía ensombrecer la corrupción de su espíritu, y el crucifijo en su cuello apenas significaba una burla a lo sagrado, pero enarbolaba el poder del que entonces pocos escapaban.

—Tengo entendido que enseña a unos mozalbetes.

—A leer y escribir.

—¡A pensar! Al vulgo no se le puede dar acceso al conocimiento. Hay que cuidarlo como a un rebaño torpe.

En los minutos siguientes, el clérigo hizo varias disertaciones manipuladas acerca del poder de la iglesia, la autoridad de dios

y la conveniencia de la humildad en la búsqueda de saberes. Oscar tragaba hiel pura con cada palabra hipócrita. Sentía deseos de contestarle con la filosofía aprendida en Atenas siglos atrás, pero sabía que eso lo haría culpable de herejía y, por consiguiente, reo de la hoguera. No quería arriesgar su felicidad con María Paula ni el posible bien que pudiera traer a algunos jóvenes. Así que se resignó a permanecer en silencio mientras el insoportable sermón llovía como granizo ácido. De todas maneras, no corría ningún riesgo verdadero, pues advirtió que el clérigo alargaba el discurso para evaluar las rentabilidades económicas de la taberna que, definitivamente, no valían un proceso de la inquisición.

—Y un último consejo. —Remató el prelado tras su perorata intimidante. —No incite los cultos paganos.

—¿Cultos paganos? —Preguntó Oscar ingenuo.

—Ya sabe. —Respondió Conrado malicioso, pues por fin le sacaba algunas palabras. —Las leyendas que cuenta por las noches. ¿No queremos iniciar una secta herética, verdad?

Oscar sintió que una risa indignada le subía por la garganta, una burla a la estupidez rampante, pero la disimuló con prudencia. Sin embargo, no pudo evitar replicar.

—Sólo son cuentos infantiles para entretener a los clientes.

—¡Oh, sí! —Ironizó el inquisidor. —Cuentos con héroes que buscan la libertad de su pueblo, ¿cierto? ¿Y con dioses que bajan del olimpo a minar el poderío del papado?

—No. —Contestó Oscar indignado. —Sólo es mitología. Narraciones fantásticas.

La silueta de negro lo miró de nuevo, esta vez más frío que antes. No estaba ante ningún campesino obtuso, sino ante un viajero letrado. Se preguntó si en verdad podría ser un peligro para la autoridad eclesiástica, pero de nuevo vio el sencillo conjunto de la taberna y concluyó que no merecía la pena.

—Queda usted advertido, “profesor”. —Dijo a modo de fúnebre despedida. Se disponía a marcharse cuando el gallo, ya acostumbrado a la presencia del extraño y fiel a su rutina, lanzó su canto al aire. Entonces, una figura más angelical que la descrita en cualquier libro de texto apareció desde la puerta de la cocina con las colaciones de turno. Ante el silencioso dolor de Oscar, se sorprendió de la ausencia de estudiantes y de la presencia del inquisidor, quien de inmediato sintió lujuria por la bella María Paula.

—¡Vaya, vaya! ¿Qué tenemos aquí? —Dijo Conrado ungido de maldad. —¿Una doncella gitana?

El prelado volvió sus pasos hasta la dama y su bandeja, la miró hechizado por su rostro y tomó una galleta.

—¿Puedo? —Preguntó con sorna.

María Paula asintió silenciosa. Sabía bien de quién se trataba. Miró fugazmente a Oscar y entendió que sólo podían tratar de despacharlo cuanto antes. El clérigo saboreó el dulce y sonrió en su vicio.

—Realmente deliciosas. ¿Alguna receta de familia? —Y, ante el silencio de la joven, acentuó: —No les darás sabor con alguna fórmula mágica, ¿verdad, gitana?

Los jóvenes sintieron la sangre hervir dentro de sus pieles, pero se contuvieron para evitar mayores problemas. El inquisidor terminó su golosina y tomó otra mientras alababa malévolamente la cocina egipcia. Luego se retiró con su negra túnica y su negro pensamiento. Los jóvenes se abrazaron entre la ira y la angustia.

Esa tarde, antes del cuento de turno, los pocos amigos zingaros que tenían en Montabaur se presentaron en la taberna con noticias aún más desalentadoras. Los esbirros de Conrado habían ido a visitarlos con un interrogatorio parecido. El corrupto dominico

Torso y el tuerto y manco Johannes, ambos crueles y enfermizos que se complacían enviando inocentes a la hoguera con cualquier pretexto pues afirmaban que tenían el poder para distinguir los herejes de los creyentes, estaban en el pueblo. María Paula y Oscar decidieron huir a Holanda con sus amigos esa misma noche. Sin embargo, sus planes se verían interferidos por los siniestros personajes de los que acababan de hablar. Torso y Johannes ingresaron al recinto y acallaron con su aliento de miedo a la concurrencia. Se adelantaron hasta el mesón y miraron de reojo a los gitanos. “Huele a Egipto por acá” dijo el tuerto y se rieron. Luego, el dominico llamó a María Paula.

—Dame una cerveza, moza.

María Paula obedeció sin pronunciar palabra. Oscar percibió los murmullos de los dos compinches y quiso sacarlos a patadas, pero eso estropearía todo. Dio una última indicación a sus compañeros gitanos quienes se retiraron silenciosos para poner en práctica el plan de fuga. Cuando Oscar trató de hacer lo mismo, una voz lo detuvo en seco.

—Ya el crepúsculo se despide. ¿No es acaso hora del cuento prometido?

En la entrada de la taberna traslucía la temible silueta de Conrado de Marburgo, el inquisidor en persona.

Oscar respiró profundo. Miró a María Paula y le pidió un tarro de cerveza. Luego, le susurró unas rápidas instrucciones y le hizo un guiño.

—Todo va a salir bien. —Le dijo quedamente.

Entonces se trepó a la mesa y pareció mas altivo que de costumbre. Frágil e inquebrantable. Saludó a la concurrencia

con su habitual venia y empuñó la mandolina. Enfrentó altanero a Conrado y vio su codicia por María Paula, pero en lugar de desafiarlo sonrió y empezó su narración. Era la historia de un hidalgo de los de lanza en astillero, adarga antigua, rocín flaco y galgo corredor que se hacía caballero andante. Su fiel escudero se llamaba Sancho Panza y Rocinante, su noble corcel. Y lo más romántico de la aventura era que siempre luchaba inspirado por el amor de su dama, la primorosa Dulcinea del Toboso. Lamentablemente, el caballero estaba loco y todas sus hazañas terminaban mal. Tan divertida era la narración, que envolvió a toda la concurrencia, incluyendo al inquisidor.

Entretanto, los gitanos llevaban a cabo su escape. María Paula vio uno de los compañeros asomarse por la ventana y distinguió la seña que le hizo el juglar entre los manierismos del cuento. Minutos después, mientras Oscar narra cómo el caballero velaba semidesnudo por el amor de su dama, ella misma aprovechó la distracción general y pasó al trasfondo de la taberna a encontrarse con los otros. Sin embargo, en la oscuridad una mano sucia tapó su boca impidiéndole gritar. Luego, otra mano puso un trapo húmedo en su nariz y la muchacha se desvaneció con la voz de la leyenda.

María Paula no escuchó el final del cuento. El caballero andante moría triste y cuerdo en su lecho, junto a su familia y su escudero, que aún le suplicaba que no se muriera, que saliera de nuevo a resolver entuertos y socorrer a los débiles. En ese momento hubo chispas en los ojos de Oscar y una punzante sonrisa en su cara. Dijo que el caballero se había levantado en una canción y que volvía a enfrentarse al mundo, a los gigantes de viento, a los rebaños de moros, a los encantadores disfrazados y al mismísimo caballo Clavileño. Luego, habló sin coherencia de ocho largas y crudelísimas guerras que enfrentarían la codicia cristiana y el celo musulmán. Describió a un tipo llamado Galileo demostrando que la tierra gira alrededor del sol y habló de un tal Dante que escribía el libro más perfecto de la historia. Dijo que tres barcos cruzaban el océano y encontraban una tierra totalmente nueva. Habló de las batallas en Suramérica, de los piratas de Malasia, de las aventuras de Superman, de la bomba de Hiroshima, de la llegada a

la luna, del mundial del setenta, de la música de Black Sabbath y del momento mágico en el que dos jóvenes se encontraban de nuevo en el segundo piso de un bar.

Sólo en ese instante, tras el discurso desquiciado e inconexo de Oscar, Conrado se levantó y gritó.

—¡Blasfemia!

Oscar lo miró enajenado, con el cabello en su cara como una máscara fantasmagórica. Pensó en María Paula y su mirada inquisidora y soltó una risa macabra.

—¿A quién adoras? —Preguntó el clérigo.

—Al Príncipe de las Tinieblas.

—¿Lucifer?

—Ozzy Osbourne.

Las carcajadas resonaron por todo Montabaur, horribles y asfixiantes. Esa misma noche lo llevaron al potro y las risotadas fueron reemplazadas por gritos. A la madrugada, más o menos a la misma hora en que María Paula por fin se dormía cada noche, lo quemaron en la hoguera. A pesar de la distancia, los gitanos escucharon todo el tiempo entre lágrimas el delirio, las risas y el sufrimiento del amigo que se sacrificó para que ellos pudieran escapar.

A la semana, Conrado de Marburgo y sus dos secuaces se marcharon de Montabaur. La ejecución de Oscar fue lo suficientemente fuerte para amedrentar a todo el pueblo, aunque los alumnos nunca bajaron la cabeza ante los asesinos. El fatídico trío cabalgaba tranquilo por la pradera alemana camino a Mainz escoltado por su crueldad.

—Lástima la muchacha. —Exclamó Torso distraídamente.

—Debió ser verdad lo que dijo el hereje durante la tor-

tura. —Contestó Conrado mientras lamentaba la pérdida de su lujuria. —Nadie había soportado tanto tormento.

—Malditos gitanos. —Alcanzó a decir Johannes cuando una piedra lo derribó de su mula. Un instante después, varios lugareños atacaron la yegua de Torso y dieron con su cuerpo en tierra.

Los muchachos de la escuela, con el valor encendido por las enseñanzas de sus maestros, se sumaban a los gitanos para cobrar justicia en la tierra. Conrado, consciente del ataque, espoleó su montura para escapar de la emboscada, pero un rayo de luz verde lo tumbó al suelo. Miró asustado e indefenso la criatura que lo atacaba con una daga. Era ella, María Paula, con una llamarada como nunca había llevado en sus ojos. Conrado no vio cuando los zíngaros y habitantes de Montabaur apuñalaban a Torso y colgaban a Johannes. Se sintió horadado por esa mirada terrible y apenas recordó palabras en su pánico.

—Tú estás muerta. —Balbuceó. —Oscar dijo en el martirio que los gitanos te habían sacrificado a sus dioses para poder escapar.

—No. —Contestó María Paula con voz de ultratumba. —El sacrificado fue él. Mis compañeros me drogaron para traerme consigo, pues yo nunca hubiera abandonado a Oscar en las garras de la inquisición. Pero ya no más. Nunca más.

La daga cortó el aire y desguazó la negra vida de Conrado de Marburgo. María Paula cayó de rodillas sobre el cadáver de su enemigo y rompió en llanto porque sabía que la muerte del inquisidor no impediría las abominaciones del santo oficio, porque la venganza no le curaba el dolor en el pecho y, sobre todo, porque una vez más había perdido la palabra que la hacía soñar.

DCCXC/V/XIII

Cuentan los que saben, pero Alá es el más sabio, que en tiempos del jalifa Harunu-r-Raschid sucedió una historia que si se escribiera con un alfiler en la pupila del ojo daría de qué hablar a los eruditos. Las carcajadas resonaban en la estancia. Era un cuarto pequeño, pobre y mal iluminado, pero el talento reunido daba luz al encuentro. Uno de los más grandes poetas de Bagdad, recibía a un viejo amigo al que sólo conocía por sus cartas. Ambos eran muy parecidos, amantes de las letras y el buen vino, bromistas empedernidos, con centenares de guasas en sus historiales. Por estas razones eran adorados por los sultanes y detestados por los vecinos.

El abrazo de Abu-Nuás sacudió el polvo de cien caminos de las espaldas de Oscar. Luego vinieron las chanzas de rigor, las alabatorias a Alá y el salem relegado por el contento. Abu-Nuás hizo sentar a su invitado en unos desgastados cojines y lamentó que su precaria situación económica no le permitiera una mocita que les escanciara las bebidas y endulzara la noche con su voz en el laúd. Oscar sonrió y sentenció que “el oro no vale un dirhem”, lo que provocó las risas de su colega. Sin más imitaciones de solemnidad, comieron las pocas viandas que quedaban del viaje de Oscar y la pobreza de Abu-Nuás. Luego bebieron restos de vino de un

ánfora a punto de resquebrajarse. Y cuando la lámpara de aceite no pudo iluminar más, decidieron irse a dormir y madrugar a comprar víveres con qué celebrar el encuentro.

—He aquí el zoco, hervidero de mercaderes, camellos y peregrinos. —Dijo Abu-Nuás con ademanes burlescos.

—No es fácil distinguir unos de otros. —Contestó Oscar sonriendo. Su amigo rompió en una gruesa carcajada que permitió ver la ausencia de varios dientes. Luego, se adentraron en la vorágine de olores y mercancías. Ninguno de los dos tenía un dirhem en la bolsa, pero Abu-Nuás ya trazaba un plan.

—Los días que llegan las caravanas, el gran visir Châfar viene a comprar tesoros, esclavos y fruslerías para sí mismo y para halagar al emir. Ambos me tienen en muy buena estima a mí y a mis amigos poetas, así que no nos costará nada hacernos invitar al palacio.

—¿Y Châfar nos recibirá en esta *chafa*? Digo, ¿facha? —Bromeó Oscar.

—¡Ja! Te apuesto a que nos darán lujosos vestidos de cientos de dracmas.

—Y nos mandarán al hammam? Porque debemos oler igual que esos camellos.

—No. Creo que ellos huelen mejor.

Entonces la gente se empezó a apartar del camino, abriendo paso a una pequeña pero imponente comitiva. El gran visir Châfar-ben-Yahya el barmeki llegaba en un elegante caballo negro. Lucía anillos con joyas grandes como nueces en todos los dedos. Vestía una lujosa túnica azul con bordados de oro y plata, y un turbante rojo con un enorme diamante le coronaba la cabeza. La multitud lo miraba admirada y temerosa, en un silencio de murmullos, hasta que una voz algo más sobria de lo normal lo llamó con cierto descaro.

—Ye, gran Châfar. Beso la tierra entre tus manos. Sean contigo la paz de Alá y su profeta Muhammad.

—Selam para ti también, Abu-Nuás. —Contestó el visir con una sonrisa que aumentó su dignidad. —¿Qué haces en el mercado? ¿Buscas ganancias para tus versos?

—No, ye el encumbrado. Le muestro el zoco a mi buen amigo Oscar. Poeta de lejanas tierras. Estoy seguro de que al jalifa le agradaría su voz y su presencia.

Châfar miró de soslayo al aludido. De alguna manera, se le notaba la condición de forastero. En su rostro se cromaba el cansancio y la vivacidad de los caminos. Los cabellos largos, aún nublados por el polvo, bullían poderosos en su negro. El visir, acostumbrado a juzgar a la gente con un vistazo, no pudo descifrar la presencia de Oscar, aunque adivinó su facilidad para contar cuentos.

—Dime, amigo de Abu-Nuás, ¿sabes narrar historias?

—No hay más Ilha que Alá. —Dijo Oscar inclinando la cabeza en saludo. —Sí, gran visir. Conozco mil y una historias entretenidas, peregrinas, que añaden curiosidad a curiosidad y ofrecen descripciones de pasión y locura de amor. Y contienen rarezas amenas y divertidas y graciosas, adornadas con figuras sorprendentes, nuevas de lo más nuevo que haber pueda, y panoramas de los prodigios de los tiempos.

—Pues bien, si así es, vengan los dos esta noche al palacio del emir de los creyentes para que nos deleiten con sus versos. Si son de nuestro agrado, el emir los recompensará de manera justa. En caso contrario, su ira será igual de intensa.

—Oír es obedecer.

Mandó entonces Châfar que les dieran dos vestidos como no podían encontrarse en el zoco y una bolsa con cinco dinares. Los poetas agradecieron la deferencia y se fueron felices a preparar el repertorio para la noche. El visir continuó su pasear por el mercado y fue adquiriendo diversos objetos de los que se antojó. Joyas, sedas, perlas azuladas y otras mercancías dignas de reyes.

Sin bajarse nunca del corcel, llegó hasta la tarima donde vendían los esclavos, hizo una seña a uno de sus sirvientes y, tras esperar unos minutos, escuchó la algarabía del subastador.

—¡Ye, mercaderes! ¡Ye, poseedores de bienes! ¡Ye, hombres poderosos! ¿Quién se decide a abrir la puerta de la puja de la esclava más hermosa que Alá haya creado?

Entonces, de un carromato junto a la tarima, salió una muchacha radiante como el sol mismo, toda cubierta con tules violáceos y una diadema de plata ceñida en las sienas. Era su porte elegante y dulce a la vez y se podía adivinar la reliquia del rostro a pesar del velo que la cubría. Sólo sus ojos tenían permiso para mirar y ser mirados, pero esas gemas inmaculadas se teñían con un extraño azul. María Paula no soportaba la esclavitud que pretendía encadenar su espíritu. Detestaba esos hombres sucios y crueles que comerciaban con seres humanos. Ardía en ella un fuego de libertad que sólo esperaba alguna oportunidad para volar por los cielos de Bagdad. Sin embargo, a pesar de su furia y su tristeza, María Paula se conservaba digna y majestuosa como la princesa que era.

En ese momento una sombra se trazó entre la muchedumbre. Era un peregrino totalmente envuelto en telas negras. Incluso su rostro estaba vendado con sedas oscuras como las que usaban los beduinos para protegerse del polvo del desierto. Un enorme turbante, del mismo color del resto de las ropas, aumentaba su aura de misterio. María Paula estaba demasiado poseída por la rabia como para notar su presencia. No sintió su codicia ni su vista penetrante. El tasador lo vio pero, acostumbrado a encontrar todo tipo de personajes en sus viajes, no le prestó atención y continuó con su anuncio.

—Ésta que ven aquí, comerciantes y señores, es una princesa, hija de reyes lejanos. Dama de las lunas, perla de singular hermosura. Pero no se maravillen de su esplendor que al propio sol de la siesta de rubor llena, sino del repuesto de versos selectos que

en su memoria guarda. Además de eso, sabe recitar el glorioso Corán en los siete modos en que se puede leer y también conoce los hadices venerables según su transmisión auténtica y es versada en los siete caracteres de letra y es tal en conclusión que a los más instruidos deja lelos.

Empezó entonces la puja. Un viejo scheij ofreció doscientos dinares. Un comerciante aumentó la tasa a doscientos cincuenta y un tercero llegó a los cuatrocientos. Châfar, silencioso como su rango, detallaba la mocita. Le gustaba su porte virginal y se preguntaba si sería verdad el cúmulo de cualidades descritas. Pero lo que más le llamó la atención fue que la esclava jamás bajó la cabeza ni miró a ninguno de los que elevaban voces y cifras por ella. Mantenía su tez fija en el horizonte, erguida como palmera al viento. A pesar del velo, el visir podía leer la indignación de María Paula. Entonces hizo una seña a su macero y éste gritó.

—¡El gran visir del emir de los creyentes ofrece mil dinares!

La muchedumbre calló. Los pujantes desistieron de sus intenciones, no sólo porque la cifra ofrecida por Châfar era demasiado alta para ellos, sino porque de ninguna manera querían contrariar al visir. El tasador tampoco porfió más en la subasta y gustoso recibió al sirviente, que le dio una bolsa de cuero repleta de monedas de oro. María Paula escuchó unas instrucciones y, sin dignarse mirar a quien le hablaba, obedeció y regresó al carromato que pronto fue levantado por dos esclavos de la escolta del visir. La pequeña caravana emprendió camino seguida por la sombra maliciosa del peregrino.

Esa noche, Abu-Nuás y Oscar se presentaron en el imponente palacio de Bagdad. Un esclavo castrado los llevó ante la presencia del visir, quién se complació mucho de verlos y alabó lo bien que les sentaban los vestidos nuevos. Los poetas bromearon un par de veces y preguntaron cuándo verían a Harunu-r-Rashid, a lo que Châfar contestó que de inmediato,

ya que el emir se encontraba de un excelente humor debido a la nueva esclava que le había regalado. En ese momento, apareció ante ellos Mesrur, el macero del jalifa, quien los condujo a un agradable cuarto, destinado a la bohemia y los placeres de la noche, a presencia de su majestad.

Harunu-r-Raschid los esperaba sentado en cojines de terciopelo marrón. Una alfombra persa con grabados de historias épicas cubría totalmente el suelo de la habitación, jarras de vinos y bandejas con todo tipo de manjares aguardaban para complacer los paladares, y dos esclavas morenas escanciaban bebida en la copa de oro del emir. Entró primero Châfar, besó la tierra entre las manos del jalifa y le presentó el selam. Luego lo hizo el ya conocido Abu-Nuás, quién acuñó su saludo con una broma. Finalmente, Oscar presentó sus respetos y fue interrogado.

—¿Así que tú eres el poeta extranjero? —Dijo el jalifa mirándolo fijamente.

—Ni soy de aquí, ni soy de allá. —Contestó Oscar plagiando una canción aún no escrita.

—¿Y conoces muchas historias?

—Todas las que su majestad quiera, pero Alá es el más sabio. Sólo que con la garganta tan seca, mi voz no puede endulzar vuestros oídos.

Al oír esto, el emir se lanzó en carcajadas y mandó a las mocitas que le llenaran una copa. Luego acercó a Mesrur y lo ubicó a su lado.

—¿Ves el alfanje de mi macero? —Dijo el jalifa señalando la enorme espada de Mesrur. —Pues si tus historias me divierten, te daré tanto oro como pesa, pero si son aburridas, sentirás ese mismo peso sobre tu cuello.

Abu-Nuás tragó saliva. Oscar sólo sonrió, tomó un sorbo de vino y empezó a hablar. Quería contar la historia de Schahrasad, pero

duraba mil y una noches y no disponía de tanto tiempo; además, la tenía reservada para una mocita especial. Así que narró la historia de Ala-d-Din y la lámpara maravillosa, la de Alí-Babá y los cuarenta ladrones, la de Al-Simbad el marino, y la del jalifa Omar y cómo le fue raptada una esclava en un caballo de madera tras un juego de ajedrez. Todos los presentes, incluyendo al mismo Abu-Nuás, quedaron embelesados por las historias inauditas, llenas de aventuras, romance y sabiduría. Harunu-r-Raschid, complacido por los cuentos, ordenó que los escribiesen con tinta de oro y mandó a su macero que les trajera a ambos poetas sendas bolsas de joyas y monedas que pesaran tanto como su alfanje.

—Esa última historia, emir de los creyentes, —Dijo Châfar cuando salió Mesrur. —me hizo recordar la esclava que te regalé esta tarde y que esperaba encontrar entregada a tu servicio. ¿No fue acaso de tu agrado?

—Por el contrario. —Afirmó el emir. —La encuentro inmaculada y más valiosa que todo mi harén junto, por lo que, a pesar de los celos de la señora Sobeida, he decidido hacerla mi favorita. Pero aún es un poco reticente con su condición de esclava.

—La mejor yegua es la de doma más difícil. —Declamó Abu-Nuás.

El jalifa sonrió. Se aprestaba a brindar por el apunte, cuando escuchó a Oscar recitar con los párpados cerrados.

*Mi dama es blanca y hermosa
como sal en la cosecha,
es de ópalo su piel
y de noche su cimera.
Tiene ojos de mil colores
siempre verdes en la espera,
azules cuando están tristes,
amarillos si se alegran.*

Harunu-r-Raschid palideció al oír descripción tan rica y precisa de su esclava favorita. Miró fijamente a Oscar y exclamó con voz autoritaria:

—¡Tú la has visto!

—¿A quién? —Preguntó Oscar inocentemente.

—A mi esclava. —¿Cómo sabes los colores de sus ojos?

—No sé de quién estás hablando, encumbrado de Alá. Yo sólo recito versos que he escuchado en mi caminar sin descanso.

El jalifa aún no sabía qué pensar cuando se escuchó un escándalo. Todos miraron a la puerta y vieron aparecer a Mesrur con la espada desenvainada. Abu-Nuás temió lo peor y empezó a arrepentirse ante Alá de todas las bromas y borracheras de su vida. Châfar y el emir se adelantaron para escuchar la causa de tal alboroto.

—Mi señor. —Dijo el macero. —Hay problemas en el harén.

Mientras Abu-Nuás sentía regresar la piel a sus babuchas, Mesrur y su amo salieron de la habitación. Châfar se demoró un minuto mientras explicaba a los poetas que algún desorden sucedía en palacio, por lo que era mejor que se fueran y que luego les sería entregada la recompensa prometida. Abu-Nuás agradeció con mil venias y salió apresurado, jalando a su amigo del vestido regalado. Cuando se vieron en la calle, le reclamó con rabia.

—¿Cómo se te ocurre declamar ese verso?

—¿Cuál verso? ¿El de los ojos de mil colores? No es mi culpa, yo soy un poeta y las palabras simplemente vienen a mis labios.

Mientras tanto, Châfar había alcanzado al emir y a su macero. Los tres ingresaron al harén y encontraron gotas de sangre en el corredor. De todos los cuartos se escuchaban gritos y llantos de las esclavas, convencidas de que su señor había enloquecido y estaba

dispuesto a matarlas a todas. Mesrur siguió el rastro rojo hasta la alcoba asignada a María Paula. La puerta estaba cerrada, por lo que tuvo que golpearla con el pomo del alfanje hasta que cedió. El cuarto, lujosamente decorado, estaba totalmente revuelto, como si una lucha se hubiera presentado en él. Huellas de sangre salpicaban las paredes y diversas cuchilladas herían cortinas y almohadones. En un rincón, Mesrur encontró el cadáver de uno de los eunucos que custodiaban el harén.

En ese momento, una sombra saltaba de una de las terrazas del palacio. Vestida de silencio, la silueta se deslizó por las ventanas y gateó de rincón en rincón, evadiendo las decenas de guardianes que trotaban siguiendo órdenes confusas. Desde el harén, el emir escuchó un grito y salió protegido por el fiel Mesrur y su espada, mientras algunas esclavas se arrojaban a sus pies suplicando clemencia. Châfar se quedó en la habitación, analizando el caos. El cuerpo del esclavo tenía varias cuchilladas certeras. El mayor temor del visir era encontrar el cadáver de la mocita en igual estado. Siguió rondando el cuarto hasta que encontró la diadema de plata de María Paula en el piso, con un trazo de sangre en el bruñir. Se agachó a recogerla y antes de que pudiera pronunciar palabra, un rápido golpe en el rostro lo dejó inconsciente.

Harunu-r-Raschid, de pie junto al cadáver de otro eunuco, gritaba iracundo a diestra y siniestra. El nombre de Alá rodaba por los pasillos mientras los guardias, comandados por Mesrur, revolcaban el palacio en busca del asesino. Muchos de ellos perdieron sus pasos y sus vidas con un grito distante. Alguien o algo cercenaba gargantas con precisión de verdugo. El miedo empezó a rondar los corazones de los hombres que pensaban que se enfrentaban a un enemigo sobrenatural, un djinn o un shaitán. Entonces, mientras Mesrur convocaba todo un batallón, dos sombras se encontraron en la oscuridad.

Una era María Paula, sin velo ni diadema. El vestido violeta estaba rasgado y tenía una cortada en uno de sus hombros. En la mano derecha empuñaba un puñal de oro con pomo de rubí

en el que todavía quedaba el recuerdo del rostro de Châfar. La otra sombra vestía totalmente de negro, se cobijaba a sí misma con el enorme turbante y se cubría el rostro a la usanza de los beduinos. Se miraron silenciosos durante un instante y luego una chispa dorada surcó el aire. Un puño forrado de seda negra aferró la muñeca de María Paula que aún intentaba abrirse camino hacia la libertad a golpes de daga. El hombre le tomó con fuerza la otra muñeca y le habló suavemente.

—Ven conmigo si quieres vivir.

María Paula detuvo su forcejeo un momento. Miró con odio el rostro velado de su atacante. Sus ojos ardieron como esmeraldas al fuego mientras contestaba.

—¿Vivir? Vivir ¿cómo? ¿Como esclava? ¿Como adorno? ¿Como trofeo o regalo? Prefiero la muerte a la esclavitud.

—No. —Contestó la sombra casi con dulzura. —Vivir.

María Paula se clavó en la oscuridad de su rival. No podía adivinar nada tras su rostro escondido. Sólo la mirada firme entre los tules negros. Decidió dejarse guiar por él ya que, de todas maneras, no tenía muchas opciones. Sin embargo, dejó muy clara su posición.

—Si me pones un dedo encima te mataré.

—No podrás.

El peregrino negro le soltó las muñecas y la tomó de la mano. Mientras las voces de los soldados recorrían el palacio, la fue llevando hacia el jardín interior. María Paula no comprendía el plan.

—¿Qué haces? El jardín no tiene salidas y sus muros son altos como torres. Jamás escaparemos.

—Confía en mí. —Contestó él pisando el césped.

—¿Estás loco? ¿O pretendes entregarme y cobrar alguna recompensa? —Gritó María Paula.

El peregrino giró y ella mandó una bofetada con su mano izquierda. Las uñas se enredaron en los tules y arrancaron la máscara que tapaba el rostro de su raptor. Entonces se miraron de frente. Era Oscar, con leves huellas del arañazo en la mejilla. María Paula lo detalló silenciosa, pero no lo reconoció. En cambio, levantó el puñal dispuesta a usarlo. Oscar se lo arrebató, lo arrojó lejos y la empujó al suelo.

—Lo siento mucho, pero no tenemos tiempo.

María Paula ardió en rabia. Entonces se dio cuenta de que no yacía en la hierba del jardín, sino en una mullida alfombra de colores. No alcanzó a sorprenderse por hallar un tapete en medio del prado, cuando vio a sus perseguidores en la puerta. Mesrur, con su alfanje desenvainado, estaba a la cabeza y los señalaba entre gritos. Por primera vez, María Paula sintió miedo.

Y lo oyó hablar. Había escuchado esa voz muchas veces, diciéndole las cosas más maravillosas del idioma, pero ni siquiera así lo reconoció. En cambio, le extrañó que articulara palabras lejanas, con los ojos cerrados, mientras levantaba la mano derecha en ademán inexplicable. Instantes después, sintió que el suelo se movía, se levantaba, levitaba de manera sobrenatural. Ante el asombro de ella, Oscar recitó la fórmula mágica que convertía un tapete corriente en una alfombra voladora. Los soldados se detuvieron asustados. Mesrur se paró en seco y dejó caer el alfanje que pesaba tanto como las historias. El mismo Harunu-r-Raschid salió al jardín y se petrificó ante el milagro. La alfombra se elevó lentamente sobre las flores, los árboles y los muros; y luego se perdió en el paisaje, entre la música del viento y el aroma del desierto.

Sólo entonces, cuando el conjuro fue pronunciado y la magia se hizo real, María Paula lo reconoció. Era él. El que le ofrendaba canciones cifradas y versos irredentos. El mismo que le narraba un cuento diferente cada noche y velaba su dormir entre nubes. El único que tenía en sus palabras poder suficiente para hacer volar una alfombra y para levantar de su alma los velos y las angustias. María Paula lo abrazó en silencio, mientras la luna señalaba el camino y la felicidad los aguardaba en la línea del horizonte.

-DLXXXIV/XI/XXIII

La sombra flotaba en la oscuridad. A veces parecía que tuviera alas y a veces que tuviera cuerpo. Giraba en el aire, como danzando con la mujer que dormía. Se detenía en el tiempo y esperaba que el silencio retornara. Luego saltaba de la brisa y caía en un pase mágico al borde del lecho, a pocos centímetros del bellissimo rostro. Durante las siguientes horas, la contemplaba imaginando sinfonías en su frente serena y sus ojos que, aún sumidos en el sueño, iluminaban las frías torres del palacio. Cuando el sol se insinuaba tenue en el oriente y la luz corría las cortinas, la sombra se convertía en papel.

Muchos años después, cuando el otoño cegaba sus labios, María Paula contaba esta historia a su hija. La princesa abría los ojos y el amanecer relucía. Su mirada acallaba al sol mañanero, pero no se dignaba prestarle atención. En cambio, se sumergía en las sábanas hasta encontrar el pergamino enrollado. Lo tomaba con avidez y lo abría ante sí. Entonces el astro rey era una pálida imitación del brillo de su faz al leer los versos escritos para ella. La princesa de Cartago suspiraba y pronunciaba las primeras palabras del día.

Luego, la semana transcurría con la monotonía acostumbrada. Desde su solio de marfil, María Paula se rodeaba de juglares y bufones que le amenizaban el tedio. Sus damas de compañía le

peinaban el cabello y le maquillaban la cara con colores que combinaran con las sedas de su vestido. Algunas veces, cansada de la veledad de los jardines, bajaba al salón donde su padre solucionaba problemas de estado. Al caer la tarde, tomaba un arpa y se sentaba en un columpio de flores a adornar con su voz los arreboles del cielo. Y al soñar la noche, tras las zalemas y los confites, se acostaba esperando los versos que nunca anunciaban su llegada sino que aparecían en la oscuridad como por hechicería.

A veces las semanas reptaban sin letra alguna. La Princesa pensaba que su poeta se había marchado por las inclementes aguas del mediterráneo y lo imaginaba capitán de navío sorteando aventuras piratescas. O suponía que atravesaba el desierto y que se perdía en la jaula de arena y aire caliente. Se asustaba al verlo derribado por una ola o por un tifón. Llegaba a sentir pena por su muerte y tristeza por su ausencia, cuando al fin una carta fortuita amanecía entre las frazadas del lecho y la expectativa reemplazaba la especulación.

Un día quiso conocerlo. Se fijó en todos los nobles que rondaban el palacio, buscando la audacia y el talento que le llevaba letras, pero no halló en los lujosos ropajes las cualidades que debe tener un buen poeta. Al advertir que no era ninguno de ellos, supuso que tal vez se trataba de alguien de baja cuna que se sentía intimidado por su condición real, lo que a ella no le importaba en absoluto. Lo buscó entonces en la servidumbre; recorrió todo el palacio, desde la última pesebrera hasta la torre más inalcanzable, tratando de ubicar al autor de sus palabras mágicas. Hablaba con palafreneros, heraldos, soldados y guardias, indagando alguna pista, algún mínimo guiño que le permitiese distinguir al rapsoda; pero nunca encontró nada. Hasta los consejeros de su padre, instruidos en lenguas y sabiduría, carecían del sentimiento de los pergaminos nocturnos. Había en éstos algo de fantasía que ninguno de los sabios del castillo tenía.

Así que decidió permanecer en vela las noches que fuera necesario. Dormía toda la tarde, para evitar que el sueño la venciese en la vigilia. Durante ocho fechas esperó en la penumbra, simulando dormir, que el poeta trepamuros llegara hasta su ventana para de-

jarle el óbolo prometido. A la novena luna, vio un movimiento en la cortina. Pensó por un instante que podría ser el viento, y luego la vio. Una figura negra con dos ojos como flamas en la oscuridad. En la boca, protegido con cuidado entre los dientes afilados, llevaba un papel enrollado atado con una cinta púrpura. María Paula se levantó y la sombra lanzó un chillido inhumano. Al abrir la boca, dejó caer su carga. Luego, la silueta saltó por la ventana en una acrobacia. María Paula la siguió. Eran sólo dos metros hasta el jardín y los había salvado muchas veces durante su infancia en jugarretas inocentes. La sombra corría sin dejar huellas por entre la suave hierba y la princesa la alcanzaba veloz entre sus tules. De pronto, el perseguido subió a la roca que bordeaba el prado y saltó al abismo del castillo. María Paula miró al gato perderse en la oscuridad y caer de alguna manera mágica, como todos los gatos, sin lastimarse. Creyó oír sus maullidos resabiados mientras regresaba con su amo con la misión cumplida a medias.

El poema era casi tan maravilloso como la mujer que lo leía. La ternura que le despertaba era sólo comparable con la curiosidad por conocer al autor de los versos. Tras el incidente con el gato, la Princesa dedujo que el cantor no vivía en el palacio y por eso tenía que mandar mensajeros nocturnos. Entonces ideó un plan para salir de las murallas y recorrer la ciudad de Cartago. Convenció a su padre de que debía hacer una labor de caridad y bienestar para su pueblo y una vez por semana, en un elefante de gala y protegida por una escolta de doce guardias y nueve damas de compañía, salía a las calles con varias tareas inventadas.

Durante estos desfiles conoció diversas personas e hizo mucho bien por el pueblo fenicio, pero no cumplió su cometido. Los cartagineses eran valerosos y sinceros, pero ausentes del fuego del rapsoda que aún se las ingeniaba para hacerle llegar sus versos. Al ver que, a pesar de que ella se esforzaba por buscarlo, no aparecía, cedió al enojo y pretendió olvidarse de él. En su furia, lo hubiera logrado de no ser por las letras que le creaban océanos y ensoñaciones y que aún llegaban de manera furtiva. Algunas noches, María Paula

esperaba en la ventana a que el gato mensajero caminara por el jardín como sombra invisible y le dejara el pergamino que era lo único palpable del poeta escondido. A veces, en la cortina de la vigilia, le parecía verlo.

Y llegó el día que toda princesa debe afrontar. La boda por el bienestar del reino. Decenas de príncipes y guerreros se presentaron a pedir su mano. María Paula, en un acto de rebeldía clandestina, decidió casarse con el que le presentara el poema más bello, sin importar su condición social o las tierras sobre las que gobernase. La noticia sobre el capricho de la princesa se difundió por Cartago, el norte de África y todo el Mediterráneo. Pronto llegaron escritos de Grecia, Roma, Persia e, incluso, algunos pueblos perdidos al sur del continente. Había textos espléndidos, poemas épicos y canciones en lenguajes tan exóticos como indio y arameo. Amante de las artes, María Paula disfrutó casi todos los poemas, pero tampoco pudo hallar el fuego que buscaba. Decepcionada por la indiferencia de su bardo imaginario y acosada por su responsabilidad con el pueblo, la princesa fenicia guardó todos los pergaminos nocturnos en un cofre, lo escondió lejos de su curiosidad, y se casó al azar con uno de los nobles de Cartago.

Transcurrieron los años y las cartas desaparecieron con ellos. María Paula olvidó las letras y su estafeta felino. Se hizo reina y tuvo una princesita que heredó la inmensidad de su frente y la pureza de su espíritu. A veces la niña veía un gato negro saltar entre los tejados del palacio y María Paula tenía una leve remembranza que perdía al instante. Un día, cuando la niña ya se convertía en señorita y la reina sufría un mal de los pulmones, la princesa encontró el baúl con los pergaminos y lo llevó a su madre en secreto, seducida por una ancestral complicidad femenina.

María Paula, entrecortada por la asfixia, leyó de nuevo, por vez primera, las letras que había inspirado hacía tantos años. Entonces recordó todo, la emoción, la curiosidad y la frustración. Contó la historia a su hija y le rogó incinerar los pergaminos para que no cayeran en manos equivocadas. Esa noche, en una tregua de

la enfermedad, María Paula vio la silueta de un gato delineada contra la luz de la ventana y aún tuvo fuerzas para leer la postrera carta, esbozar una sonrisa y morir con la felicidad de quien ha tenido la hermosura suficiente para inspirar un poema a través de los siglos.

En ese momento, en el último calabozo del palacio, en la lobreguez de su prisión, Oscar moría tras décadas de silencio y soledad. A su lado, una sombra suspiraba en el ilegible lenguaje de los gatos y se iba por la minúscula reja para descansar la historia con la luna de plata.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

MMIV/XII/VII

Las luces titilaban en el cielo. Pero no era el cielo sino la tierra, el pavimento húmedo, el pasto ciudadano. Centenares, miles, tal vez millones de velas iluminaban la noche y convertían a Cali en un humilde reflejo del firmamento. Y lo que más brillaba era el rostro de María Paula, sus ojos sin metáforas que miraban una llama borgoña. Estaba cansada tras celebrar el cumpleaños de su papá, pero aún tenía espíritu para encender una velita con alguien que compartiera su deseo infantil. Oscar, con su espalda derrotada y su armónica fúnebre, era el único que la esperaba entre las lumbres apagadas.

María Paula encendió la esperma. El fuego de sus ojos se reflejó en la llama. Se vio más hermosa que nunca con la luz tibia. Oscar quiso tomarle una foto, o al menos estamparla en sus párpados para verla cuando dormía. Para despedirse con ella en el momento de su muerte. La pequeña flama iluminó el silencio. No necesitaban palabras, sólo saber que compartían un trozo de infancia, de inocencia. Además, el sonido estaba presente. Las pestañas de ella trinaban como campanillas de cristal, y los cabellos de él ululaban en la noche. Voces fatídicas. Entonces Oscar rompió el silencio, pero lo curó con su voz de fábula.

—¿Quieres escuchar un cuento?

María Paula asintió sin hablar. Lo miró tímida, esperando no distraerlo demasiado con su belleza nocturna. El intento fue vano. Oscar garrapateó sobre sí mismo unos segundos hasta que se recompuso. Luego, tomando la edad de Barrie, empezó a narrar.

—¿Sabes cómo se crearon las hadas? Cuando el primer bebé se rió por vez primera, su risa se rompió en mil pedazos y cada fragmento se convirtió en un hada de alas transparentes, rostro fulgurante y cantar de cascabeles. Después de eso, cada vez que nace un niño, con su primera risa nace su hada.

—¿O sea que hay tantas hadas como niños? —Preguntó María Paula viviendo las letras.

—No. —Contestó Oscar muy serio. —Lamentablemente, no; pues hay algunos niños engraidos que cuando crecen desprecian los países maravillosos y dejan de creer en ellas. Cada vez que un niño dice que no cree en las hadas, una de ellas muere.

Ella se llevó una mano al rostro para ocultar su susto. No quiso matar ningún hada, pero no recordaba si lo había hecho. ¿Habría nacido un hada con ella? ¿Con su primera risa? ¿Con sus innumerables risas? ¿Estaría viva aún?

—Una de las hadas era la más preciosa de todas. —Continuó Oscar. —No sólo porque su piel era radiante como los cometas madrugadores, sino porque tenía en sus diminutos ojos el fulgor de dos luceros incandescentes. Su sola mirada iluminaba más que cien de sus hermanas juntas. Sin embargo, esta hada no podía brillar todo lo que quería, pues le hacía falta algo vital: el niño que creyera en ella.

María Paula trazó una mueca de curiosidad. ¿No tenía niño que creyera en ella? Entonces ¿por qué seguía viva? Pensó pre-

guntarlo, pero no quiso interrumpir de nuevo el cuento y, además, estaba segura de que el narrador resolvería el interrogante.

—Entonces. —Continuó Oscar. —Entristecida por no poder dar todo su fulgor a pesar de ser la más linda de todas, esta hadita resolvió salir a buscar a su niño. Para esto tenía que salir del País de Nunca Jamás, pero no es una tarea fácil. Primero, hay que pasar por la línea de fuego de los piratas capitaneados por el temible Smee, que había resultado más sanguinario que su antecesor.

En la tez de María Paula se dibujó la batalla. Cañones, cimitarras y los horribles gritos de los piratas inundaron sus pupilas. Se asustó cuando una bala de cañón golpeó el árbol en que el hada se posaba, y creyó que todo estaba consumado cuando cinco sables la rodearon en la cubierta del Holly Roger. Pero, tras la exhalación de Oscar y su suspenso ingenuo, el hada escapó.

—Pero no creas que ya estaba todo resuelto. —Siguió narrando el joven. —Aún faltaba cruzar el Mar de Sino, el Mar de Niebla y el Mar de Negro.

María Paula frunció el ceño. ¿Mar de Sino? ¿De Niebla? ¿De Negro? Una cosa eran los piratas y las batallas, pero esos mares no los conocía. Oscar la llevó de la mano por ellos. Le mostró sus milagros y la protegió de sus peligros. Sintió el agua lavar su cansancio de meses y la vio fluir entre sus dedos, como palabras mágicas. Como las palabras con que Oscar le señalaba el océano maravilloso. Ambos, tomados de la mano como críos, vencieron el acertijo del sino, resolvieron el laberinto de la niebla y superaron los abismos del negro.

—Sin embargo. —Oscar no dio tregua a la pobre hada. —Aún faltaba lo más largo y difícil del camino: el sendero de las estrellas celosas. Las estrellas no quieren a las hadas, especialmente a

las muy bonitas, porque son más refulgentes. Les tienen envidia. Y para llegar a la tierra, el hada tenía que atravesar el firmamento por el único camino posible, el de las estrellas. Y si ellas la veían, tratarían de quemarla o le arrojarían cometas y aerolitos ardientes. Pero nuestra hada era muy valerosa y empezó su periplo.

María Paula ya no se acordaba del cansancio. Batallaba piratas todos los días, en escaramuzas sin importancia que le desgastaban el aliento. Tenía océanos internos de los que nada sabía, o en los que no se arriesgaba a nadar. Quiso que el hada la guiara, hasta los labios de Oscar. Quiso ser ella la que volara entre estrellas quisquillosas. No recordó entonces que tenía ojos brillantes como la protagonista del cuento y que alguien, un niño tonto, demasiado crecido para su edad, creía ciegamente en ella.

—Por fin, el hada bajó a la tierra.

Oscar preparaba el fin del cuento. Todos los cuentos terminan alguna vez, ¿no? Pero ella no quería que terminara. No quería que el rostro recordete de un niño triste por alguna tontería finalizara las aventuras de su hada. Porque ya era suya. Oscar la había creado para ella. Tal vez estaba inventando la historia en ese mismo momento, robándola del eterno de sus ojos, como decía tantas veces de manera tan cursi. Quiso que la historia continuara, que a la noche siguiente, a la luz de otra vela perdida, siguiera la aventura. Quiso que las noches tampoco tuvieran fin. Que no se extinguiera nunca la voz que le hablaba en el lenguaje de los elfos. Que en ella jamás se agotara la sabiduría que le permitía disfrutar un cuento a la luz de una vela.

—El hada bajó a tierra, pero no sabía como encontrar a su niño. Hay miles de millones de niños en el planeta, ¿cómo saber cuál era el suyo? Entonces, hizo lo que sólo las hadas pueden hacer.

María Paula aguardaba expectante.

—Cerró los ojos y miró con el fulgor de su pequeña alma de risa de bebé. Buscó el eco de esa risa en el mundo. Una risa única, argentada, inconfundible en la cacofonía del mundo de los hombres. Y lo encontró.

“He aquí el fin del cuento”, pensó ella y sintió algo de tristeza. Con el cuento acababa la noche; con la noche, la presencia de Oscar; y con él, la magia que la transportaba a los reinos fantásticos.

—Pero no era un niño. —Sorprendió Oscar y María Paula recuperó el interés.

—Era la niña más hermosa que podía existir sobre la historia. La perfecta encarnación de las musas. Su rostro recordaba la luna cuando quiere inspirar poemas. Su cuerpo navegaba con las nubes hacia el sur. Sus ojos semejaban caleidoscopios mágicos. Y su alma era un amanecer que nunca terminaba.

María Paula opacó la luz de la vela.

—Entonces, el hada se plantó frente a esa niña que nunca había dejado de creer en ella, pero la había olvidado. Al verse, las miradas de ambas brillaron como jamás se había visto en la tierra. La niña despertó de nuevo al mundo de la fantasía y fue feliz porque llevaba consigo la fe de un hada para siempre.

Entonces María Paula comprendió. Ese no era el fin de la historia, sino el inicio de muchas, muchas más. Todas las fábulas que llevaba en el pecho y que se agrietaban por sus pupilas. El enorme caudal de maravillas que Oscar veía con tanta facilidad. Supo que esa noche no terminaría nunca, como no terminaría la voz que le cantaba. A la luz de la vela, María Paula tomó la

mano de Oscar con su ternura sabia. Oscar la miró travieso, como seguramente miraba Peter Pan, y destellos vibraron en sus pestañas. Entonces, tomados de la mano como dos críos, flotaron hacia el cielo, hacia las luces de las estrellas que ya olvidaban las velitas, hacia el país de Nunca Jamás donde esperaban los piratas y las hadas.

DOS

PERGAMINOS A LA DERIVA

INTRO

¿Recuerdas nuestro primer juego? No, sé bien que no lo recuerdas, pero me gusta preguntarte. Fue en los prados del Olimpo. Corríamos descalzos y risueños por los campos de flores impercederas, con frambuesas en botón y libélulas es-cuálidas. Nos perseguíamos entre las faldas de las diosas madres alborotando la paz de la inmortalidad con nuestras carcajadas. Descubriste entonces el primero de tus dones, creaste la música mucho antes de que nacieran tus hermanas musas. Jugamos con las notas fulgurantes como cuentas de collares sagrados, como pececillos de un estanque distraído. Al mismo tiempo descubrimos mi poder, inventé historias para ser narradas con tu música y nuestras voces se unieron para generar la vida que antes sólo era tedio de los dioses. Entonces compusimos todas las canciones del universo, las sembramos sobre la tierra despoblada y nos guardamos unas en secreto para reconocernos en el futuro. Y nuestros juegos alteraron la paz del Olimpo, ¿lo recuerdas? Llenamos la tierra de leyendas vivas, de elfos y duendes y reinos gloriosos. Nadamos en mares tan profundos

como tu mirada y tan densos como mi oscuridad. Volamos sobre los cielos para sentir cosquillas con las estrellas y dibujar constelaciones en el éter. Y nos volvimos demasiado atrevidos. Escribimos historias para los olímpicos que se hacían realidad con nuestra voluntad. Cantamos himnos para glorificarnos entre risotadas. Nuestra imaginación fue más poderosa que las de nuestros padres. Afrodita se sintió celosa de tu belleza y Zeus de mi osadía. Y en algún momento traspasamos la raya. ¿No lo recuerdas? La verdad, yo tampoco. Algo debimos hacer, alguna pilatuna inocente o alguna jugarreta inconcebible. Tal vez hundimos la Atlántida en una guerra de agua o extinguimos los dragones apostando carreras en los arboles. O quizá sólo pusimos una tachuela en el solio de mármol, en todo caso nos expulsaron del Olimpo. ¿Lo recuerdas? No, sé que no, pero aún guardo la esperanza de que lo hagas, de que reconozcas en mi voz alguno de los cantos primigenios. ¿Recuerdas qué hicimos entonces? Nos fuimos de mundo en mundo, de cielo en cielo, viviendo las historias que habíamos escrito. Fuimos guerreros y sirenas y seres de piedra y aire. Y aún jugábamos con nuestras vidas aventureras. Entonces pienso que el padre Zeus me desterró del todo. No sé qué le habré hecho, pero debió ser muy grave porque me exilió en la fosa de los mortales, lejos de mi capacidad divina. Y para mayor martirio me permitió conservar el recuerdo del Olimpo, mi voluntad creadora y mi espíritu indomable encerrado en un cuerpo cenizo. Entonces te dio lástima, ¿recuerdas? Y quisiste acompañarme para que mi castigo fuera más llevadero. O tal vez fuiste tú quien desbordó la paciencia del crónida y te desterró conmigo. Tal vez vine a cuidarte, no lo recuerdo y sé que tú tampoco. Pero sí sé que estamos solos en esta bola de barro, en este mundo estrecho y corrosivo. Sé que aún conservas la mirada omnipotente y que puedes ver nuestras huellas en la naturaleza que nos rodea, la que creamos entre juegos hace tanto tiempo que ya lo has olvidado. Ahora sólo tienes que recuperar tu brillo, la incandescencia de tus ojos

para volver a tu eternidad, a tu herencia olímpica. ¿Recuerdas las canciones que escribimos juntos? Sé que no las recuerdas, pero te las cantaré una y otra vez hasta que tu alma despierte al amor, la divinidad, la fantasía. Y entonces volveremos de nuevo al Olimpo, o mejor todavía, crearemos nuestro propio paraíso lleno de versos, donde no nos alcanzarán las palabras para cantar la felicidad.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

El siguiente texto es transcripción del pergamino hallado por el Clan entre los restos amarillos de un esqueleto. Aunque es dudosa la autoría del mismo, presumiblemente el cadáver lo escribió con sus últimos alientos cuando, obviamente, aún estaba vivo. En todo caso, ahora reposa en el museo del Clan de la ciudad portuaria de Nuncavuevas. Diversas teorías se tejen alrededor del pergamino y del muerto que lo portaba; la más aceptada, o al menos repetida, es la que asegura que se trataba de un pobre diablo inventando trapacerías para justificar su miseria. Entrever la verdad, como todas las cosas que necesitan justificación, quedará a juicio del lector.

LECTURA DE BITÁCORA: DÍA 3023 DEL ZAHIR. DE LA TRAMPA CON ÉL TENDIDA Y DE LAS DES- GRACIAS QUE ACAECIERON

Las olas salpicaban la proa una y otra vez con rabia ajena. El vendaval amenazaba con destrozarse la pequeña corbeta, pero los marineros renovaban los amarres con celeridad. En el puesto del timonel, Oscar enfrentaba la lluvia salada. La tormenta les había perdido el rumbo, ahogado dos hombres y desvencijado el mástil. Sólo quedaba luchar por sobrevivir. Los marinos, acostumbrados a la inclemencia del mar, obedecían asustados ante la parca inminente. Sólo Oscar sostenía la faz del océano sin impaciencia. Algo titilaba en su pecho como una estrella errada.

De pronto, cual un enorme coletazo de ballena, la ola se levantó sobre el barco. Quince metros de alto, lo suficiente como para hundir dos veces la corbeta. Bajo los gritos de sus hombres, Oscar soltó el timón, mandó la mano al pecho y levantó el zahir en su puño. La ola se detuvo seca y sólida en el aire. Las voces y el viento desaparecieron y los marinos petrificaron su expresión de horror. En el cuadro paralizado, Oscar respiraba con poca tranquilidad. Era la cuarta vez que usaba la piedra mágica. Entre los marinos congelados y las gotas de aguas detenidas en el tiempo se perfiló su silueta perfecta, vestida de tules rojos, descalza en el aire, con un turbante entre sus cabellos. María Paula lo miraba con un leve tizne de desesperanza.

—¿Otra vez? —Preguntó con su voz de diosa desterrada.

—Lo siento, Princesa. —Contestó Oscar secándose el rostro. —No es posible cruzar la Tormenta de las Lágrimas por los remos. Esa ola que ves nos hubiera derribado y entonces todo habría sido en vano.

María Paula miró el agua turbulenta. Sintió el miedo de la tripulación paralizada y atisbó un relámpago aullante a lo lejos. Bajó la cabeza y suspiró intranquila.

—Princesa, no quería hacerlo, pero no tenía otra opción. —Explicó Oscar tratando de aparentar firmeza a pesar de su dolor.

—Lo sé. —Gimió ella. —Si no me llamas sería la muerte de todos. Pero ahora sólo nos quedan tres invocaciones, y la última debe ser en el altar o mi espíritu vagará sin rumbo por los vacíos.

—Eso no sucederá, Princesa. Lo juro por lo que me queda de vida. —Dijo Oscar y asumió automáticamente la postura de honor del guerrero. La mano derecha en el pecho, justo encima del corazón, y la izquierda en la empuñadura de la espada, lista para liberarla hacia la batalla. A María Paula le causó gracia su ingenuidad, aún confiado en las reglas del Clan y las formalidades de la guerra. No quiso recordarle que uno de los líderes de su Clan era quien la había traicionado y encerrado en el zahir. Que por eso la piedra alumbraba como cien mil cometas. Que sólo podía salir siete veces con poderes inexplorados, pero que si la séptima vez no estaba en el Altar de la Roca Roja su alma se perdería para siempre. María Paula sólo sonrió y utilizó un don que ya tenía antes de ser encantada, el de llenar de paz la frente de Oscar con su sonrisa.

—Lo sé. —Dijo y sus ojos brillaron como antes del hechizo. —Confío en ti.

Tras estas palabras, María Paula abrió los brazos blancos y pareció abrazar el temporal detenido. Lo moldeó como barro y lo

dominó con sus párpados cerrados. Las olas cedieron, la brisa se calmó y los relámpagos se fueron a su hogar de los cielos. La princesa levantó las pestañas y las nubes desaparecieron dando paso al sol que se levantaba en el horizonte. La Tormenta de las Lágrimas cedió a la magia de María Paula. Cuando los hombres regresaron al tiempo, sólo Oscar miraba el mar con el zahir reposado en su pecho.

—Tierra a la vista, señores. —Dijo suavemente. —La Isla de los Gigantes Dormidos está ante nosotros.

Esa noche acamparon en la playa, a pocos metros de la embarcación. Los marineros recolectaron frutos y encendieron fuego, pero no se atrevieron a adentrarse en el bosque por agua dulce. Mientras cocían la carne de un mono suicida, murmuraban entre sí y espían a su capitán sentado en una piedra frente a la oscuridad del mar. Le temían con admiración. Cuando los reclutó en el puerto de Nuncavuelvas les anunció peligros y tesoros. Hasta ahora sólo habían visto los primeros. Oscar dominó la Tormenta de las Lágrimas, el Paso de los Huracanes Grises y enfrentó, sable en mano, a la serpiente de las seis cabezas de Ukbar. Algo muy profundo, diferente al oro escondido, lo impulsaba a la aventura, pero no sabían qué.

En su pecho ella aguardaba, vestida con el traje rojo que usaba para la danza. El Hechicero Mayor del Clan le dijo que si bailaba ante el zahir aseguraría la felicidad. Oscar fue a buscarlo para ella, para su Princesa, a la Cueva de los Diablos, donde mató un dragón más por casualidad que por talento. En el nido de la sierpe estaba la joya, la misma que depositó ante el trono de María Paula en un cojín de terciopelo. Cortada en caras geométricas perfectas con extraños signos en ellas, transparente y mágica, pero sin la leyendaria lumbré. María Paula trazó la danza que el Hechicero Mayor le había enseñado y creyó ganado su porvenir. Se supo tan hermosa como ante la vista de Oscar. Y todo se desvaneció en un instante de traición. Su alma cristalina fue encerrada en el

zahir mediante artes maléficas. Oscar mató al Hechicero Mayor y se impuso la penitencia de liberar a su Princesa.

Al amanecer emprendieron camino. El bosque era sólo la cortina de la isla, tras su enramada, áridas montañas se levantaban hacia el cielo. Oscar dio órdenes precisas de no hablar por ningún motivo bajo pena de muerte. Sus hombres no sabían si sería capaz de ejecutar a nadie, así que respetaron el silencio. Fueron cuatro días en los que sólo se escucharon los pasos cansados y el crepitar de las llamas nocturnas. Al día quinto coronaron la cumbre más alta. Oscar ondeó la bandera del Clan y, ante el asombro de todos, dijo firmemente.

—Despertad, gigantes dormidos.

Un temblor se sacudió por varios segundos. Los hombres, asustados, vieron que las montañas se derrumbaban; pero no como ellos habían visto nunca, sino levantándose por encima de la cumbre, tomando forma humana. En minutos, Cinco gigantes de piedra árida, más grandes que cualquier cordillera, se levantaban en la isla y escuchaban al humano que se atrevía a despertarlos.

—Mi nombre es Oscar, guerrero del Clan. Llevo en mi pecho el zahir donde fue anida el alma de la Princesa más hermosa del mundo, confinada a traición por un hechicero. Debo llegar al Altar de la Roca Roja para romper el encantamiento.

Ante el horror de los marinos, uno de los titanes extendió su mano pétrea y los encerró a todos en ella, como una cueva sellada. Oscar respiró profundo y dijo a sus hombres: “Agárrense fuerte”. Luego, el gigante arrojó su puño al aire, que se desprendió como una bola de piedra que cruzó miles de distancias sobre el mar. Los humanos atrapados en la gruta gritaban aferrados a las paredes. Sólo Oscar continuaba sereno, aunque más de una vez tuvo la tentación de invocar a la Princesa. Al fin, la roca cayó de nuevo al mar, junto

a un acantilado. Se hundió en las profundidades y se preparó para yacer por siempre.

Los hombres empezaron a llorar y algunos desesperados quisieron enfrentarse a su capitán. Oscar suspiró, murmuró para sí: “perdóname, Princesa” y llevó la mano al pecho. Instantes después, María Paula flotaba con su aire rojizo en medio de la cueva, ante las amenazas paralizadas de los marineros.

—¿Estamos en la Garganta del Cielo? —Preguntó con su voz cristalina y triste.

—Sí, Princesa. En lo profundo del abismo, como suponíamos.

María Paula bajó los párpados asustada. Sólo dos invocaciones más y nunca regresaría al mundo. Levantó la cabeza hacia el techo de piedra. Lo vio abrirse, vio el agua pesada y los peces sobre ella, vio que las olas se apartaban para que los prisioneros de la cárcel de roca flotaran secos hasta la superficie. Luego los vio ascender sobre el mar, sobre el acantilado, mucho más alto que los nidos de las gaviotas y la risa de la bruma. Vio cómo ponían pie en la cima, donde ya no podía verlos, y luego dejó que la magia desapareciera. El mar se cerró de nuevo con un rugido indignado y la gruta vacía se llenó de agua y crustáceos. Cuando recuperaron el movimiento, los hombres acrecentaron su admiración y su miedo por el hombre que suspiraba mientras sostenía algo en su pecho.

Caminaron durante dos semanas por una jungla espesa y húmeda. Todo ese tiempo se alimentaron de frutos de diversos colores que les daban diferentes sensaciones. Los azules los entristecían, los verdes los daban esperanza, los rojos los llenaban de furia y los naranjados les brindaban alegría. Oscar, aunque comía como cualquiera de ellos, jamás demostraba ninguna de esas emociones, sino la fatal melancolía que se había impuesto desde el hechizo de su Princesa. Por fin, tras tanto andar, llegaron a una extensa plaza de piedra, con centenares de estatuas de bronce sembradas por doquier.

—Estamos próximos a nuestra meta, caballeros. —Dijo Oscar con su habitual elegancia. —Preparen sus armas para la más feroz de las batallas.

“¿Batalla?”, alcanzaron a pensar algunos de los hombres. “Qué batalla si aquí sólo estamos nosotros”. Con esos pensamientos las estatuas brillaron de manera sobrenatural. Se movieron sobre sus pedestales y bajaron de ellos desenvainando sus sables de artefacto. Con el grito del Clan y la imagen de su Princesa en el rostro, Oscar se abalanzó sobre el oponente más cercano. Su cimitarra gimio sobre el bronce y un chillido inhumano se escuchó por doquier. La estatua, más fantasma que metal, se deshizo con la estocada en un montón de cenizas burbujeantes. Los marinos siguieron el ejemplo de su capitán y arremetieron contra los seres que, ya era obvio, podían ser vencidos. La lucha fue cruenta, muchos hombres murieron y muchos se sintieron morir. Al final prevaleció la pasión de Oscar. Sólo los pedestales se erguían entre un barro de pavesa y sangre. Los marinos respiraban fatigados y llorosos por las pérdidas, pero satisfechos de la victoria. Entonces, ocurrió lo que Oscar ya sabía. Los restos de los muertos, humanos e indefinidos, se mezclaron en una alquimia venenosa. Entre ruidos y chispas cegadoras, la masa inerte se convirtió en un enorme djinn rojo como el fuego y como él, mortífero.

—Soy el Guardián del Templo. Y nadie que me ve sobrevive —Exclamó en un aullido de carbón y miedo.

De un sólo golpe, el djinn mató cinco hombres y los estrelló contra las piedras. Oscar aguzó su grito de batalla y trazó una estocada al pecho del genio, pero la hoja de la cimitarra se quebró con la piel de brasas. El guerrero apenas pudo esquivar el manotazo del guardián, y rodó varios metros mientras escuchaba las voces asustadas de sus compañeros. Un cetrino dolor le señaló el hombro. El roce le había quemado la casaca e inutilizado el brazo izquierdo,

que ahora yacía inerte en olor a carne chamuscada. Sólo en ese momento, cuando supo que no podría vencer, se decidió. Con su brazo sano empuñó la joya y la levantó sobre la batalla. La luz del zahir superó la furia del monstruo.

Esta vez María Paula no apareció en un suspiro de congoja, sino con arrojo y valentía, casi que con furia. Se transparentó en sus tules rojos y acometió al djinn. El fuego del genio trató de quemarla, pero ella no era carne mortal sino espíritu indeleble. El mundo no se paralizó. En cambio, todos vieron la figura de una luchadora experta, puños y patadas certeras contra la enorme bestia de brasas. Era una danza fatídica, interpretada sin tregua por dos adversarios colosales. Por fin, con un último golpe la Princesa derribó al djinn, que agonizó en humo y lamento. Los hombres la vitorearon entusiastas, pero ella no tuvo oídos para sus zalemas. En lugar de eso, giró compasiva hacia Oscar. Vio su brazo izquierdo quemado hasta el hueso, inutilizado de por vida. Pensaba que era su culpa. Oscar lo adivinó y se levantó con una sonrisa forzada.

—No te preocupes por esto, Princesa. En un par de días sanará. Tú, en cambio, estuviste soberbia. Nadie nunca había derrotado al Guardián del Templo.

María Paula, ya vencido el enemigo, se permitió suspirar. No necesitaban repetirse lo dicho tantas veces. La Princesa miró la plaza con magia arcana y las rocas empezaron a moverse sobre sí mismas, como un terremoto cuidadosamente planificado. Cuando la remezón terminó, ante el asombro de todos se alzaba un templo de piedra. Los hombres entendían ahora el enorme poder de su capitán, que realmente no era suyo, sino de la Princesa encerrada en el zahir. Ninguno se atrevió a insinuarle la invalidez de su brazo o los peligros que podían enfrentar en lo desconocido del templo, pero todos lo siguieron cuando encaminó sus pasos a lo profundo.

Nadie había alcanzado el Altar de la Roca Roja. Todos los aventureros se quedaban en el Abismo de la Sordera y no se

sabía qué había más allá. Oscar, que investigó cuanto pudo antes de la aventura, no tenía la menor idea sobre el Abismo o cómo superarlo. Sin embargo, caminando entre los corredores del templo, supo que en el amor de María Paula estaban todas las respuestas. Por fin, tras tanto andar, llegaron a lo profundo de un foso en el que la oscuridad parecía disminuir. Uno de los hombres fue el primero que distinguió el resplandor, un leve amarillo hacia el fondo. Todos se dirigieron allí con la curiosidad y las armas desenvainadas. El fulgor se hizo más claro hasta que uno de los marinos adivinó la pregunta.

—¡El tesoro!

Las espadas cayeron al suelo y su sonido fue mucho más seco que el del oro y la plata jugando entre los dedos de los hombres. Casi todo el foso estaba regado de monedas, copas y coronas de oro. Collares de perlas y joyas rodaban por doquier y cálices con incrustaciones de plata y marfil se llenaban con piedras preciosas de todos los colores. Los marinos olvidaron la aventura y el rescate para nadar en ese lago de riqueza. Sólo Oscar permanecía con la mente clara. Sabía que el oro no tenía comparación con los ojos de María Paula, que el blanco de su piel superaba con creces el de la plata más bruñida, y que el fulgor de diez mil joyas nunca podría darle tanta paz como la de su espíritu radiante. Trató de alejarlos del tesoro con la promesa de volver tras hallar el altar, pero no lo escuchaban. Su voz fue apagada por el trinar de varios chorros de monedas y perlas que caían de diversos agujeros en las paredes de piedra. El júbilo fue general. El único que advirtió que el aumento en el tesoro los sepultaría fue Oscar. Las joyas, en los talones cuando entraron al abismo, ya les llegaban a las rodillas. Se los dijo varias veces, halándolos con su única mano buena, pero no le hicieron caso, embotados con la riqueza. Entonces Oscar entendió por qué se llamaba el Abismo de la Sordera, la codicia jamás les permitiría escuchar razones. Se sintió mal por ellos, pero se sentía peor por la Princesa prisionera en su pecho. Mientras a sus espaldas sus

compañeros aún cantaban ignorando su destino sepulcral, Oscar escaló difícilmente el foso y llegó, con lágrimas en sus mejillas y sangre en sus dedos, a la cima.

Desde allí vio el Altar de la Roca Roja y entendió por qué recibía ese nombre. El altar estaba en el centro de una hirviente laguna de lava y la temperatura enrojecía el mármol. Oscar cayó rendido al borde. Nunca podría cruzar la lava por su cuenta. No había puentes ni cuerdas para izarse, ni forma alguna de llegar hasta allá. La única manera era invocando al zahir para que María Paula lo llevase entre la magia de sus sedas, pero ya sólo le quedaba una única oportunidad para rescatar el alma de la Princesa. La joya debía abrirse exactamente encima del altar o todos los esfuerzos habrían sido vanos. Oscar suspiró, dejó que varias lágrimas le surcaran el rostro y, con su mano buena, extrajo el puñal del cinto. Haciendo un esfuerzo sobrehumano obligó a su brazo quemado a responder. En medio de terribles dolores abrió la mano impedida y la aferró al pecho, al zahir donde la Princesa escuchaba su última invocación y esperaba que fuera sobre el altar. La joya empezó a arder entre los dedos calcinados, pero antes de que hubiera tiempo para pensar Oscar cortó su muñeca con el puñal. La mano cercenada, empuñando el zahir invocado, cayó al suelo. Rápidamente el guerrero la tomó con su brazo sano y, evocando la hazaña del gigante dormido, la arrojó sobre la lava.

El zahir se abrió por completo y la Princesa hizo su última aparición. En ese justo momento, el puño cortado de Oscar caía en el Altar de la Roca Roja. Ella flotó dichosa sobre el mármol teñido, llena de magia y dulzura, feliz de saberse libre. Respiró un momento entre sus rojos y luego apareció hecha carne y cuento en el salón de baile de su palacio. Al frente suyo, en el mismo cojín de terciopelo, yacía el zahir opaco. María Paula debió sentirse feliz, pero cerró los ojos y volvió a lo visto en el último instante en el templo. Oscar agonizaba, lleno de heridas y quemaduras, sosteniéndose el muñón del brazo para esconderlo de María Paula. A pesar de su dolor, sonreía al presenciar la libertad de su Princesa.

En el mismo momento en que María Paula trazaba una única lágrima de agradecimiento, Oscar murió agobiado por el dolor pero pleno de la felicidad que la esperaba.

Desde que los seres humanos empezaron a navegar los siete mares han surgido leyendas sobre las innombrables maravillas de los mismos. La que se recoge a continuación surgió, según su propio mito, durante las travesías de Al-Simbad. Aparentemente, al navegante le fue narrada la historia en alguno de los puertos del Índico y se complacía en contarla a sus frecuentes visitas. No fue incluida en el memorable tomo de sus viajes al no formar parte de éstos. Sin embargo, la tradición oral la llevó de los mares orientales al Mediterráneo, al Seudónico e, incluso, al Mar Verde donde fue convertida en canción. Cabe recordar la voz del poeta que afirmó que todos los mares son el mar.

LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 0402
DE LA PRINCESA SUBMARINA. DE SU ENCUENTRO CON
LOS SERES DEL AIRE Y DE CÓMO EVITÓ LA DESTRUCCIÓN
DE SU REINO

Parecía que el mar brotara de los ojos verdeazul de María Paula. Su rostro iluminaba como una luna alrededor de la cual giraran pequeños cometas, las burbujas que le jugueteaban en el cabello en desbocado viaje hacia la superficie. Nadaba hasta el fondo del océano con su rostro desafiando las corrientes cual gaviota afilada. Hebras de algas y líquenes se confundían en su cabellera que parecía dejar una estela de vida por donde pasaba. Sus brazos desnudos se plegaban a su cuerpo como danza de anguila. Y lo más maravilloso que tenía aleteaba en movimientos armónicos, su hermosísima cola de sirena, sembrada de escamas platinadas y multicolores.

María Paula vio su reino a pocas brazas de profundidad. Ciudades de coral y piedra salina se levantaban en arquitectura increíble. Delineados por la luz que se colaba entre las olas, aparecían edificios con cristales de colores y estatuas en metal. Por todas partes, como pájaros en un parque, nadaban pececillos entre la libertad de los habitantes. Un país de sirenas y tritones se extendía en el lecho del océano. El mismo país que ahora estaba en peligro.

Los habitantes de Atlantis recibieron con un salve a la princesa submarina, pero ella no tenía tiempo de devolverles el saludo.

Navegó presta entre los cardúmenes y llegó a un enorme palacio de mármol, nácar y coral blanco. La casa de la familia real que había gobernado el mundo acuático desde el principio de los mares. Los guardianes inclinaron sus tridentes en señal de respeto y la vieron pasar rauda como un pez espada. En el trono de amatista esperaba su padre.

—Que la marea de tu sangre nunca baje, hija. ¿Has cumplido mi misión?

—Que la sal de tus escamas no se seque, padre. Sí, lo he hecho con diligencia y premura y, tal como sospechábamos, el peligro es cierto. El cielo se nos viene encima.

El rey del mar se levantó de su trono, su enorme cola de pez lo impulsaba lentamente. Su ceño se fruncía preocupado mientras los líquenes le jugaban en la barba con los movimientos del agua. María Paula miraba silenciosa. Desde hacía semanas parecía que las nubes estaban más bajas. La presión empujaba el océano hacia el fondo marino y las mareas eran cada vez menores. A ese paso, aplastarían los mares y destruirían todo el reino. Por fin, tras flotar por el salón real por varios minutos, el rey habló.

—Es muy extraño. Siempre hemos vivido en paz con los seres del aire.

—¿Seres del aire? —Preguntó la princesa submarina.

—Sí, hija. Así como nosotros vivimos en el agua, hay unos seres que viven entre las nubes, jugando con la brisa y nadando en los vientos. Son nobles y guapos. A veces se les puede ver desde la superficie. Les gusta mucho nuestro canto, pues ellos carecen de esa cualidad. Desde el inicio de la historia ha habido paz entre ambas razas, pero ahora parece que quieren acabarnos.

—Si son tan amables tal vez no sea su culpa. Quizá se trate de un accidente natural o algo por el estilo.

El rey la miró con las cejas nadando espesas.

—A pesar de tu corta edad, la sabiduría flota en tus palabras. Es posible, en efecto, lo que dices. Por eso, tu misión es buscar uno de estos seres del aire para averiguar qué es lo que sucede.

La princesa bajó el rostro en señal de aprobación y obediencia. Luego, salió del palacio y fue a su cuarto a descansar antes del nuevo viaje. Durmió durante varias horas recuperando las fuerzas y soñó con la prosperidad de su reino, el mar esplendoroso que la abrazaba con cariño. Al caer la noche, nadó de nuevo entre los edificios de coral hacia la superficie. Al llegar, escudriñó el firmamento y flotó mucho tiempo de espaldas sobre las olas, mirando las estrellas y las nubes, esperando ver alguno de los habitantes de los aires. Vio figuras en el cielo, dibujadas en las estrellas. Constelaciones que armaba y desarmaba con imaginación incansable. Cuando se cansó del titilar, jugó con las nubes, las moldeó a su antojo y adivinó formas reales en sus velos pasajeros. Pasó una noche y un día y vio albatros y peces voladores, pero nada parecido a un ser del aire. Al segundo atardecer recordó las palabras de su padre, nadó hasta una roca que sobresalía solitaria sobre el mar, se sentó en ella y, mientras salía la luna, empezó a cantar.

Los cielos se llenaron de música maravillosa. La voz de María Paula transformaba la noche en paraíso. Su canto era tan puro como ella misma. Cerró los ojos y se sumergió en sus notas. Cuando los abrió de nuevo, le pareció ver dos nubes rasgadas a lo lejos. Se fijó mejor y notó que sólo era un efecto óptico. Las nubes en realidad eran la tenue mirada de alguien que sólo podía ser de aire. María Paula lo detalló. Parecía hecho de espuma, de bordes claros y blandos. Tenía forma humana, pero en lugar de piernas o cola de pez su torso se difuminaba como una columna de algodón deshilachado. Su rostro pálido mostraba facciones que cambiaban lentamente, como si la brisa las moldease. A veces se antojaba transparente como el viento y a veces parecía esculpido en nácar. Lo más curioso del ser era su cabello, que semejava un trazo de humo negro perdiéndose en el horizonte.

—Perdón si te asusté. —Dijo con un susurro. —Sólo quería oír tu precioso canto.

La sirena se plantó digna, como la princesa que era, y se presentó.

—Soy María Paula, primera heredera de Atlantis, hija del rey del océano. Deleite de los mares, Perla de las profundidades, Espuma de coral.

El ser del aire pareció reírse con un sonido que recordaba el canto de los pájaros en tierra. María Paula creyó que era una ofensa.

—¿Por qué ríes? —Preguntó altiva.

—Porque ese nombre tan largo no te hace más grande de lo que eres.

María Paula no supo qué pensar. Parecía un insulto, pero había no poca razón en el enunciado. Luego, se sintió halagada cuando el ser concluyó.

—Y ese nombre tan largo no alcanza la dimensión de tu esbeltez.

La sirena hizo una venia de agradecimiento y luego preguntó el nombre de su interlocutor.

—Mi nombre es mucho más corto que el tuyo. —Dijo en una sonrisa de telaraña. —Seguramente porque no soy tan importante como tú. Me llamo Oscar.

—¿Nada más?

—Bueno. —Siguió el ser. —Podría poner Oscar, la voz del huracán, el escarnio de los nimbos, la pereza del éter, pero eso no haría ninguna diferencia.

Una sonrisa burbujeó en los labios de la sirena. Nunca había pensado que las formalidades de su reino subacuático pudieran antojarse tan superfluas. Miró a Oscar desde sus historias marinas y vio en él mucha más sabiduría de la que había aprendido en las bibliotecas de Atlantis. Al soñar con su ciudad, recordó el motivo por el que estaba sentada en ese peñón hablando con una criatura tan imposible como ella. Le narró la situación de su reino y preguntó si tenía alguna información sobre la caída del cielo.

—El firmamento descende, en efecto. —Dijo Oscar con su voz etérea. —Y parece que aplastará la tierra y el mar. Pero no somos nosotros quienes lo causamos. Pienso que algo nos empuja desde más arriba.

—¿Algo? —Preguntó María Paula. —¿Hay algo encima del cielo?

—Sí. Encima del cielo está el tapizado de estrellas.

En ese momento María Paula pensó que todos los conocimientos aprendidos en su reino eran insuficientes. Ninguno de los sabios atlantes había escrito sobre el tapizado de estrellas o cualquier otra cosa sobre la superficie. Pensaban que el mar era lo único que existía y que todo lo demás eran territorios bárbaros, indignos de ser explorados. Ella no era así. Ya el cielo le hablaba con ternura, y algo más arriba la llamaba.

—¿Podemos ir a ver qué sucede en la cima del cielo?

—Nunca he volado tan alto, pero podría hacerlo sin problema. Tú, en cambio, no puedes salir del agua.

—No. Pero puedo llevar agua al cielo.

La sirena saltó desde la roca y nadó graciosamente. Luego, cuando pareció cargarse de la vetusta energía del agua, emergió su pálido rostro y pareció que una segunda luna brotaba en un segundo cielo. Levantó los brazos y empezó a cantar con una

voz que no pertenecía a ella sino a sus ancestros, a los que levantaron las primeras casas de coral, que convirtieron el mar en el más bello de los reinos y le heredaron su cola de tiznes prístinos. Con su canto, la princesa submarina invocó la magia antigua de su raza de tritones. Pronto, las olas empezaron a burbujear y a ascender lentamente. Una enorme porción del océano se levantó hacia el cielo, como si alzara un brazo para alcanzar un lucero. Parecía una cascada celestial, una fuente inagotable. Oscar se asombró ante el prodigio. Cuando la sirena terminó su hechizo, lo miró triunfante.

—Ahora yo también puedo ir.

Oscar le hizo una seña y voló lentamente. María Paula se zambulló hasta el mar en cascada y empezó a nadar hacia arriba. Sin embargo, tras pocos minutos se sintió muy cansada. No nadaba con naturalidad, como en su hogar, sino contra la corriente de la gravedad. Cada vez que paraba para descansar, sentía que caía por la columna de agua. Oscar se dio cuenta y bajó hasta ella.

—¿Te es difícil?

—Soy muy pesada. —Dijo la sirena. —En el océano no sientes tu peso, pero ahora estoy nadando encima de él. Es casi como si pretendiera nadar en el aire.

El viento pareció fruncir el ceño de Oscar por unos momentos y luego cambiarlo a su expresión jovial.

—Yo soy insustancial. No tengo peso. Dame tu mano y te ayudaré.

La sirena dudó unos segundos. No sabía cómo sería el tacto de un ser de aire. Sin embargo, extendió su brazo goteando de la columna de agua. Oscar tomó su mano con suavidad. Parecía que no tocara nada, pero María Paula percibía una tibieza acogedora.

Si apretaba un poco, el aire transparente se convertía en nube, y si jugaba con los dedos, parecía que la mano se teñía con los oblicuos colores del atardecer. Ambos sonrieron y se miraron por varios minutos. Entonces ella se dio cuenta de que ya no estaba forcejeando contra el agua, que flotaba plácida en el haz de mar. Oscar trazó una pequeña risa que recordó los juegos de los peces jóvenes y la sirena rio también con su canto quedo. Luego, sin mediar palabra, ambos ascendieron hacia el tapizado de estrellas.

Parecían un milagro de la naturaleza. La sirena en su oleaje vertical y el ser del aire con su cabellera de humo. Las manos entrelazadas entraban y salían del agua al capricho de la brisa y la corriente. A veces parecía que los dedos de Oscar se llenaran de líquido y se antojaban azules, entonces María Paula jugaba con ellos y diluía el color en matices inimaginados. La sirena entendió la miopía de los sabios atlantes. Nunca habían podido descubrir nada más allá del mar porque no podían salir de él, de sí mismos. Pero ahora, desde la cima del firmamento, podía ver las casas de los seres del aire labradas sobre nubes que flotaban a la voluntad del viento. A lo lejos veía la costa y millares de luces. Ciudades de la superficie. Países inexistentes para Atlantis. Quiso viajar. Quiso conocer cada uno de esos reinos. Llevar su conocimiento e intercambiarlo por muchos nuevos. Saludar seres distintos, escuchar lenguajes extraños y sonreír con la arena. Y pensó divertida que no se presentaría con su nombre tan largo.

Por fin llegaron al tapizado de estrellas. Ninguno de los dos lo había visto jamás, así que ambos se llenaron de asombro. Por encima del cielo, un enorme tejido cubría la existencia. Una manta de seda, con hilos de cien mil colores que se entrecruzaban para formar amaneceres, puestas de sol, arboles y constelaciones. En el tejido, bordadas con rayos de oro, gigantescas joyas amarillas iluminaban el mundo. Las estrellas. La sirena y el ser del aire se sintieron bendecidos.

—Así que este es el tapizado de estrellas. —Dijo ella volviendo a su misión.

—Sí. Son pocos los seres del aire que han volado tan alto. Normalmente no salimos de nuestros castillos de cúmulos.

—¿Y qué es lo que sucede? ¿Por qué se está cayendo el cielo?

Casi como respuesta a la sirena, un estruendo metálico, como el graznido de un dragón de plata, se escuchó retumbar. Las manos se apretaron y los seres fantásticos vieron que la manta se desgarraba y se venía hacia abajo. La columna de agua vibró y todo el cielo tembló con el movimiento de las estrellas que descendían. Entonces, tan súbitamente como empezó, la caída del tapiz se detuvo.

—Ya veo. —Dijo Oscar tras unos segundos. —El tapizado de las estrellas se está desprendiendo y eso empuja nuestros países.

—Qué mal. —Contestó la princesa mirando lo cerca y desgarrado de la seda. —¿Y qué podemos hacer para remediarlo?

—El tapiz está cosido al vacío por hilos de oro. —Explicó el ser de aire. —Si los hilos ceden, hay que reforzarlos.

—¿Cómo?

—Las leyendas de mi pueblo dicen que las costuras las hicieron los antiguos ángeles que forjaron los hilos con sus voces celestiales. Pero ninguno de nosotros puede cantar, aunque... tú sí.

Oscar miró a María Paula y la niebla en sus ojos resplandeció. La sirena no pareció entender la idea. ¿Podría su canto reparar las costuras del tapizado de las estrellas? Era una princesa submarina y poseía el poder de la casa real y la magia de sus ancestros, pero estaría en ella la capacidad de cantar como los ángeles? La sirena se buscó en los ojos del ser de aire y ya no le parecieron tan inmateriales. Le pareció percibir su chispa, y en ella el candor que le recordaba el poder que dormía en su pecho. Sintió la caricia de la mano de viento. Podía palpar la piel de nube y su tibieza a través del agua fría. Él le sonrió y no

fue como si la brisa le moldeara el rostro sino que él mismo la miraba con cariño y confianza. María Paula apretó la mano de Oscar, dejó flotar su alma de sirena, y empezó a cantar.

Y su canto fue lo más extraordinario de ese mundo.

El cielo se llenó de júbilo. Con la voz de María Paula se pintaron arrebales y nebulosas. Los hilos de oro se fortalecieron y levantaron el tejido primigenio. El canto de la sirena recreó el firmamento y lo hizo más amplio que nunca. Sin embargo, la voz de la princesa era limitada. Llegaba hasta muy lejos, pero más allá aún permanecían las grietas del tapizado. Entonces Oscar levantó su mano e invocó al viento. Pareció que los dedos del ser del aire se extendieran hasta el horizonte con una corriente rauda como el pensar. Y en cada uno de los dedos iba enredada la canción, como si peinara la cabellera de una diosa. Con la fuerza de Oscar, el arrullo de María Paula llegó hasta todos los rincones del tejido majestuoso. Los hilos de oro se forjaron de nuevo, los luceros se levantaron una vez más y fulgieron como nunca, y el tapizado de estrellas volvió a su posición inicial, por encima de los seres terrenos y los sueños infinitos.

Cuando María Paula abrió los ojos estaba llorando. Nunca había sentido tanta felicidad como en ese momento, mientras salvaba la existencia con su voz angelical. A su lado, Oscar sonreía. Las manos unidas parecían una sola. Oscar mismo parecía un ser de piel y no de aire. Se tomaron la otra mano, como si fueran a bailar en la cima del cielo, y se miraron en silencio por un momento mágico que no terminaría nunca.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Entre los enigmas recurrentes de las letras hay uno que ha desvelado a los sociólogos por más tiempo: el del origen simultáneo de todos los cantos. No es que la mitología no explique la raíz primaria, sino que la presencia de una fábula común a todos los planos existenciales se repite en diversos idiomas y culturas. Según Powell, el afamado arqueólogo británico, la leyenda tantas veces repetida es más antigua que el mito mismo y fue la fuente de la que brotó la historia sagrada del Pueblo Cantor. Su idea es que esta raza narró su historia en forma de epopeya y la repitió en todos los mundos paralelos como oración a la enviada de los mares. Falta verificar esta última hipótesis.

**LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 1567
DEL LIBRO MÁGICO. DEL ARMAGEDÓN DE NIHTÂVER Y
DE LA HEROICA GESTA QUE SALVÓ TODO UN PUEBLO DE
CANTORES**

Ese era el final. El momento en el que Oscar se enfrentaba a su inapreciable muerte.

Suspiraba tranquilo, pues había salvado a todo un pueblo y a su adorada María Paula. Ahora, sólo miraba el mar y esperaba el destino irreversible que lo borraría por siempre de las páginas del libro.

Todo empezó con la afición que ambos sentían por la lectura. Tras las paredes rocosas del castillo de Juztanaj, dos chiquillos jugaban entre faldones anchos y caballeros de armadura. Ella le hacía alguna pilatuna y él la correteaba por los salones históricos. Ella se escondía tras los pendones y las cortinas persas aguantando la risa cuando él caminaba sigiloso, cual cazador al acecho. Entonces Oscar se hacía el tonto y salía de la habitación. María Paula asomaba una esquina de sus ojos tiernos y él saltaba sobre ella como un tigre. Pataleaban entre risas y cortinajes. A veces ella, sin querer, le plantaba el codo en la cara y él se hacía el herido un momento antes de atacarla a traición con un flanco de cosquillas. Cuando por fin se cansaban de desbaratar los ornamentos del castillo, leían algún libro de cuentos.

María Paula era feliz en los mundos de fantasía que Oscar le narraba. Aretupélix, el mago, les prestaba tomos para sus ratos de ocio. Historias de dragones y paladines que pronto fueron superadas por la imaginación de ambos. María Paula notó muchas veces que Oscar contaba la historia sin mirar el libro abierto. La leyenda la creaban juntos, entre los susurros de él y los suspiros de ella. En los cuentos de Oscar, María Paula vestía una armadura plateada y luchaba victoriosa. A veces era una princesa incógnita y a veces viajaban juntos en una alfombra voladora. Pero también había ocasiones en las que querían leer algunas páginas, así que pedían a Aretupélix otro texto.

Y llegó un día en que el mago no pudo atenderlos. Estaba muy ocupado con profecías sobre el fin de algún mundo de cantores y no prestó atención a los muchachos. María Paula hizo un gesto de niña regañada y eso fue suficiente para Oscar. El joven se coló al laboratorio de Aretupélix, con una ganzúa abrió el candado de la biblioteca y sacó un libro al azar, pues escuchó los pasos del hechicero. Se escabulló hasta donde su cómplice y le mostró el botín, un tomo encuadernado en piel de grifo con incrustaciones de oro y mithril. En ese momento se oyó la voz airada del mago, así que los traviesos corrieron entre los zaguanes de piedra, se escondieron en una buhardilla secreta y, cuando recuperaron el aliento tras las risas, empezaron a leer.

El libro narraba la historia de Nihtâver, un pueblo a orillas del llamado Mar Verde, habitado por graciosos duendes cuya única labor consistía en componer canciones para otros reinos. Para esto, disponían de un número inacabable de instrumentos musicales que tocaban con las uñas de los pies, bailando sobre ellos o, incluso, soplando con las orejas. A algunos instrumentos les daban cuerda y trinaban solos por muchas noches. Otros, sólo podían ser interpretados por duendes que sintieran especial felicidad o especial tristeza. Y como éstas, muchas otras singularidades se mostraban en la historia. Pero lo más increíble era el libro mismo. María Paula y Oscar notaron que las ilustraciones parecían moverse lentamente, como si sus personajes estuvieran

vivos. Cuando leían las canciones, creían que podían escucharlas en sus mentes. Los pergaminos se antojaban vivos al tacto y daba la impresión que se pudiera pasar a través de las páginas.

Entonces, Oscar hizo algo que no acostumbraba. Leyó en voz alta el prólogo del libro, el estudio previo a la historia. Para asombro de ambos, la introducción estaba escrita por el propio Aretupélix y describía la desaparición del mundo de Nihtáver por una ola gigantesca del Mar Verde. La única esperanza de los duendes era que alguien llegara hasta ellos y activara un portal con las palabras mágicas escritas en el libro, pero sólo personas puras de corazón podían leer la frase. El joven meditó absorto por unos momentos. Mientras tanto, María Paula adelantó las hojas del libro hasta la última página y leyó con su voz sublime un renglón que Oscar no veía.

—*Æth sero osnay arinuer allgoon tag.*

En ese momento, ante el asombro de Oscar, el libro empezó a cantar. El dibujo del Mar Verde que iluminaba la última página comenzó a moverse como si las ondas de tinta bailaran entre sí. Ambos escucharon el bramido de las olas y, a lo lejos, las voces del pueblo de cantores. María Paula lo tomó de la mano. Con sus ojos, mucho más bellos que el mar del cuento, le expresó a Oscar lo que quería hacer. Él, como si fuera uno de sus caprichos infantiles, asintió en silencio y suspiró. Luego, ambos tocaron la ilustración y sintieron las palmas mojadas.

María Paula fue la primera que emergió. Ante ella, el Mar Verde gritaba su aventura y su amenaza. A lo lejos, la costa de Nihtáver se dibujaba como un susurro. Segundos después Oscar apareció entre chapoteos, con el cabello mojado pegado a su cara. Ella se burló dulcemente. Nadaban en la inmensidad del océano, en un universo aparte de Juztanaj. María Paula dejó de reírse y recordó el motivo de su aventura. Luego, con

habilidad de sirena, quizá recordando vidas anteriores, empezó a nadar con gracia hasta la playa. Oscar la imitó torpemente.

Cuando llegaron, cientos de duendes los esperaban. Todos llevaban instrumentos musicales que habían dejado de tocar para asombrarse ante la llegada inesperada de sus visitantes. María Paula caminó entre las olas como una diosa marina, como las nereidas que Oscar le describía en sus cuentos. Él, en cambio, salió del agua resoplando con poca elegancia. Los pequeños seres se agolparon a su alrededor, seducidos por la expresión beatífica de María Paula. Ella los saludó en el único idioma que existía y les habló con la misma ceremonia de una profetisa. Les dijo que eran visitantes de otro mundo y que venían con un mensaje de vital importancia. Cuatro gnomos se ofrecieron a acompañarlos al palacio de arena donde vivía su rey. Los demás se quedaron en la playa cantando canciones que relataban la aparición de una princesa marina y su paje anónimo.

En la sala real, rodeados por duendes de vestiduras estafalarias, María Paula y Oscar contaron su historia. Estaba escrito que una marejada gigantesca arrasaría con el reino de Nihtâver. La única salvación era evacuar. Todos miraron incrédulos tanto a los visitantes como al rey gnomo, quien calló meditabundo por varios minutos. Finalmente, con una voz un poco más grave que las de sus paisanos, exclamó.

—La profecía se está cumpliendo.

Nadie entendió de qué hablaba el soberano. Entonces, se bajó de su trono y explicó la antigua profecía de Nihtâver. Llegaría un día en el que su pueblo, acostumbrado a cantar para otras naciones, tendría que abandonar la propia para recorrer muchos planos. La leyenda, narrada de gobernante a gobernante, describía el arribo de una mujer bella, como cisne al vuelo, y su gallardo acompañante. Finalmente, el rey cerró su discurso afirmando:

—Sabemos que la profecía se hizo realidad porque no puede existir mujer más hermosa que ella.

María Paula sonrió apenada y Oscar se sintió algo celoso. Luego, el rey dio instrucciones de que todos los habitantes de Nihtâver tenían que empacar sus instrumentos musicales, pues tenían que irse de inmediato.

—¿Por qué tan de repente? —Preguntaron sus soldados.

—Porque la profecía dice que al siguiente amanecer del día en que llegan los mensajeros se borra el país.

Luego, el gobernante pidió a María Paula que buscara el portal secreto. La enviada dijo que ella no sabía dónde estaba, pero que Oscar sí conocía su ubicación. El joven hizo una mueca de desengaño pues no recordaba ninguna información al respecto, entonces recordó las imágenes del libro de Aretupélix y, entre los dibujos vivos, el de una puerta que aparecía y se desvanecía con la respiración. Meditó unos momentos y luego empezó a caminar por el palacio. Se movía como si conociese los pasillos, como si estuviera haciendo travesuras en el castillo de Juztanaj. Por fin, seguido por María Paula y muchos duendes, Oscar llegó a un enorme salón vacío. Todos mantuvieron el silencio mientras miraban las paredes lisas.

—Pero aquí no hay ninguna puerta. —Dijo el rey.

—Sí, sí la hay. —Exclamó María Paula.

La chica caminó hasta la pared del fondo y apoyó su mano en la pared pálida. Lentamente, como si se descubriera un lienzo, apareció en la pared una enorme puerta de doble hoja, con incrustaciones de bronce y estaño, pero sin cerradura alguna. Todos suspiraron asombrados por el prodigio. Tallada en un metal rojizo, en un alfabeto que nadie entendía, se ocultaba la siguiente inscripción.

—*Sólo quien lee me abre. Sólo quien lee me cierra.*

—Es un enigma. —Dijo el soberano. Todos pensaron unos minutos y Oscar buscó la respuesta en la fe de María Paula.

Se inspiró en todos los libros que le leyó durante su niñez, en las historias que inventaba a medida que ambos sonreían. Vio los ojos bíblicos que se abrían más con cada palabra mágica. Iluminado por ella, resolvió el misterio.

—Ya lo tengo. Para abrir la puerta sólo hay que leer el letrero.

Oscar se paró frente a la puerta y leyó en voz alta, como cuando quería jugar al brujo con María Paula en Juztanaj. “Solo quien lee me abre”, recitó y el eco de su voz resonó por todo el reino. Con unos segundos, la puerta empezó a abrirse.

Tras ella, en un flujo incomprensible de magia, estaban todos los mundos posibles. Los duendes de Nihtâver podían escapar de la destrucción de su tierra y llevar sus canciones a otros países. El rey celebró la hazaña de Oscar y volvió con su corte para apresurar la evacuación. Junto a la puerta quedaron los jóvenes mensajeros, los enviados de la profecía. María Paula sonreía encantada por la aventura, pero Oscar se mostraba sombrío. Cuando ella le preguntó el motivo, el muchacho respondió:

—No les dije todo. —Confesó. —La puerta se abre leyendo la inscripción, pero esa también es la única manera de cerrarla.

—¿Y cuál es el problema?

—Que hay que leer la inscripción desde afuera de la entrada. Alguien tendrá que quedarse en Nihtâver y morir en la marejada.

Se miraron en silencio por unos minutos amargos. Finalmente, María Paula bajó el rostro y maduró en un sólo gesto todos los años de su infancia.

—Yo lo haré. —Dijo con algo de amargura en su voz aflautada.

—De ninguna manera. —Se quejó Oscar. —No lo permitiré.

—Es mi deber con estos seres. —Contestó ella.

Oscar trató de rebatirla, pero en ese momento regresó el gobernante suplicando la ayuda de la chica. El pueblo asustado no quería obedecerlo, sólo seguirían a la enviada de los mares, a la princesa de todos los cantos. María Paula suspiró y escuchó la suave voz de Oscar al oído.

—Tu deber con ellos es guiarlos para que crucen el portal y lleguen a sus destinos. Mi deber será cerrarlo y morir con tu recuerdo.

María Paula bajó de nuevo el rostro y sintió el peso de las decisiones. Todo un mundo dependía de ella, pero también una vida que adoraba más que cualquier realidad. Oscar tomó su mano y la apretó con ternura, como si le diera la fuerza que ambos necesitaban para cumplir su tarea. Por fin, María Paula levantó su tez y siguió al rey gnomo por los corredores del palacio. Oscar quedó junto a la puerta rumiando su tristeza.

Durante todo el resto del día y toda la noche María Paula y el rey duende organizaron cuadrilla tras cuadrilla de viajeros. Muchos lloraban por dejar su hogar amado, otros agradecían a la princesa ultraterrena por salvarlos de la muerte. Todos estaban asustados y llevaban sólo los instrumentos musicales que les permitirían seguir cantando en los nuevos mundos. Ninguno se fijó en la figura sentada en un rincón del salón. Oscar, sumido en la melancolía, los miraba huir indiferente. Sólo mostraba interés cuando pasaba María Paula, rauda como una gacela, alentando a los rezagados y dando ánimo a los temerosos. La tristeza de Oscar no estaba en la muerte que le aguardaba, sino en el distanciamiento definitivo de ella. Aún sin la marejada, Oscar no soportaría no volver a verla, a escuchar su voz de golosina, a bañarse en su mirada majestuosa. Pero no podía decirle nada, pues ella tenía que cumplir con su labor y salvar a las festivas criaturas. Después de eso, ella se uniría al caudal de existencias tras la puerta. Brindaría a todas las tierras el júbilo de su presencia y sería verso y miel para todos, excepto para él. Cuando faltaban pocas decenas de duendes por evacuar y ya se presentían los rayos del

sol en la línea del horizonte, Oscar tomó uno de los instrumentos abandonados y empezó a cantar.

Era una especie de cítara rojiza, claveteada por cristales que sonaban con las cuerdas de cabellos rubios. Uno de los instrumentos más difíciles de tocar, de los que sólo podían ser interpretados por seres con especial felicidad o tristeza. Y Oscar lo hizo. Cantó una plegaria en un idioma inexistente, una canción para la mujer que se iba para siempre y que permanecía en su cariño. Los gnomos, sabios conocedores del arte de la música, se asombraron ante la perfección del canto y la inmensidad del sentimiento que expresaba. El rey entendió entonces la tragedia secreta y vio los ojos de María Paula húmedos entre las notas de su himno. Cuando Oscar terminó, ya la luz jugueteaba en las ventanas. Los últimos duendes habían escapado al desconocido y sólo quedaban en la habitación el rey y los dos mensajeros de la salvación.

—Yo no puedo leer la inscripción. —Dijo el duende lleno de dignidad. —De otra manera sería yo quien se sacrificase por mi raza.

Oscar sonrió y le puso la mano en el hombro. También él había madurado durante las horas del éxodo. El gobernante le entregó su daga de oro, símbolo de honor y poder, y se retiró tras una amplia reverencia. Al cruzar la puerta, dijo con voz sublime.

—Todas nuestras canciones hablarán de ti.

Ya sólo quedaban María Paula y Oscar, quienes tras tantos años de compartir lecturas no encontraban ahora las palabras para despedirse. No sabían qué decir entre tantos sentires encontrados y perdidos por el inevitable adiós. Sólo se tomaron de las manos unos momentos mientras añoraban las caricias futuras. Se hundieron en un abrazo más poderoso que toda la literatura del mundo y se dieron un beso tan fugaz como sus mismas vidas. Luego, María Paula miró la puerta y vio a todo Nihtâver esperándola para que los

guiase por la historia. Ya la luz invadía el recinto y se escuchaban los crecientes rugidos del mar. María Paula cruzó el umbral y Oscar, lleno de dolor y ceremonia, leyó de nuevo la placa.

—Sólo quien lee me cierra.

Cuando las hojas de metal se juntaron y el flujo de irrealidades desapareció, Oscar escuchó el sonido. Era el océano embravecido que preparaba la embestida contra todo lo existente. El joven pronunció el nombre de su princesa, puso la daga del rey en su cinto, empuñó de nuevo la cítara y empezó a caminar por el palacio buscando la salida. Llegó a las calles vacías, vio las casas abandonadas, las pertenencias huérfanas por siempre. Y en el horizonte, bajo la luz del amanecer, la furia del Mar Verde que lo arrasaría junto con las ruinas de un pueblo. Oscar caminó hasta la playa, sintió la arena desmadejarse bajo sus pisadas, acarició la brisa asustada en su rostro. Mirando al océano implacable, tomó la cítara y cantó la última canción de su vida, tan bella y triste como la que había despedido a María Paula. Al terminar dejó caer el instrumento y miró la inmensidad disfrazada de agua y de sol.

Ese era el final. El momento en el que Oscar se enfrentaba a su inapreciable muerte.

Y entonces sintió la mano. Un tacto azucarado que le devolvía la vida. A su lado, María Paula sonreía feliz de verlo en el último palpitar de sus vidas. Oscar gritó de euforia. Había regresado. No sabía cómo, pero había regresado para compartir con él lo que les quedaba de destino. Quisieron decirse entonces todas las cosas que se habían guardado entre las páginas de los libros pero ya no tenían tiempo ni necesidad de ello. Con los dedos trenzados, unidos en el alma, miraron el mar y vieron la enorme ola que tapaba el cielo y llevaba en su nombre el olvido de todo. Se miraron a sí mismos en la inmensidad del océano y supieron que ese universo era ínfimo en comparación con la eternidad que aún tenían por leer.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Cuando murió la princesa del Palacio de Cristal se decretó un luto de nueve lunas. Pasado ese tiempo, sepultaron su cuerpo en un panteón de porcelana para que su memoria descansase. En la cripta, con la mejor de las artesanías, tallaron una leyenda que sólo podía verse cuando la luz del sol se despedía del recuerdo de la soberana y sólo los entendidos podían leerla en silencio. Con el tiempo, algún infiel tradujo los versos y los dio a conocer; lo que según la tradición le acarreó la pérdida de la vista y la muerte sin sonido. Su osadía, sin embargo, permitió a las generaciones posteriores la historia recogida a continuación.

**LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 1001
DEL PARAÍSO DE SUEÑOS. DE CÓMO DOS GOLEMS CRE-
ARON UN MUNDO Y DE LAS AVENTURAS EN ÉL IMAGINA-
DAS**

Era otro día en el Palacio de Cristal. El sol se desperezó y envió el único rayo de luz que designaba al reino, pero ese haz solitario hizo todo el trabajo. Pasó por el gallo de la torre y se multiplicó en cientos de líneas amarillas, luego cada una de ellas rebotó en una de las paredes de espejos y al cruzar las estatuas de prisma se fragmentaron en miles de colores fugaces que dibujaron todo el recinto. El último rayo, el más tímido y más pequeño, jugueteo hasta el lecho de María Paula y le acarició la mejilla consentida.

Los muros estaban iluminados por su propia fosforescencia. Vetas de minerales rojizos susurraban incandescentes. A lo lejos, entre las cuevas, el repiquetear de una campana de bronce mandaba mensajes cifrados y cada tañido rodaba perezoso por los túneles. El salmo de los grillos anunciaba que había que levantarse. Entonces, el último sonido de las campanas asustó el dormir de Oscar y le obligó a abrir las cuencas en un gruñido.

María Paula se metió al baño. Espolvoreó su cuerpo con talco de zafiro y se miró en los argentados reflejos de las paredes. Luego, cubrió su piel diamantina con un lienzo de seda traído de otro mundo. Salió a la luz del palacio y escuchó el alborozo del pueblo al verla. Saludó con sus dedos de cristal y regaló una bendición de porcelana.

Oscar llegó hasta el comedor comunitario. Se sentó en su lugar acostumbrado, donde lo esperaban tres piedras del tamaño de su puño. Entre los murmullos de los comensales, pasó el cocinero con una olla de la que sacaba un cucharón lleno del extraño guiso que regaba en las piedras de cada uno. Una mezcla de líquenes con grava y agua salina a medio calentar era el plato del día. Oscar lamió las piedras untadas con la salsa y, tras dejarlas tan limpias como al principio, se retiró silencioso.

Era la mejor en su trabajo. Le bastaba mirar las caras de sus pacientes para adivinar sus dolencias. Los escuchaba sólo por darles el gusto de desahogarse de sus penas, pero antes de que abrieran sus labios sabía la cura. Cuando terminaban, María Paula acercaba el dorso de su mano a la frente de cada enfermo y mientras lo acunaba con su mirada hechicera le decía una frase trascendental. A partir de ese momento, las dolencias terminaban y María Paula sonreía como un rubí.

Los agujeros los había hecho el día anterior, así que hoy sólo tenía que plantar las raíces que llevaba en el saco a su espalda. Con delicadeza, a pesar de sus gruesos dedos rocosos, Oscar tomaba las briznas y las enterraba en el techo de la caverna. Después las soplaba en un tono grave y les daba la vitalidad para convertirse en árboles titánicos o rosales tímidos en la superficie. Siempre vez que plantaba una raíz sabía exactamente el número de flores que daría y los versos que se podían inspirar en cada una, lo que le alegraba un poco aunque nunca lo expresó. Simplemente abría surcos y sembraba con su rostro mudo como una estatua corroída por los siglos.

Al caer la noche, cuando el rayo del amanecer se cansaba de tanto jugar en el palacio y se llevaba su luz, María Paula se recostaba en su lecho de joyas. Le gustaba tomar un puñado y dejarlas caer tintineantes sobre su rostro de cuarzo. Componía pequeñas sinfonías con los sonidos de las gemas que simulaban campanillas, muy diferentes a los graves tañidos que se escuchaban en las cuevas subterráneas y que anunciaban a Oscar que se podía ir a acostar en su cama de roca.

Pero ambos podían verse cuando escapaban al sueño. Ya no parecían golems de cristal y piedra, sino de una materia rosada y blanda, sumamente suave al tacto y palpitante de sensaciones. Se encontraban en un prado en el que no existían sino ellos y la grama que habían imaginado para sostenerse. Entonces, sin mediar palabra alguna, empezaban a trabajar de verdad. María Paula extendía sus dedos y creaba el océano con sus medusas, pececillos y monstruos marinos. Oscar miraba al vacío y creaba las estrellas viajeras y las estáticas. Ella pestañeaba y se dibujaba la cara escondida de la luna. Él tronaba sus dedos y galopaban animales sobre la hierba. Día tras día, noche tras noche, fabricaban ese paraíso que parecía tan gigantesco como su imaginación misma.

Y pasaron muchos años. María Paula curaba las penas de sus súbditos con su toque transparente mientras Oscar contaba los nidos de los pájaros en los árboles que sembraba para el exterior. En las noches se encontraban de nuevo en ese mundo de bruma, se miraban inexpresivos y continuaban generando maravillas en silencio.

Hasta que llegó el día en que terminaron la tarea. María Paula cubrió su cuerpo de diamante con las joyas del lecho y Oscar cerró para siempre los oídos de piedra al bramido de la campana. Despertaron en la ensoñación de ambos y contemplaron su perfección. Se vieron brillar como dioses a pesar de las pieles opacas. Se acercaron por vez primera y se besaron con una calidez que nunca les permitieron el cristal o la roca. Cuando hablaron, el sagrado de sus nombres llenó todo de vida y música. Estaba inaugurado el paraíso en que vivirían por siempre, en el que nunca les faltaría tiempo para perderse en sus miradas, el mundo que habían fabricado con el mismo material de sus sueños exquisitos.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Louie Hans Steffenberg dedicó su vida a escribir cuentos para niños. Por supuesto, no se basó sólo en su infatigable imaginación, sino que retomó muchos de los mitos de su tierra natal, la florecida Edirmania. Una de las leyendas que más le fascinó en su niñez palaciega fue la del torneo de las princesas, pero nunca pudo redactarla con la vitalidad que la escuchaba en las narraciones de los ancianos del pueblo, así que tuvo que esperar a que la edad le doblase la espalda y le ajase el rostro para escribirla. Lamentablemente, murió antes de verla publicada y no pudo disfrutar el éxito que tendría, aunque siempre adivinó las sonrisas en los niños que gustaran de las letras.

LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 1970
DEL TORNEO DE LAS PRINCESAS. DE LA DONCELLA DESCONOCIDA Y DE LAS PALABRAS QUE ESCRIBIÓ DURANTE TRES DÍAS

Érase una vez, en un reino donde el cielo bostezaba con el canto de los gallos y los campesinos sembraban sorgo y azahar, un príncipe bien conocido por su carácter huraño y rebelde. A diferencia de su padre, que solía salir a compartir el día con sus aldeanos, el príncipe prefería encerrarse en la torre a repasar libros inescrutables. Entretanto, su reino crecía entre la paz del otoño y la festividad de la cosecha. Pasaron los años y llegó el día en que el rey murió, así que el príncipe heredero tuvo que asumir el trono. Sin embargo, para un joven acostumbrado a las páginas tiznadas, el ejercicio del gobierno le pareció sumamente aburrido. De esta manera, tras consultar con uno de los textos sagrados del reino, decidió abdicar y entregar su corona a la doncella más digna que se presentase.

Inmediatamente, cientos de muchachas corrieron por los pasillos de palacio. Una tras otra, cortesanas caminaban entre taconeos de plata y marfil para alabar sus destrezas y talentos. El inaudito desfile terminó por exasperar al príncipe, quien decidió seguir una antigua costumbre para elegir a la heredera. Convocó a todas las doncellas del reino en la plaza principal y desde el campanario arrojó tres plumas de cernícalo selladas con el escudo real. Las plumas volaron con la cortesía del viento

y escribieron el destino en el aire. La primera pluma cayó sobre la cabellera rubia de la princesa de Ældania, esbelta como el sol en los cristales y dueña de miles de acres con viñedos, caballos eurakíes y un tigre de bengala que podía hacer malabares con los ojos vendados. La segunda pluma cayó sobre la diadema plateada de la hija de la duquesa de Jegk, fina como el filo de la luna, quien reinaba sobre el ducado de sus ancestros y poseía minas de diamantes y esmeraldas con las que podía empedrar su castillo. La tercera pluma voló durante varios minutos más, como si buscara algo en medio de la multitud expectante. Finalmente, en un suave silbido, cayó sobre una doncella desconocida. Iba pobremente vestida, como una aldeana cualquiera, y sus ropas naranjadas disimulaban su belleza de fogata nocturna.

Cuando la princesa de Ældania y la hija de la duquesa de Jegk subieron al estrado, la concurrencia enmudeció apabullada por las beldades. Y luego un murmullo interrogativo reptó cuando, casi contra su voluntad, la humilde aldeana coronada con la pluma se unió a ellas. Todos se preguntaban quién era esa advenediza que robaba la oportunidad a las doncellas del reino y se atrevía a pararse junto a las princesas extranjeras que, por supuesto, ni siquiera le ofrecieron el saludo. El ronroneo terminó cuando el príncipe bajó del campanario con su ceño fruncido. Todos conocían su fama de huraño y nadie quiso saber cómo era su rabia, así que dejaron que hablara calmado y con evidente desgano.

—Pueblo mío. Entre estas tres doncellas se halla la que regirá vuestras vidas. Testigos sois de que no es voluntad mía la que las trae a esta tarima sino designios desconocidos. Durante tres días, las princesas serán sometidas a diferentes pruebas que mostrarán sus capacidades como gobernantes y como personas. Os ruego estar pendientes para que verifiquéis con vuestra presencia la justicia del evento.

Entonces, una de las doncellas hizo algo a lo que ninguno de los presentes se hubiera atrevido. Tomó la palabra del príncipe.

—Excusadme, majestad. —Dijo con voz argentada la heredera de Ældania. —Os ruego no os dirijáis a nosotras como “las prince-sas”, considerando que sólo dos de nosotras tenemos títulos reales, mientras que una tercera ni siquiera parece tener claro su lugar.

Un silencio de piedra se apoderó de la plaza. Si hasta entonces el rostro del príncipe había mostrado sólo tedio, una ráfaga de ira se instauró en su frente. Miró a la princesa de Ældania y con voz de acero declaró.

—Vuestra merced ignora que los títulos reales son sólo pergaminos añejos y mohosos. La realeza no se porta en las coronas o los cetros, sino en los actos majestuosos. Así que si vuestra merced pretende resaltar su dignidad le sugiero la magnificencia y la generosidad, que no la soberbia. Haré acto omiso de este incidente sólo para evitar malograrme la sangre con su impertinencia y procuraros un concurso equitativo.

Tras estas palabras, el príncipe descendió del estrado, montó su caballo y se fue seguido de su séquito y de la muda sorpresa del público. La princesa de Ældania, tosió un par de veces para eliminar la palidez de su rostro y luego vio que varios pajes la escoltaban a ella y sus dos compañeras hacia luminosos carruajes que debían llevarlas al castillo, donde pernoctarían esa noche antes de la primera prueba. Condujeron a cada una a un cuarto enorme, con un ventanal de vitrales que recordaban las hazañas del reino y donde, además de la cama mullida, había varios objetos con los que podrían distraerse en distintas labores. Como ninguna era ociosa, todas decidieron trabajar mientras esperaban la hora de dormir. La princesa de Ældania tomó la rueca y empezó a hilar. La hija de la duquesa de Jegk tomó una bandeja de platería y quiso fundir oro. La última doncella, de la que nadie sabía siquiera el nombre, sólo tomó unas páginas en blanco, una pluma y un tintero y se encerró en su cuarto.

Al día siguiente, las fanfarrias anunciaron que la primera prueba estaba por iniciar. El príncipe salió del castillo con su usual máscara de tedio, montando su alazán, seguido por los tres carruajes que transportaban a las doncellas. Al llegar al estrado, el príncipe desmontó y condujo, una por una, a las damas. La princesa de Ældania llevaba un traje azul marino que contrastaba con su cabello rubio como el trigo, la hija de la duquesa de Jegk vestía de verde, lo que resaltaba el color bermejo de sus labios y el negro de su cabello con la corona de plata. La tercera doncella llevaba un sencillo sayal del color de las uvas cuando están listas para el vino y adornaba sus cabellos con un flequillo de flores silvestres. Cada una se veía más bella que la otra. Cuando la concurrencia dejó de admirar a las aspirantes, el príncipe habló.

—Ésta es la primera prueba: La voz de la Reina. Un mandato fuerte se obedece mejor si lo ordena una voz poderosa. Cada una de vosotras deberá cantar y superar la voz de las rivales. Que gane la más digna.

Cuando el príncipe dejó el estrado, se adelantó la princesa de Ældania. Hizo una elegante reverencia de saludo y tras unos segundos en los que dejó pasar el clima bajo sus párpados cerrados empezó a entonar un aria de su reino. Su voz creció como la tormenta en el cielo y las notas que alcanzó eran de una intensidad hasta entonces no escuchada. Se sentía como si el canto los arrojara a todos y les regalara una muestra de felicidad divina. Los aldeanos se maravillaron con su voz y, cuando terminó su pieza, la ovacionaron entusiasmados por varios minutos.

Luego tomó el estrado la hija de la duquesa de Jegk. Saludó con mayor gracia que su predecesora y levantó su voz hacia las nubes. Su canto fue cristalino y glorioso, impecable en el arte de las voces, pero inferior a la sublime voz de la princesa de Ældania. El pueblo le agradeció con sinceros aplausos, pero todos sabían que no ganaría la prueba.

Y luego pasaron varios momentos sin que nadie pisara la tarima. Cuando buscaron a la tercera participante, sólo vieron su rostro ensombrecido hacia las tablas del piso. El príncipe trató de acercarse pero ella negó con la cabeza como si lo hubiera visto. Era evidente que no quería participar. El príncipe frunció el ceño en un ademán que ya todos conocían y declaró vencedora del primer torneo a la princesa de Ældania. El público gritó entusiasmado mientras las doncellas regresaban al castillo en sus coches. El príncipe desapareció en su caballo sin despedirse de nadie. Al llegar al castillo, la damas reanudaron su labor. La princesa de Ældania puso en el telar el hilo del día anterior y empezó a tejer. La hija de la duquesa de Jegk trabajó el oro fundido previamente para acuñar una corona. Y la tercera doncella sólo se encerró de nuevo con sus páginas, su pluma y su tinta.

El segundo día del concurso sorprendió a la población con una tarima mucho mayor que la anterior donde esperaban los mejores músicos del reino. Mientras las preguntas se sucedían, sonó la fanfarria y se abrieron las puertas del castillo para ver surgir al príncipe y a las participantes. Una vez alcanzaron el estrado, el príncipe habló.

—Ésta es la segunda prueba: La piel de la Reina. De nada sirve un fuerte espíritu si está encerrado en un cuerpo débil. Cada una de vosotras deberá bailar y superar la danza de las rivales. Que gane la más digna.

De nuevo inició la princesa de Ældania, gran favorita tras triunfar en la prueba anterior. Los músicos tocaron una pieza y la dama giró con el trino de los instrumentos. Parecía que su cuerpo estaba impregnado de la música maravillosa y que tenía estrellas en las puntas de sus dedos. El público enmudeció mientras la vio moverse con la gracia del viento y la firmeza de la roca. En la última nota, la princesa de Ældania levantó su rostro al cielo y recibió la oleada de alabanzas.

Luego subió al estrado la hija de la duquesa de Jegk, quien llevaba una sonrisa incomprensible en los labios. Pronto se supo el motivo. Con los primeros acordes, brindó libertad a su figura

que se desplegó por toda la plaza. Parecía que danzaba en todos los corazones y con cada uno de los espectadores. Los latidos de su corazón cambiaban el ritmo de la música y los golpes de sus pies con el tablado generaban vida y muerte al mismo tiempo. No parecía que bailase, sino que el mundo bailara alrededor de ella, tan perfecto era su arte. Al terminar el tema, extendió los brazos y pareció que abrazara al universo en un pase de baile. El público la aclamó como a ningún rey.

Y luego se repitieron los instantes de silencio. Una vez más, la tercera doncella se negaba a demostrar sus habilidades y ya parecía que no tenía ninguna. El príncipe gruñó un par de blasfemias y, acallando los murmullos con su caminar, declaró a la hija de la duquesa de Jegk vencedora del segundo torneo. De nuevo la comitiva regresó al palacio, esta vez con comentarios sobre el empate de las dos damas y la simpleza de la tercera. En el castillo, la princesa de Ældania cosió un pendón con la tela trabajada y bordó el escudo del príncipe con sus cabellos dorados. La hija de la duquesa de Jegk adornó con joyas la corona labrada y la otra doncella se enclaustró una vez más con sus papeles.

Al día siguiente no había estrado alguno y los aldeanos se preguntaban si el príncipe habría cancelado el concurso. Sin embargo, sonó de nuevo la fanfarria y la comitiva cabalgó una vez más hasta la plaza. Unos heraldos transportaron una mesa sencilla y tres sillas en las que se sentaron las participantes. El príncipe ayudó a descender a las damas y luego habló a su pueblo.

—Ésta es la tercera prueba: El corazón de la Reina. Un gobernante debe tener ante todo nobleza en su pecho, saber equilibrar la compasión y la fuerza. Encontrar justicia donde otros ven confusión. Cada una de vosotras deberá juzgar el caso que se os presenta y superar la sabiduría de las rivales. Que gane la más digna.

Entonces dos hombres se acercaron. Uno delgado con negros flecos en la frente y otro un poco más fornido que portaba una bolsa de cuero. Habló el primero dirigiéndose a las damas.

—Princesas de incontables reinos. Os presento mi demanda. Pobre soy y como jornalero me gano el pan diario arando tierras ajenas. Esta mañana labraba el sembrado del aquí presente cuando mi azada chocó contra algo sonoro. Grande fue mi sorpresa al desenterrar el bulto de monedas que aquí veis y que pido a vuestras mercedes me sea concedido pues fue mi trabajo el que lo encontró, que si no hubiese yo arado esa tierra allí permanecería aún escondido. Y además, es mi miseria la que lo merece. Este hombre es acaudalado y no necesita más de lo que tiene, mientras que yo podré iniciar una nueva vida con este regalo del cielo.

Murmuró la concurrencia y tomó entonces el gordo la palabra.

—Majestades de donosura incomparable. Cierto es lo que este labriego ha dicho. Pero yo reclamo las morrocotas como mías pues en mi terreno han sido halladas y porque corresponden a una vieja herencia que mi difunto padre enterró sin decir su paradero. Además, el hecho de que yo sea rico no impide que pueda tomar posesión de lo que me pertenece, que si más fortuna tengo que otros es porque más veces me he quebrado la espalda trabajando. Os pido, entonces, que me restituyáis lo que es mío.

Algunos comentarios en voz baja circundaron la mesa de las doncellas. El príncipe resoplaba taciturno y era imposible saber si en verdad quería estar allí. Tras unos momentos de deliberación, habló la princesa de Ældania.

—Pienso, mi estimado labriego, que tienes derecho al reclamar lo por ti encontrado, pero olvidas que fue la tierra ajena la que te brindó el tesoro. Si siembras por un jornal, ¿a quién pertenece la cosecha? Al dueño de la tierra que pagó tu mano de obra. Asimismo se procede en este caso. Además, este hombre acaba de afirmar que es una vieja herencia que su padre enterró y no hay motivos para dudar de su palabra. De esta manera, es mi sentencia que él conserve su bolsa.

Varias exclamaciones de admiración se levantaron en el público por la princesa de Ældania y su limpia conclusión. El labrador agachó la cabeza resignado, pero entonces habló la hija de la duquesa de Jegk.

—Rico hacendado. ¿En verdad piensas que todo lo que surge a tu alrededor es tuyo? Afirmas que el entierro es herencia paterna, pero no puedes probarlo. Es el trabajo de tu empleado el que en una mañana lo bendice con la fortuna, que sin su labor jamás habríamos visto el dorado de esas monedas. Y no hablo sólo de quién encuentra el tesoro sino de quien lo necesita. Ese oro sólo sería un bulto más en tus arcones, pero para él es la marea que sacará su barca de la pobreza. ¿No es justo dar a quien no tiene? Es mi sentencia, entonces, que el labriego tome posesión de la bolsa y haga buen uso de su contenido.

Algunos gritos de aprobación sonaron entre los aldeanos, muy contentos de ver que la segunda concursante tomaba parte por el hombre pobre que sonreía su nueva riqueza. Todos esperaban las palabras del príncipe, cuando una tercera voz se escuchó por vez primera.

—La bolsa debe ser quitada a ambos.

Como una loza de mármol, el silencio aplastó la plaza. La tercera doncella siguió hablando.

—Nos estáis mintiendo. Dices, labriego, que hallaste la bolsa esta mañana al arar el campo, pero traes tus botines y tu traje tan limpios como una tarde de domingo. ¿Dónde el barro y la tierra removida? ¿Dónde el sudor y la huella del sol? ¿Por qué llevas capa de viajero en lugar de ropa de labranza? Y tú, supuesto hacendado, afirmas que posees tierras y que las trabajaste para conseguir tu riqueza. ¿Entonces por qué tus manos son tan pulcras como si nunca hubieras empuñado una azada? ¿Cómo es que no hay vecinos que conozcan tu labor

y tu riqueza? ¿Y cuál es el motivo para que ambos, viviendo aquí tantos años, vistáis a la manera de países lejanos? ¿Y qué decir de la bolsa que estuvo enterrada por tanto tiempo? Bruñida como si ayer tintineara al sol. Pienso que nos estáis engañando, que no sois de por acá, que sois charlatanes que de alguna manera birlasteis a alguien ese oro y que siendo vuestra codicia más grande que vuestra lucidez preferisteis acudir a un tribunal que dividíroslo en partes iguales.

El silencio sólo se interrumpió con el sonido de las rodillas de los hombres contra el suelo de la plaza.

—Ay, verdad es, señora, lo que decís! Esta mañana embaucamos a un viajero camino a vuestro reino y la avaricia nos cegó y nos trajo a vuestro juicio. Pedimos perdón y juramos restituir con nuestro trabajo los dineros hurtados y la paz perturbada.

A diferencia de las pruebas anteriores, esta vez nadie se atrevió a aplaudir u ovacionar a la ganadora, tan estupefactos estaban con su sabiduría y su buen juicio que sólo atinaban a corroborar las observaciones y a alabar su lucidez. Entonces la voz del príncipe acalló la plaza.

—Como todos podrán confirmar, esta princesa es la vencedora del tercer y último torneo. Lo que nos da un triple empate, situación que no se había dado en los siglos de nuestro reino. Por ley, cualquiera de ellas podría ser vuestra reina. Sin embargo, sé de una manera de elegir a la ganadora. Estoy enterado de que las princesas han realizado labores por su cuenta en el castillo. Os pido me acompañéis allá para que veáis que mi juicio sobre ellas es justo. El mejor trabajo coronará a su autora como reina.

La multitud caminó gozosa hasta las puertas del castillo. El príncipe encabezaba la peregrinación en su corcel, mientras los carruajes de las doncellas tomaban la delantera para preparar sus

labores. Cuando todos llegaron, el príncipe se apeó y vio los tres regalos que las damas le ofrecían. Como siempre, avanzó primero la princesa de Ældania, quien llevaba un rico pendón hilado, tejido y cosido por ella de la más fina seda. En medio del pendón, bordado con sus cabellos dorados, se dibujaba el escudo de armas del príncipe, aún más radiante que si fuera de oro verdadero.

—Te ofrezco este pendón, bienamado príncipe, por mis manos trabajado y bordado con mis cabellos para gloria de vuestra casa.

Los aldeanos suspiraron al ver la perfección del trabajo y el talento de la princesa de Ældania. Pero el príncipe, con su dejo de fastidio en el rostro, dijo lo siguiente.

—Las telas ricas sirven para cubrir espíritus pobres. Los dedos de una princesa deben tejer mundos imperecederos.

Y ante el asombro de todos, rasgó el pendón y sus miles de fibras volaron por el aire y se perdieron en la brisa hasta confines donde ya nadie las recordaría.

Se acercó entonces la hija de la duquesa de Jegk con una corona de oro con aleaciones de plata y bronce, incrustaciones de nácar y enriquecida por piedras preciosas que le daban un colorido y grandeza inigualables.

—Oh, majestad. Te ofrezco esta corona labrada por mis manos y enriquecida con joyas de mi ducado. Es para ti, pues sólo una frente como la tuya es digna de portarla.

La admiración ante la lujosísima corona se apoderó de todos, excepto del príncipe que la tomó en sus manos y exclamó.

—El lustre del oro es tan vano como la gloria del poder. Los dedos de una princesa deben labrar mundos imperecederos.

Y estrelló la corona contra el piso donde se rompió en mil pedazos que rodaron por las piedras del palacio y se perdieron en rincones donde ya nadie los encontraría.

Y el príncipe miró a la tercera doncella.

Ella sostuvo su mirada desafiante mientras abrazaba los papeles escritos los días anteriores. Por primera vez sus ojos mostraron su verdadero brillo y su piel pareció traspasar las humildes telas del sayal que vestía. Entonces la princesa habló con la voz que le pertenecía.

—¿Crees que debo ofrecerte algo? ¿Que debo mostrar mi voz, mi danza y mi corazón para juicio tuyo y divertimento de tu pueblo? ¿Que porque vives en un castillo tengo que hacer lo que me dices? Seguí tu juego obligada por la ley, pero no tengo por qué dar el diario que he escrito en estas fechas aciagas para que los humilles en tu soberbia. No te daré tal placer. No soy como estas malcriadas pretenciosas que harían cualquier cosa por agradarte. Antes de permitirte, prefiero destruir mis páginas yo misma, pues los dedos de una princesa deben escribir mundos imperecederos.

Y levantó las páginas sobre su cabeza y las rasgó con un sonido similar al del relámpago. Las hojas, la tinta, las palabras se rompieron en mil pedazos que titilaron en el aire, suspendidos por una magia desconocida, reflejando en su fuego el despertar de la princesa. Los destellos giraban a su alrededor y le traían recuerdos de otras frases, de otras épocas. Le pareció que la sonrisa de los aldeanos la saludaba y que su sayal cambiaba por un vestido maravilloso de colores desconocidos. Vio que las páginas rotas de su diario despejaban el aire de humaredas y descubrió a Oscar desde su traje de príncipe. Lo recordó en el mismo instante en que él se inclinó, ofreció su mano y le dijo con la voz que había olvidado.

—Despierta, María Paula. Bienvenida a tu reino.

Entonces recordó todo. Reconoció su hogar y supo que había vuelto a él. Recordó los juegos infantiles, los cuentos en la almohada, las canciones a su nombre. Recordó su voz y su danza, su majestad y su regocijo. Tomó la mano de Oscar y vio que el castillo se había edificado de nuevo como una mansión gloriosa de luces y mar, que los prados eran campos de juego para los mundos venideros, que alguien pronunciaba su nombre como un conjuro. Vio su divinidad multiplicada en Oscar, supo que era la princesa de los dioses, que había despertado y que tenía toda una eternidad para sonreír.

Sólo muchos siglos después, cuando Ciro Horatori descriptó el alfabeto agraeo, se pudo entender la leyenda de los pergaminos de la catarata del norte. Fue entonces evidente el error en la interpretación de la profecía pero, como el mismo Horatori declaró: “tras la batalla, todos son generales”. Para los historiadores oficiales aún es un misterio la existencia de la vidente sagrada y, mucho más aún, la del supuesto enviado de los cielos. Los intelectuales insisten en que sólo se trata de un mito primitivo de la época de la domesticación de los gandhas. Horatori, en un rapto poético cuestionable, dijo que la realidad pocas veces se abraza con la metáfora.

LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 8563 DE LA ANTIGUA PROFECÍA. DEL ENVIADO DE LOS CIELOS Y DE LA SALVACIÓN DEL ALMA INMORTAL

En el cielo se dibujó como una bola de fuego. Al principio sólo parecía una estrella fugaz, pero pronto se vio rojo y ardiente y se hizo obvio que caía hacia la tierra. Los mortales se asustaron. Sólo María Paula supo de inmediato qué era, ya que conocía la antigua profecía. Sin embargo, la adivina no escapó a la sorpresa, pues el enviado llegaba a destiempo y con una orientación extraña en el firmamento.

El proyectil cayó con un silbido flamígero y una explosión que quemó un campo de trigo. El pequeño incendio se sofocó en su propio humo. Cuando los mortales vencieron su miedo y se acercaron, lo hallaron yacente, desnudo y tembloroso. No tenía una sola cicatriz que narrara su caída desde las estrellas. Aturdido por el viaje, gimoteaba tratando de articular palabras. No podía poner en claro su mente. El aire húmedo le anegaba los pulmones. La tierra calcinada tenía un olor ácido que le quemaba las fosas nasales. Incluso la piel, que no había sufrido el abrazo del fuego, empezaba a herirse con las piedras calientes y filosas. Entre la confusión y el nuevo sentido del dolor, Oscar recordó su misión.

“Ha venido por mí”, se repetía María Paula mientras confirmaba datos en sus libros de astrología. Estaban escritos en agraeo

antiguo, dificultad a la que achacaba la inexactitud de la fecha y el sitio. Aunque sus cálculos matemáticos no eran tan precisos como lo creía, sí estaba segura de la misión. La leyenda lo decía claramente, sin metáforas distractoras: El enviado salvaría el alma abandonada. Rápida y nerviosa, la vidente enrolló los pergaminos y los metió con poca delicadeza en su alforja. Luego partió a preparar la cabalgadura que la llevaría a su encuentro con el elegido.

Cuando los mortales decidieron qué hacer con él, Oscar aún no conseguía levantarse. A pesar de que abría dolorosamente los ojos, nada veía en la ajena oscuridad que lo rodeaba. Ella debía estar allí, pero no podía sentirla. Cuando por fin logró erguir medio cuerpo apoyado en sus rodillas tambaleantes, una mujer chilló en un tono que hirió sus oídos y dos hombres se acercaron con sendas varas de madera. Antes de que Oscar comprendiera, lo golpearon en la cabeza y lo devolvieron inconsciente al suelo pedregoso.

La mañana sorprendió a María Paula cabalgando incómoda en su gandha. El galopar arrítmico del reptil sobre el desierto le impedía concentrarse en nada diferente a la ruta que debía seguir para llegar al sitio de la colisión. Eventualmente detenía al gandha y se apeaba para verificar el rumbo con la brújula y la sombra de la escuadra. Hubiera querido releer el pergamino con la profecía, pero sabía que no tenía tiempo que perder pues el enviado correría peligro si era encontrado por los mortales, así que espoleó su bestia y fijó sus ojos ilegibles en el sitio imaginario en el que estaba el destinado a salvar su alma mientras las huellas del reptil se evaporaban con la brisa caliente hacia los límites del bosque.

Los hombres arrojaron el cuerpo junto a la fogata, en el círculo formado por todas las tiendas de campaña. El golpe y el sabor amargo de la hierba lo despertaron. La luz del amanecer, filtrada por los árboles y el humo, se le hizo insoportable. Escuchó las voces de los mortales que se le acercaban acezantes, como si fuera un monstruo o un animal extraño. Aparentemente se interrogaban y gritaban entre sí. El sonido de su hablar le pareció detestable, un bramar carente de sensibilidad y amor, digno de una raza primitiva. Con

los momentos que duró la discusión, Oscar consiguió adaptar su vista al mundo que lo recibía. Vio sus manos atadas con una basta sogá de fibras vegetales y sus piernas arañadas por el camino, seña de que lo venían arrastrando como a cualquier fardo. Sintió algo de rencor por esa horda simiesca, pero recordó su misión y se concentró en ella. Sin embargo, al tratar de ponerse de pie, se repitieron los chillidos asustados y nuevamente se acercaron varios hombres con garrotes.

A pesar de su prisa, María Paula tuvo que acampar en un pequeño oasis. Era peligroso viajar sola por las noches del desierto, el gandha tenía que descansar y ella misma debía hacerlo aunque en su angustia pensara que no era necesario. Encendió una fogata con la yesca y renovó su provisión de agua. Luego, mientras el reptil roncaba como una bolsa de cornas, estudió a la luz de la flama los pergaminos. Fueron traídos de la lejána catarata del norte y estaban en su poder desde su primera infancia, pero nadie podía entender el laberinto de letras allí escrito. Gastó sus días de niñez descifrando el alfabeto agraeo y luego obligó a los astrónomos a que le explicaran el girar de los planetas y el errar de las estrellas. Llegó el día en que pudo entender la profecía: El enviado salvaría el alma abandonada. Entendió entonces la desazón que la había embargado toda su vida y cómo su verdadera esencia sería rescatada por el ser de los cielos. “Ha venido por mí”, se repitió de nuevo y concilió el deseo con la esperanza.

Los hombres lo golpearon hasta cansarse, pero esta vez Oscar no cayó inconsciente. Sólo murmuraba y gruñía como un puma acorralado mientras intentaba ponerse de pie. Las heridas le reventaban la carne y lo devolvían al suelo con fiereza. Moretones e hilos de sangre aparecían en su piel desnuda, pero aún perseveraba en su afán por levantarse. El líder de los mortales dijo que era una bestia indomable y dio orden de amarrarlo. Ataron sus brazos abiertos a dos ramas de un árbol y lo dejaron que colgara en dolorosa posición tras puños y latigazos. Entre forcejeos, Oscar se desmayó exhausto mientras su hombro izquierdo se dislocaba.

Cuando María Paula llegó al trigal ya sólo quedaban cenizas del impacto. El enviado había desaparecido. Huellas de hombres se dibujaban en desorden por todo el terreno. De pronto, la joven distinguió un leve trazo de sangre y pavesa sobre el prado. Entonces comprendió que los mortales habían atrapado al elegido mientras estaba mareado y confuso y lo habían arrastrado cruelmente hasta su aldea. Suplicó con dolor que en su ignorancia no le hubieran hecho daño. Montó de nuevo en su gandha y siguió el rastro por la espesura del bosque.

Al caer la noche, tras diversas burlas y golpes, una mujer trató de vejar al prisionero cortándole los largos cabellos, pero su cuchillo de pedernal no pudo con la espesa mata negra de la cabeza de Oscar y se abolló en el intento. En ese momento María Paula llegó a la aldea y descubrió con amargura lo hecho al elegido. Sangró en lágrimas por un momento antes de escuchar las voces amenazadoras de los hombres. Entonces se apeó, sacó de su alforja varios frascos preparados en sus clases de alquimia y los arrojó contra ellos. Destellos cegadores y explosiones de flamas nunca vistas por los mortales se sucedieron por doquier. Los habitantes de la aldea, aterrorizados por aquellos extraños poderes, huyeron en desorden mientras el gandha los perseguía en aullidos. María Paula se acercó a Oscar y comprobó con tristeza lo hecho con las palizas y humillaciones. Le habían quemado los ojos con un tizón encendido y lacerado el cuerpo a latigazos. Trató de hablarle en agraeo, pero el enviado apenas podía respirar con dificultad, incapaz de morir debido a su cualidad divina. La vidente dejó escapar el llanto y, tras unos minutos de silencio, besó largamente los labios de Oscar.

Seco el sereno, María Paula se levantó con mirada pálida y un peso frío sobre su rostro. Se alejó caminando de la aldea dejando atrás su cabalgadura y el cuerpo sin vida de Oscar. Anduvo toda la noche por el bosque sin parpadear, sin notar los surcos de lágrimas que bajaban por sus mejillas y su cuello. Al amanecer percibió el color del astro rey pero continuó su rumbo rectilíneo, implacable a pesar del bosque que ya empezaba a ceder para dar paso de nuevo

al desierto. No comió nada durante todo el día ni se refugió bajo árbol alguno cuando los rayos del sol quemaron su piel. Sintió el roce de sus sandalias contra la arena caliente y el viento áspero en los brazos, pero no aminoró su paso ni viró la cara.

Dos días caminó por el desierto sin que sus párpados se movieran ni su vista descansara. Al anochecer de la segunda jornada se enfrentaba descalza contra las rocas agudas y la arena en brasas. Sus hombros bullían rojos y su rostro llevaba las cicatrices del llanto. Y escuchó el sonido que había venido a buscar, un rugido terrible y sordo, como de animal legendario. Tras la última duna descubrió el mar y su omnipotencia dormida bajo la noche estrellada. La adivina dio varios pasos sobre la espuma de la playa y sintió las olas recibirla con una caricia familiar. Entonces, y sólo entonces, se permitió parpadear y abrió la boca en un suspiro heroico. El alma de Oscar despertó de sus labios y se unió de nuevo al infinito mientras María Paula creía verlo flotar entre destellos.

Luego, la joven cayó de rodillas y se permitió desahogar su amargura. No le importó la piel calcinada ni las heridas que ahora lavaba el mar, sino la soledad en su interior. Sólo en ese momento entendió la profecía por completo. El enviado salvaría el alma abandonada. Pero la enviada era ella, la elegida para salvar el alma del dios caído y apartarlo de su sufrimiento entre los mortales. Mientras las olas abrazaban sus muslos, María Paula calmó su desazón pensando que ahora él la cuidaría desde la eternidad donde pronto se reunirían de nuevo y ya no habría necesidad de rescatar a nadie del mundo de los hombres.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

A la muerte de lord Matthew se descubrieron varios textos que, teniendo como coyuntura el terrible suicidio del escritor, se convirtieron en éxitos de ventas. Sin embargo, estos cuentos póstumos dan una idea diferente del cronista Islandés. Lo revelan como un ser ajeno a su realidad y alienado por su abismo interno. El cuento que se presenta a continuación es buen ejemplo de ello. Pasa de la inocencia de las lecturas de la temprana infancia a la profunda oscuridad que lo llevó a su deceso. Ya convertido en icono, sus admiradores aseguran que no murió, sino que hizo metamorfosis y desarrolló alas multicolores que lo llevaron a los prados del parnaso donde se reencontraría con su musa.

LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 4597
DEL NIÑO Y LA MARIPOSA. DE LAS AVENTURAS EN LOS
JARDINES Y DE LA METAMORFOSIS MÁGICA

Ésta no es una historia como las que has leído. No, en este cuento no habrá dragones ni hechiceros; tampoco sirenas o centauros. Ésta es una historia sencilla, sobre un niño sencillo. Aunque debo reconocer que no era un niño tan sencillo sino un niño con una gran imaginación. Claro, ya sé qué estás pensando: que todos los niños tienen una gran imaginación. Eso es cierto, pero no se aplica al niño del que vamos a hablar, porque él verdaderamente tenía una graaaan imaginación. Si pensáramos que ésta es como el agua, que brota y fluye por las mentes de las personas, podríamos decir que los adultos corrientes tienen pequeños arroyuelos; otros, que aún atesoran su niñez, tienen ríos titilantes y caudalosos; los niños, como creen en su propio mundo de fantasía, navegarían por ríos insondables, del tamaño del Nilo o el Amazonas. Pero nuestro niño especial tendría un océano ilimitado para él sólo.

Y era por esa imaginación tan poderosa que el niño podía crear mundos con sólo pensarlo. Entonces hacía realidad sus espejismos de dragones, sirenas y caballeros heroicos, pero dijimos que esta historia no hablaría de eso, sino de algo mucho más sencillo: algo que ocurrió en el jardín de... Oh, qué mal narrador soy, aún no he dicho su nombre. El niño del que hablo se llamaba Oscar.

El jardín de la casa de Oscar no era diferente al de ninguna casa, pero a él se le antojaba una enorme selva inexplorada, con plantas carnívoras, arenas movedizas y boababs que podrían hacer estallar el planeta. También había toda suerte de animales salvajes: palomas de rapiña, gatos antropófagos, tiburones de pradera, caracoles leotinados y muchas especies más que aún están por clasificar en los libros de zoología. Cierta tarde, tras un combate a muerte con una ortiga diabólica, Oscar escuchó una vocecita que le hablaba.

—Niño, ¿a qué juegas?

Quién así le hablaba era una mariposa, la más bonita que había visto en su vida. Aunque una vida de seis años puede no parecer muy larga, pero si te fijas bien es toda una vida; *a lifetime*, como dicen los ingleses con sus tazas de té. Oscar, que era muy serio cuando de diversión se trataba, le contestó que no estaba jugando sino tratando de escapar con vida del ataque de la ortiga maléfica. Ahora bien, a pesar de ser tan lindas las mariposas suelen tener algo de hurañas, quizá porque su *lifetime* es muy corto si se les compara con el de un humano o el de un boabab, y no les gusta perder el tiempo jugando a las ortigas o cualquier otra planta malvada. Sin embargo, esta mariposa era especial y por eso ayudó a Oscar a escapar de la emboscada. Luego, entre los dos vencieron a una rana flamígera y cabalgaron en cierta nube con forma de flecha. Al terminar la aventura, Oscar agradeció al insecto y le preguntó su nombre.

—A que no lo adivinas. —Retó la mariposa aleteando altanera.

Oscar cerró el entrecejo como hacían los profesores de la televisión y dijo un nombre científico.

—¡Bichus Estralafarius!

—No.

Pensó en las realezas etnológicas (en realidad quería decir entomológicas, pero era muy pequeño) y exclamó mezclando varios idiomas:

—Yer Regna de Mantequila III.

—¡Uy, no!

—¿Campanilla de Cobre?

—¡Eso te lo robaste de un libro!

Oscar se rio. Por primera vez uno de sus amigos era tan inteligente como él. Entonces decidió tomar el juego en serio y miró en lo profundo de los ojos de la mariposa. Al principio parecían verdes, como las hojas de los árboles en los que construía casas de papel. Pero tenía vetas de amarillo que le recordaban la alegría de los amaneceres cuando no tenía que ir al colegio. Sin embargo, un tizne azul que se acentuaba con la tristeza se adivinaba al fondo de esas pupilas mágicas. Entonces adivinó el nombre. O tal vez siempre lo supo y la mirada de la mariposa se lo recordó.

—Mari...Posa. María Paula. —Dijo con suavidad mientras las alas prismáticas revoloteaban a su alrededor.

Desde ese día fueron los mejores amigos y tuvieron las aventuras más increíbles; tanto, que si te las contara no las creerías. Pero te puedo mencionar algunas. El descubrimiento de la laguna rosada, la conquista del monte de las hojas otoñales, el inverosímil rescate de la familia codorniz de las fauces del dragón metálico (aunque se dijo que no se hablaría de dragones), y la más impactante de todas, la visita del juguete del futuro que venía a pronosticar el fin de la civilización a no ser que cumplieran a cabalidad una misión muy peligrosa. Debemos suponer que lo consiguieron, pues la civilización aún existe.

Durante estas peripecias se conocieron muy bien. Oscar siempre quería ser el héroe, lo que le disgustaba un poco a María

Paula, especialmente cuando él quería cuidarla como a una niña pequeña, porque ya era una mariposa muy grande e independiente. En cambio, tuvo que rescatarlo varias veces con un valor que superaba de lejos su tamaño de insecto. En una de esas ocasiones, le contó que una vez había sido oruga y que había estado muy triste, con un dolor en el pecho donde los humanos suelen tener el alma, y que pensó que había muerto; pero renació convertida en la mariposa más bella del jardín. Oscar le dijo que ella tenía más alma que cualquiera de los seres humanos, pero se le hizo muy rara la historia de la oruga, por lo que fue a verificarla en un libro de biología.

Estos fueron los días más felices de ambos. Pero, como todo lo que está limitado a un jardín, pronto la mariposa sufrió los cambios de estación. María Paula empezó a sentirse débil y a perder su deseo de jugar. Oscar trataba de animarla con nuevas aventuras y con cuentos sobre pergaminos a la deriva en los que ellos eran los protagonistas, pero ya nada podía contentarla. El niño consultó de nuevo su libro de biología y descubrió lo que escribí hace unas líneas, que la vida de las mariposas es muy corta. Entonces se puso a llorar y corrió donde María Paula porque no quería que la tristeza se la llevara. Le cantó con su voz infantil, le hizo dibujos a colores sobre los mundos que les faltaban por conquistar, le narró una y otra vez historias maravillosas de las que le traía pequeños recuerdos como perlas de chocolate, plumas de dragón y versos en japonés. Nada funcionó. María Paula sentía que le dolía el mismo sitio donde debía ir el alma y Oscar quiso darle la suya, pero sintió que sin la voz de esas alas no podía tener alma él mismo. Finalmente, en el momento más oscuro del jardín. La bella mariposa murió.

La congoja inundó entonces todos los jardines conocidos. Las plantas durmieron en duelo y los pájaros cesaron su canto. Todos los animales fantásticos se retiraron llorosos a sus cuevas y lagos. Las nubes escondieron el sol y la luna y se tornaron grises como el llanto mismo. Oscar lloró por varios minutos y luego tomó con delicadeza el cuerpecillo de la mariposa. Con sumo cuidado, para

no estropear su fragilidad, la llevó a su cuarto, la recostó en la almohada, y se acostó a su lado para que el sueño le quitara el dolor y para no tener que despertar nunca en un mundo sin ella. Antes de darse cuenta, se quedó dormido.

¿Y qué soñó Oscar en su dolor? No lo sabremos nunca, pues él no despertó tampoco. Al principio, aún sollozaba en la vigilia, pero luego supo que estaba dormido y que tenía una pesadilla: estaba en un mundo extraño, sin sirenas ni centauros, en el que la gente se engañaba en sus vidas monótonas y sedentarias. En ese momento despertó, pero sólo parcialmente, pues parte de sí aún soñaba. Vio en la almohada el cuerpo de la mariposa que empezaba a brillar en el pecho, donde los humanos suelen tener el alma. Recordó el libro de biología y cómo la oruga se convertía en mariposa. Entonces sólo tuvo que invocar su propia imaginación. Vio el cuerpecillo de María Paula aumentar su fulgor como sólo pueden hacerlo las estrellas o los inmortales. Al mismo tiempo, María Paula también despertaba y se transformaba en un hada y su magia rodeaba a Oscar cantándole que él tampoco pertenecía a esta tierra. Que ambos debían renacer para un mundo más allá de los sentidos.

Entonces desapareció la tristeza de ambos. Tanto María Paula como Oscar volvieron a ser los seres luminosos que habían olvidado y abandonaron por siempre ese texto malogrado en el que convivían con los mortales. Entre el jolgorio del jardín, remontaron el cielo cantando una canción única mientras volaban jubilosos como estrellas fugaces.

Y un sonido rasgó la fábula. Oscar arrancó la hoja donde pretendía escribirle a su Princesa y la rompió entre desesperos. Tras tantos años aún no podía despertar el alma de María Paula y ya su propia muerte lo alcanzaba. Otra vida perdida, otro cuento huérfano, otro grito en el vacío. Oscar recostó la cabeza entre gemidos y, mientras se extinguía para siempre, imaginó que alguien escribía la extraordinaria historia de la Princesa y del cantor que la enamoraba.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

Con la llegada de los teules se extinguieron para siempre las culturas aborígenes de la antigua Orinoquía. La crueldad y ambición de los invasores acabó con las vidas de los nativos, con el río y el lago y con las montañas mismas. Los espíritus de la naturaleza, justicieros y vengativos, erradicaron a los teules con plagas terribles mientras auguraban a sus hijos tiempos de prados verdes. Tras la hecatombe, a la que no sobrevivió ninguna de las razas, sólo quedaron las leyendas escritas en piedra o en pieles de cordero y leopardo. Sólo milenios después, al regreso de Patascoy se leerán de nuevo y la voz del profeta resucitará los mitos y los hechos históricos.

**LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 6748
DE LA LEYENDA DEL LAGO GUAMUEZ. DE CÓMO SE ENCON-
TRARON LA HIJA DE LA MONTAÑA Y EL HIJO DEL RÍO Y DE
SU FUGAZ FELICIDAD**

La canoa comulgaba con las olas. Era una mañana espléndida en el lago Guamuez, regalada por los dioses como obsequio de bodas para la joven cuyo rostro cortaba la niebla sobre la corriente. Naetoa, séptima hija del cacique Uzmán, vestida con trajes de lana de vicuña, con el largo cabello atado por una cinta de fibra de maguey y plumas de colibrí, encabezaba en la proa de su canoa nupcial la flotilla de parientes y amigos que la acompañaban al ansiado día.

En el centro de las aguas se levantaba majestuosa la isla de la Corota, el corazón del lago. En ella, rodeado de las maravillosas plantas que sólo allí crecían, esperaba impaciente Ceotán, el primer nieto del Chamán del Sur. Llevaba una diadema de oro que contrastaba con su piel cobriza y con la túnica teñida con tinto, típica de los grandes acontecimientos. El muchacho, respirando nervioso, aguardaba a su prometida mientras sus sandalias dibujaban una y otra vez un círculo en el musgo.

Naetoa fue la primera en pisar tierra. El cacique bajó pronto y la tomó de la mano. Luego, sus hermanas menores y amigas limpiaron de hojarasca el sendero que debía recorrer en busca de su amado. Atrás suyo, llevando varias cestas con presentes,

cantaban los casados de la familia con tambores y quenas típicas. Los mirlos, habituales colonos de la isla, acompañaron la cohorte durante todo el camino. Cuando Ceotán escuchó el murmullo de la música a través de la arboleda tomó una gran bocanada de aire y trató de controlar sus nervios. Sintió entonces una mano firme pero suave en su hombro. Su abuelo, el Chamán del Sur, le sonreía con la sabiduría de los ancianos.

La ceremonia fue sencilla y bonita. Naetoa llegó al claro de la isla precedida por la música de su familia. Ceotán la recibió en un respetuoso silencio mientras sus parientes aguardaban unos metros atrás. Luego, las mismas jovencitas que habían limpiado las hojas del camino empezaron a bailar con la sutil cadencia de los pueblos de las montañas, agachando las cabezas y meneándose con el movimiento de las olas del lago. Los tambores seguían el palpar del corazón de Ceotán, que vio cómo su prometida se unía al círculo de bailarinas que se formaba a su alrededor. Entonces, él mismo siguió con sus pies torpes la danza ceremonial. Las quenas imitaban el sonido de la selva y el cacique y el chamán se miraban con complacencia. De pronto, Ceotán introdujo la mano en su pecho y extrajo un pequeño tubo trenzado de paja con símbolos mágicos. Se acercó a una niña que bailaba con las muñecas adornadas con semillas, pero ella se hizo para atrás. Intentó hacer lo mismo con otra de las bailarinas, quien lo esquivó de la misma manera. Una por una, las muchachas se escabullían cuando, agachado como todos los que caminan contra el viento, Ceotán las abordaba con su misterioso artilugio. Por fin, sólo quedó Naetoa, quien dejó que su prometido se le acercara, bailó con él al compás de las cañas, tomó el artilugio y lo guardó en su seno dorado. En ese momento, la música se detuvo.

El Chamán del Sur entró en el claro. Tras él, los parientes de Ceotán dejaron en el suelo canastas llenas de oro, plata y esmeraldas excavadas de lo profundo de las montañas. Todo el conjunto tenía tres veces el peso de Naetoa, era la dote tradicional de la tribu. A su vez, a una seña del cacique Uzmán la familia de Naetoa presentó

cestas con flores, símbolo de pureza; y maíz, símbolo de fecundidad. Los novios se tomaron de la mano mientras el Chamán del Sur enarbolaba una larga vara adornada con plumas de guacamaya y semillas de motilón. Murmuró antiguas plegarias a Pachamama y Patascoy y quemó algunas hierbas mientras agitaba su bordón entre augurios. Tras esto, presentó dos cuencos a los enamorados. Naetoa tomó uno con ungüento negro extraído del árbol de anturio, se untó el dedo pulgar de la mano izquierda y trazó una línea sobre la frente de Ceotán. Él hizo lo mismo con la crema blanca de corteza de arrayán del otro cuenco. El canto de la quena y de los tambores retumbó de nuevo mientras los enamorados empezaban su danza ritual. Naetoa usó entonces el tubo de juncos tejidos, lo presentó a Ceotán y éste metió su dedo índice en él, quedando atrapado. La feliz india, sin dejar de bailar, salió del claro y haló a su amado hasta lo profundo de la selva, donde pasarían su primera noche entre serenatas milenarias y nidos de turpiales.

Rato después, los parientes compartían las viandas tradicionales en un opíparo festejo alrededor de la fogata. El cacique Uzmán, dichoso por su hija, pasaba lozas con chicha y tostadas de maíz chulpe. Los primos de Naetoa habían cantado por horas y merecían un descanso. Entonces, una de las pequeñas que ayudó a limpiar la hojarasca se acercó al Chamán del Sur.

—¿Por qué la gente se casa aquí, tan lejos de las aldeas?

El viejo chamán sonrió. Pasó una mano arrugada sobre los cabellos de la niña y despejó algunas hojas que yacían enredadas en ellos.

—Es la tradición. —Contestó con la voz del que ha vivido más años de los necesarios.

—¿Por qué?

El viejo amplió su sonrisa. Recordó los lejanos años de su niñez, cuando su padre le narraba las historias de sus ancestros. Quizá vio en la niña la chispa necesaria para perpetuar las tradiciones, o quizá simplemente quiso divertirse como todos los que cel-

abraban la suerte de los enamorados. En todo caso, se sentó con las piernas cruzadas, como solía hacerlo para conversar con la Pachamama, y entonó un grave murmullo que se extendió justo el tiempo necesario para que la concurrencia callara y se acomodara a su alrededor.

“Todo empezó tras el despertar del mundo, cuando las cordilleras eran jóvenes y Patascoy acababa de desvanecerse entre ellas. Del seno de Pachamama, la que con su amor regala vida, nació la criatura más bella del bosque, la hija de la montaña. Las aves le ofrendaron con su canto la lana para sus cabellos, los árboles le ofrecieron sus suaves cortezas para acariciar su piel, las joyas le regalaron su don en la mirada, y el mismo sol resplandeció en su rostro para que alumbrara al bosque en las noches sin luna. La niña se llamó María Paula y fue criada por las criaturas silvestres, quienes le enseñaron la tierra donde el verde es de todos los colores. María Paula creció gozosa entre el perfume omnipresente.

En otro lado, muy, muy lejos, donde no llegaba el abrazo de la cordillera y sólo se extendía el llano rojizo, existía el Orinoco, el río más grande de la tierra. Era tan enorme que desde una orilla no se alcanzaba a ver la otra. Y vivían en él tantos seres que podía competir con la misma selva que crecía en su ribera. El sol se bañaba en él y dibujaba en el cielo atardeceres de color rubí y amatista. La brisa era cálida y agradecida, y en las noches el reflejo de la luna jugaba con las olas. De ese río lleno de magia nació un joven gallardo y valiente, con el cabello oscuro como la noche, la voz cálida como los arboles y la piel del color de los llanos aventureros. Su nombre era Oscar.

Durante muchos años, María Paula y Oscar vivieron con la naturaleza. Ella cobijada por las montañas y él desnudo por el río. Cada uno ignoraba la existencia del otro. Y nada habría sucedido de no haber sido por el viento que bajó de las cumbres. Helado y cruel, descendió por las laderas hasta el caluroso llano donde dulcificó su carácter. Entonces, entre sus briznas, dejó escapar las historias que traía desde tan lejos. Habló del país de las cordilleras,

del gran volcán nevado y de la hermosa señorita que jugueteaba entre las plantas del páramo. La voz corrió entre las serpientes y los jaguares y llegó hasta el río, donde Oscar escuchó los rumores. Sintió curiosidad por las montañas y no entendió el concepto del frío. Pero lo que más le atrajo fue la descripción de María Paula.

Por mucho tiempo, Oscar se resignó a imaginarla. Casi podía verla columpiándose entre los enormes árboles o nombrando el mundo desde la cima del nevado. A veces olvidaba nadar en el río y los caimanes y delfines se entristecían. Solía mirar los atardeceres sin parpadear tratando de encontrar la piel de la muchacha en los arboles de fuego. Por fin, hechizado por el recuerdo que no tenía, decidió dejar su río sagrado para contemplar, al menos por una vez, a la maravillosa criatura. Ató con una cinta su melena negra y, sin despedirse de nadie, partió en su búsqueda.

Oscar caminó durante muchos años. Atravesó colinas menores, valles reverdecidos y lagunas tímidas, pero no encontraba las majestuosas montañas de las que había oído hablar. Por fin, tras mucho errar, se enfrentó a la imponente cordillera que guardaba en sus entrañas a María Paula. Con las manos desnudas escaló terribles riscos, soportando el helaje con su piel dorada. Varias veces sintió que le faltaban fuerzas y que quería volver a su río, a nadar con los peces y a jugar al escondite con los jaguares. Pero la imagen de la criatura orgullo de la creación era más fuerte que él mismo y lo impulsaba a seguir adelante. Así, continuó a pesar del frío y el cansancio. Y un día, al llegar a la cima de un monte inexpugnable, la vio.

María Paula dormía sobre un lecho de musgo. Varios animales del bosque se habían juntado a su alrededor para brindarle calor y con los ronquidos de todos se generaba una melodía que arrullaba a la naturaleza misma. La hierba le nacía en el cabello y el rocío susurraba en sus labios. Oscar se quedó mirándola en silencio por mucho, mucho rato, asombrado de la inconmensurable belleza de la muchacha. Entonces su río ancestral le pareció pequeño y los atardeceres irrepetibles se le antojaron pálidos. Oscar contempló su dormir durante varios días, inmune al frío por la felicidad que le

producía la imagen de María Paula. Y, de pronto, en un momento en que las nubes permitieron asomarse al sol, un rayo de luz acarició el rostro y ella despertó.

Lo que sucedió a continuación es difícil de describir. La hija de la montaña bostezó y se desperezó en un ademán que llenó de flores el lecho de musgo. Los animalitos que cubrían su cuerpo regresaron lentamente a sus árboles y cuevas mientras ella se restregaba los ojos con el rocío. Y cuando levantó su faz se encontró con la sorpresa de Oscar. María Paula lo miró en silencio y conoció de inmediato todas las leyendas que se narrarían de generación en generación sobre cierto río milenario y el joven que brotó de sus aguas. El silencio bajo las miradas se prolongó por tanto tiempo que las flores que brotaron con el despertar de María Paula alimentaron a los colibríes, arrojaron sus semillas al viento y se marchitaron entre el húmedo. Durante esas vidas, ambos comprendieron sus voluntades, sus destinos, y decidieron escapar juntos de la cordillera.

Entretanto, el río majestuoso había notado la ausencia de Oscar. Ferozmente, preguntó a los delfines, a las pirañas, a las serpientes, a los jaguares, a las guacamayas y a todos los seres que habitaban la selva y el llano por el paradero del joven. Éstos le confesaron que el hijo de las aguas había partido en busca de la hija de la montaña. El río entró en cólera y decidió vengarse. De la misma manera, las montañas percibieron que María Paula pretendía abandonarlas. La vieron huir con un extraño y, enceguecidas por los celos, la cercaron. En un terremoto como nunca se había sentido desde el alumbramiento de Pachamama, las cumbres se movieron alrededor de los jóvenes y los encerraron entre riscos afilados y picos inalcanzables.

María Paula miraba asustada la venganza de las montañas cuando sintió que Oscar le apretaba la mano embebido por un temor aún mayor. Entre los ecos del sismo, escucharon un rumor siniestro, un murmullo que crecía a cada momento y que auguraba una desgracia. Desde un cañón entre la cordillera, el Orinoco se desguazaba celoso e implacable. Él mismo parecía una montaña

de agua turbia por la furia y el volumen de su caudal. María Paula y Oscar se abrazaron con fuerza y sintieron el peso del río sobre sus espaldas mientras los montes cerraban el cañón para que no pudieran escapar.

De esta manera, de los celos del lejano Orinoco y las poderosas montañas fue como se creó el lago Guamuez”

El Chamán del Sur apoyó su vara en el suelo como seña de que había terminado su narración. Varios murmullos respetuosos surgieron entre los asistentes, pero una vocecilla no se resignó a su curiosidad.

—Pero, si así se creó el lago, ¿cómo apareció la isla?

Aunque la mayoría de los presentes consideró una falta de respeto la pregunta de la chiquilla, el viejo chamán sonrió de nuevo y reconoció en su tozudez la centella que llevaría leyendas a sus descendientes.

—La isla se formó de la siguiente manera. A pesar del poder del río y la montaña, no pudieron ahogar el abrazo de Oscar y María Paula. El amor de ellos fue más fuerte que la corriente del agua y el helaje de la cordillera, y fue tan firme que con el pasar de los siglos sobresalió de las olas y se convirtió en la isla en la que estamos ahora.

—Ya veo. —Contestó ella. —Y es por eso que las tribus vienen hasta aquí para casarse, ¿cierto?

El chamán asintió y, ante la sorpresa de la familia del cacique Uzmán, tomó un poco del ungüento de arrayán y trazó una línea roja en la frente de la niña.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

En fe del buen acogimiento y honra que se hace a toda suerte de libros de buenas artes, mayormente las que por su nobleza no se abaten al servicio y granjerías del vulgo, salió a la luz una historia que, aunque desnuda de aquel precioso ornamento de elegancia y erudición de que suelen andar vestidas las obras que se componen en las casas de los hombres que saben, ose parecer seguramente en el juicio de algunos, que no contentándose en los límites de su ignorancia, suelen condenar con más rigor y menos justicia los trabajos ajenos; que poniendo los ojos la prudencia de vuestra merced, desocupado lector, en buen deseo, se fia que no desdenará la cortedad de tan humilde servicio.

**LECTURA DE BITÁCORA DÍA: 1605
DEL INGENIOSO CAMINANTE. DE SUS SINGULARES AVEN-
TURAS Y DEL MENSAJE QUE LLEVÓ AL QUE SE LE REPRESENTÓ COMO CASTILLO**

Érase que se era, el bien que viniere para todos sea, y el mal para quien lo fuere a buscar. Adviertan vuestras mercedes que la historia que aquí se narra describe las desventuras acaecidas no ha mucho tiempo a un pobre mancebo de esos a quienes el nefando Apolo ha dado en llamar poetas. Dítese de este mozo que no llegaba a los treinta y que tenía el nombre de Oscar, si sobre las palabras propiedad hubiese. Es de saber que este sobredicho joven los ratos que estaba ocioso se daba a leer libros con tanta afición y gusto, que olvidó casi de todo punto los demás ejercicios; y llegó a tanto su curiosidad y desatino en esto que dejó de adquirir cosas muy necesarias para comprar libros que leer, y así llevó a su casa todos cuantos pudo haber dellos. De libro en libro y de tilde en tilde, con tanto requiebro de personajes fementidos perdía el pobre caballero el juicio y se enfrascó tanto en su lectura que se le pasaban las noches leyendo de claro en claro, y los días de turbio en turbio; y así del poco dormir y del mucho leer se le enredó el cerebro de manera que vino a perder el juicio. Llenósele la fantasía de todo aquello que leía en los libros, así de superhéroes como de batallas, requiebros, amores, castillos, tormentas, paraísos perdidos y disparates imposibles. En efecto, rematado ya su juicio, vino

a dar en el más extraño pensamiento que jamás dio loco en el mundo, y fue que le pareció conveniente y necesario, así para el aumento de su honra como para el servicio de su cariño, llevar noticia de este universo imaginario a la señora de sus pensamientos, de lo que se cree que en un lugar cerca del suyo había una moza estudiante de muy buen parecer llamada María Paula a la que él coronó con el título de Princesa y tomola por la dama más hermosa sobre la faz de la tierra. Y así, sin dar parte a persona alguna de su intención y sin que nadie le viese, salió a la calle con grandísimo contento y alborozo de ver con cuánta facilidad había dado principio a su buen deseo. Y no fue bien que salió cuando el ruido de carruajes y el bullicio de aldeanos alteraron aún más su imaginación, que supuso que todo este atronador desorden era música de violines y trombas que saludaban la empresa que tan dignamente prestose a acometer. Creyó en su locura escuchar tubas, pianos y clarinetes entre tambores tronantes y guitarras eléctricas, curiosa sinfonía que creía dedicada a la hermosura de su doncella que debía esperarle en la torre de su castillo, enclaustrada por algún hechizo maligno que la privase del caudal de aventuras que su mundo de fantasía encerrase. Desta manera nuestro caballero, que cuídenos el cielo del deshonor de rebajar su gallardía, puso pie bajo las vistas sospechosas de los viandantes, quienes al observar la alegría en su mirada descubrían al punto el poco seso que le embargaba. Y habiendo andado como dos cuadras descubrió un grande tropel de gente que, como después se supo, eran parroquianos de a pie. Apenas los divisó nuestro héroe cuando se imaginó ser cosa de nueva aventura y parecióle ejército enemigo enquistado en el paso al castillo de la hermosa doncella. Pensose entonces para sus adentros: “Todo el mundo se tenga si no entendiere que no hay en la tierra princesa más bella que la sin par María Paula” Y en su fantasía, que todo

lo trastocaba para dar gusto al corazón desventurado, viose luchar contra los parroquianos en formas de gigantes, caballeros oscuros y genios en antifaz. Tras cruenta batalla, venció henchido de gloria y mal ferido el supuesto guerrero y, mientras esperaba el impaciente cambio del semáforo, clamó unos versos que había visto en varios de los libros que su locura acrecentaron: “Dónde estás, señora mía, que no te duele mi mal...” Y al pronunciar desta manera frases tan extrañas paráronse los viandantes al son de tales razones y luego echaron de ver la locura de su dueño. Pero ninguna de estas observaciones viró el rumbo del caminante que, cambiada la luz que otorgaba la vía, emprendió de nuevo su ruta a pesar de las heridas imaginarias que llevaba en el corazón. En esto comenzó a llover un poco y la mente de Oscar, que un punto más allá del límite impuesto por la cordura ya pacía, figurole un vendaval saturnino elevado por el hermano del rey del mar contra su bajel desafortunado. De qué recóndita esquina de su cabeza sacó el bergantín sólo el que escriba su historia con más tino podrá tener noticia. Lo cierto es que se le antojó la lluvia, tormenta; la calle, océano turbado; sus pasos, fragata y su camino, misión titánica que sólo él podría llevar a buen término para obtener una sonrisa de su hermosa princesa. Que era éste y no ningún otro el motivo por el que se ligase a estas desventuras. Imaginó entonces, en su mente afiebrada, a su doncella de pie en lo más alto de la torre de su castillo, a puertas de un acantilado tenebroso, dominando las olas encabritadas con pases de magia, con voces hechizadas y su mirada que a los diablos dominase si su bien hubiese. En el centro de su locura, Oscar percibiola y, arriesgando su vida que sin los ojos de su dama ningún valor tendría, cruzó la calle a despecho de un autobús malhadado. Cesó entonces la llovizna, que tal era, y creyó el enajenado que el poderío de su dama era capaz de sosegar aún la cólera del divino Atlán.

Con una nueva sonrisa en el pecho, que a estos fechos mojado de pluvia iba pero antojábase sangre de batallas previas, decidió Oscar cantar versos moriscos que a su doncella gusto otorgasen. Y más tardó el preludio de cantor en entonar las primeras notas de su sinfonía destemplada que los aldeanos en buscar la discordura que le llevaba a aquel canto. Pero el rapsoda, lejos de importunarse con el asombro de aquellos a quienes consideraba prisioneros del averno, levantó su voz mirando el punto instintivo donde la fermosa y jamás bien ponderada dama lo escuchaba con oídos atentos y cabellos radiantes. Para ella era esa canción desesperada que bien podía venir de un pastor o de un rey, que en esto sobrepasó nuestro héroe al desventurado Caballero de la Triste Figura, pues éste nunca pudo reunir el talento o el valor para cantar un arrullo a su Dulcinea. Y de tanto canto, tanta aventura fantasiosa y tanto ciudadano corrido con su andar ligero y su risa intermitente, cumpliose por fin el periplo del caballero y llegó al edificio de la joven, y como a nuestro aventurero todo cuanto pensaba y veía le parecía ser hecho y pasar al modo de lo que había leído, luego que vio el edificio se le representó que era un castillo con sus cuatro torres y chapiteles de luciente plata, sin faltarle su puente levadiza y honda cava, con todos aquellos adherentes que palacios dignos a princesas profesan, y en siendo su doncella la más digna de todas las mujeres que jamás pisasen la tierra y ninguna en el mundo más merecedora del título de princesa, lógico era entender su casa como el más fastuoso de los castillos. Acercose Oscar a la portería, que se le figuró tienda de campaña de heraldos, y con voz arrogante exclamó: “No fuyan, menesterosos gentiles, ni teman desaguisado alguno, ca a la orden que profeso non toca ni atañe facerle a ninguno, menos a inocentes que de nuestro brazo necesitan para desfacer entuertos. Bien parece vuestra medida podéis entregar aqueste mensaje a la más fermosa de las damas, que de bien quedará de vosotros pues mío non es de al que de serviros” Dicho, o tal vez soñado este dislocado discurso, que en la historia deste personaje nunca se entiende el límite entre la ficción y la realidad, pasó por entre los vidrios del ventanal un papel impreso que él tomaba por el pergamino sagrado que des-

facería el hechizo sobre su princesa encantada y que la despertaría de nuevo al mundo de fantasía y aventura que tanto añoraba y de que fue dueña en tiempos pasados. Quiso entonces regodearse con la sonrisa de su señora, merecida tras la aventura, tras los peligrosos lances y arriesgadas trazas; pero pensó que no era suficiente su presencia, que los méritos logrados en el errante viaje no satisfarían a su dueña y, lleno de nostalgia, emprendió el camino de regreso con un lastimoso canto en el que narraba la desventura de un caminante anónimo.

Siendo muy entrada ya la noche, María Paula regresó del trabajo a su apartamento. Cientos de asuntos cotidianos le distraían de su divinidad y ya parecía perderse en ellos. Descendió del taxi, cruzó las rejas de la puerta y escuchó su nombre en uno de los guardas, quien le extendió una hoja con erráticas letras de molde electrónico. María Paula miró por unos momentos el papel, sonrió y, mientras caminaba con zapatillas de cristal al alféizar más alto de su castillo, descifró el mensaje en el pergamino sagrado y escuchó el canto lejano del caballero que deshacía el hechizo y la despertaba al nuevo cosmos en el que no se cansaría nunca su alma de Princesa.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

TRES HISTORIAS QUE JAMÁS DEBIERON ESCRIBIRSE

INTRO

Tras la muerte de Oscar Perdomo Gamboa se presentó la obvia e inocente búsqueda de sus letras agónicas. Los pocos amigos que le quedaban, especialmente los del ámbito literario, hurgaron en sus papeles y discos duros algunos cuentos y poemas que pudieran perpetuar la débil memoria del Último Romántico, como lo llamaron no sin sentido del humor. Entre estos documentos electrónicos apareció un libro legendario, la colección de cuentos que había escrito a su no menos mítica Princesa. Se trataba de una joven llamada María Paula de la que estuvo enamorado. Oscar vio en ella cosas inconmensurables, como todo lo que abordaban sus ojos, y quiso ser su sed, su clamor, su piel. Y como siempre, terminó en recuerdo.

El libro, del que habló en decenas de cervezas ante la incredulidad de sus cofrades, estaba dividido en tres partes y, aparentemente, fue escrito durante un lapso de tres años. Las dos primeras fueron entregadas a su musa con, según vinos confidenciales, beneplácito y sonrisas. Sin embargo, la tercera parte jamás existió, ni siquiera para la Princesa misma, pues el

abismo infranqueable de la maldición los había separado para siempre. Tal vez no sea éste el mejor momento para anotarlo, pero es seguro que fue esa separación la que aceleró la agonía de Oscar, pues no valía la pena tener vida sin Princesa que escuchase su canto.

Volvamos al libro, cuyo título original era *Los exiliados del Olimpo* pero fue reemplazado por *Ella, mi sueño y el mar* como evidente metáfora de la eternidad. Se ha mantenido éste último por compromiso con la decisión del autor. La colección en su totalidad tiene un claro orden temático. Los once primeros cuentos corresponden a una saga llamada *Días del pasado presente*, homenaje a los *Moody Blues* y al cómic de los X-Men que repite el halago. En estas fábulas, los personajes se buscan en diferentes situaciones espaciales y temporales, en distintas vidas y encarnaciones. La última de esas narraciones está “fecha” en la época en la que Oscar y María Paula realmente vivían y compartían copas de vino. En este cuento, Oscar roba a María Paula a un mundo maravilloso y de esta manera traza un puente para la segunda parte del libro, titulada inicialmente *Crónicas de Los reinos fantásticos*, rúbrica infantil y folletinesca aunque efectiva, que pronto viró a *Pergaminos a la deriva*. Durante estos nuevos nueve cuentos¹ vemos desfilar diferentes mundos imaginarios dignos de la capacidad creativa de Perdomo Gamboa y la inspiración de su Princesa. La última narración, con su claro homenaje a Cervantes, pretende regresar a la “realidad” jugando con la dualidad imaginativa para conectar con la última saga. Los cuentos de la tercera parte jamás fueron escritos, pero no por ello dejaron de danzar incesantemente en la cabeza de Oscar.

La tercera parte, a la que le ha sido asignado el título *Historias que jamás debieron escribirse*, es una paradoja en sí misma. Como estas historias no debieron escribirse, no se escribieron;

¹ Corre el rumor de un décimo cuento del que sólo María Paula tendría copia, pero ha sido imposible verificar su existencia.

no existen. Pero Perdomo Gamboa, siempre esperanzado en hacer feliz a su Princesa, las imaginó hasta el fin de sus atormentados días. Se trataba de una relación de diversos hechos reales, los que ambos realizaron o realizarían en esta vida y en este mundo. No hay en ellos elfos ni personajes históricos, sino hechos factibles a sus cuerpos mortales. Eran, obviamente, los deseos de Oscar para la sonrisa de María Paula. Aparentemente, nunca se concretaron y nunca se escribieron. Mas no por ello dejó de existir la añoranza que llevó al autor, en sus ciegos caminares, a tomar ciertas notas que permitieron la recopilación aquí presentada. Estas postreras temáticas variaban desde simples (y cursis) anécdotas referentes a una canción o un regalo, hasta complejas tramas en las que recorrían continentes coordinando eventos artísticos y futboleros². Con el ánimo de completar el libro, al menos en su forma, se ha redactado una corta sinopsis de algunos cuentos, tratando de intuir anécdotas y desenlaces, pues la construcción del mismo sería tarea imposible y traicionera para aquel autor que ya demasiadas heridas llevaba encima. Es preciso anotar que el interés en redactar esos resúmenes se da sólo en aras de entender la totalidad de un libro producto de la extinguida fuerza del amor. No se pretende imitar la pluma de Perdomo Gamboa o proponer la publicación de los textos que a fin de cuentas pertenecen sólo a ella³.

Perdonará, entonces, el lector la pobreza de estas últimas páginas comparada con la profusión de detalles e imágenes de sus predecesoras. Esto jamás debió ver la tinta, ni siquiera para

² Un cuento complicadísimo en el que ambos iban a un mundial de fútbol al mismo tiempo que a una feria del libro llegó a tener hasta treinta y cinco hojas desordenadas de notas, fechas y frases inconexas, algunas escritas en recibos de teléfono y servilletas. En el computador encontramos dos archivos de características similares. Traté de escribir una reseña coherente pero jamás pude descifrar la trama entre tal galimatías.

³ Publicar los cuentos implicaría realizar modificaciones que atentaría contra estructuras básicas de los mismos, como la persistencia en los nombres de Oscar y María Paula. Ejemplos como éste, que pueden considerarse incongruencias, eran cometidos adrede, pues la única persona que debía leerlos y entenderlos era la Princesa.

los ojos de la Princesa, pero la historia bien merece entender los alcances del cariño del autor y el volumen de su obra.

Sólo me queda culminar con un saludo a la memoria de Oscar y María Paula, símbolos de algo que ya no existe en el mundo y para lo que mis palabras no alcanzan.

ROBIN SOULEZ

Biógrafo oficial y enemigo personal de
Oscar Perdomo Gamboa

PRIMERO

*El océano se hincha, suspirando,
y su desesperado pecho me parece
como un amigo fiel que me
comprende.*

Théophile Gautier

Sobre el océano que descubrió Vasco Núñez de Balboa en 1513 se dibuja una isla que ha sufrido una historia más interesante que la que hubiera podido narrarse en estas páginas. A 160 Kilómetros de Buenaventura se descubre un islote verde y negro que ha sido hábitat de indios, refugio de piratas, prisión de la república y, finalmente, parque natural. La isla de Gorgona debe su nombre a la abundancia de serpientes que habita en ella y fue dado por su descubridor, Francisco Pizarro, en 1527. Toda esta información sería superflua en un libro de estas características si no fuera porque allí nació y murió el primero de los proyectos que trazaron juntos María Paula y Oscar.

Se iban a encerrar en la roca durante un mes a cuidar de las serpientes. Se trataba de un voluntariado en conjunto con la dirección de Parques Naturales. Por supuesto, fue María Paula quien se encargó de todo. Oscar, acostumbrado al smog y el asfalto sucio, jamás habría tenido paciencia para la humedad o la burocracia. Ella tenía todo listo y él se ofreció a narrarle el libro

de “Las Mil Y Una Noches”, como una Sherezade masculina que tuviera que ganar su vida, su amor, con una historia nueva tras cada anochecer.

Fueron las letras las que los unieron. María Paula, estoy seguro, reconoció en los cuentos que Oscar le escribía la plenitud de su existencia. Pocas cosas le gustaban tanto como escuchar historias de su voz despistada. Esto se refleja en las narraciones aquí recopiladas. En la época del viaje a Gorgona, ella no sabía que se convertiría en Princesa y que daría origen a un libro, no tan perfecto como la epopeya árabe, pero sí tan mítico, tan lleno de fantasía y amor.

Y el gran protagonista sería el mar. El espléndido océano en el que podrían admirarse todos los días. Tras leer los textos previos, no es difícil interpretar al mar como la gran metáfora de la eternidad. Eso iba a ser Gorgona para ellos, su paraíso personal¹. Tras esos días ungidos por las olas, despertarían a sus naturalezas divinas y ya nada podría separarlos².

Pero el viaje nunca se realizó. Fue la primera de tantas frustraciones que terminaron con la muerte de Perdomo Gamboa cuando toda esperanza fue deshecha. A diferencia de las novelas del romanticismo popular, el cariño entre los dos nunca pudo vadear las trampas del destino. Fueron engañados, separados y heridos tantas veces que olvidaron la paz que hallaban en las voces del otro. Sólo recordaban su lazo cósmico cuando la literatura les susurraba que eran titanes exiliados en la tierra.

Por eso escribo estas líneas. Porque quiero que la ficción logre lo que la realidad no pudo. Unir dos seres que, tras tantas páginas, merecen un final feliz. Lo último que puedo redactar es que la voz de Oscar arrullaba a su Princesa entre palabras mágicas mientras el mar susurraba una canción de cuna para ese sueño inconcluso.

¹ Aunque ese paraíso tendría más serpientes de las que el adánico Oscar hubiera deseado. En su niñez les tuvo miedo. Alguna vez dijo que lo había superado, pero es imposible saber si fue verdad o sólo una de sus habituales fanfarronadas.

² Existe un canto vallenato llamado *Tú y el mar*, cuyo verso principal reza “Encontré mi ilusión: tú y el mar y el amor”. La cercanía con el título del libro es evidente, pero no hay forma de comprobar si hubo influencia directa.

SEGUNDO

¿Cómo es posible vivir con el corazón tranquilo cuando oímos que una persona canta para halagarnos?

Horacio Quiroga

La noche del trece de febrero de 2011, mientras compartía unas cervezas con una novia de temporada, conocí a un ser anodino y anónimo que tuvo un rol protagónico en las vidas de Oscar y María Paula sin que jamás su nombre se diera a conocer. En lugar de las palabras mágicas que debieron derramarse en la pila bautismal, emergió en un sustantivo común al que habría que escribir con mayúscula: Violín.

Nada podía presagiar el encuentro. Para ese entonces, Cali se había sumergido por segunda vez en una economía ficticia producto del narcotráfico y, como antes, colapsó con trágicas consecuencias. Una de ellas fue el aumento de la miseria y el subempleo. Entre esos trabajos de rebuscadores, debo confesarlo, siempre me fastidieron los músicos callejeros o tamaleros, como los llaman en el Tolima que Oscar tanto añoraba. Producto de la indolencia de los dirigentes políticos y la corrupción del dinero fácil, estos músicos tuvieron que salir a buscar los clientes a calles por las que antes no transitaban y las más recorridas eran las de los bares y estaderos de la avenida sexta.

Allá se aparecieron. Eran tres, pero no formaban un trío en manera alguna pues los instrumentos no combinaban. Eran sobrevivientes de un mariachi quebrado: Una trompeta, una especie de guitarrón pequeño aunque sé que eso es contradictorio, y el mencionado violín. La tez esmirriada de los músicos, como si acabaran de regresar del inframundo tras perder a sus amadas, fue lo que me hizo cometer un imperdonable acto de cursilería: regalarle a mi novia una serenata de mesa que después sería tema de burlas.

Tocaron tres boleros por un precio irrisorio, cada uno más lamentable que el otro. Sin embargo, debido a nuestra fingida amabilidad, el violinista decidió regalarnos una versión de *El día que me quieras* sin la intervención de los otros retazos de mariachi. Éste último tema fue, para mi sorpresa, bastante bien interpretado. Entonces, mientras mi novia cedía a su feminidad y caía en un romanticismo telenovelesco, recordé una de las leyendas de las que Oscar se vanagloriaba. Al finalizar la canción invité al violín a una cerveza, con el consabido estupor de mi acompañante, y le pregunté si era la primera vez que tocaba ese tango de esa manera.

—No, señor. —Me contestó con la humildad de los que se deben a la caridad ajena. —De hecho, se ha convertido en una de mis canciones favoritas desde que estaba en el mariachi. Ya sé que los mariachis no tocan tangos —aclaró con una risa entrecortada— pero una vez me contrató un muchacho para tocar esa canción para una niña. Era algo muy fuera de lo común. No quería el mariachi, sino sólo un violín para una única canción. La cantó él mismo y no lo hizo mal, aunque tenía pinta de rockero, con cabello largo y vestido de negro, usted sabe...

No cabía duda. Tras tantos años, había encontrado por casualidad al violín de la famosa serenata. Recordé a Oscar radiante como un niño tras una pilatuna contando por enésima vez cómo había sorprendido a su Princesa con una canción inesperada y

un hechizo que no podría intentar escribir pues toda la fantasía desaparecería, como la explicación del truco de un mago¹. Al volver a casa, revisé los apuntes dispersos de Oscar y encontré muchas alusiones al canto para su Princesa (sin contar los cuentos ya escritos de ésta misma colección). Fue vital para él buscar la melodía que la haría despertar, que aclararía su memoria, que uniría sus almas para siempre, según su propia mitología.

Allí estaban los bocetos de lo que sería un cuento en el que recorrerían juntos toda la geografía musical que tenían a la mano. Curiosamente, iniciarían con un cuento ya escrito, aquel en el que Oscar se juntaba con Pink Floyd para componer *Wish you were here*, himno a la melancolía del poeta. Luego, la voz de la armónica le cantaría desde las montañas del eje cafetero, entre neblina y gris. Las olas del mar caribe los esperaban con clarinetes y acordeones, desde la sierra hasta el Valle del cacique Upar. Allí, ebrio entre las lágrimas, Oscar compondría una décima al mejor estilo de Leandro Díaz. Y el viaje continuaba. A veces tomados de la mano, a veces escuchándose por medio de una telepatía inexistente. Quizá sólo inspirados por la imaginación, se encontraban en las arpas del llano y en los aires indígenas del sur. En otras ocasiones, eran los tambores del pacífico los que retumbaban en el orbe, y a veces todo se matizaba en un bolero o en la voz de un argentino.

Pero la retahíla de lugares y cantos realmente tenía otro significado, la búsqueda de la melodía mencionada anteriormente, la que despertaría la Diosa Blanca en María Paula. Era esa espiritualidad la que haría que el escrito superara la fábula y significara algo para su Princesa y cualquier otro supuesto lector. Esa liviandad, ese vínculo sagrado era el que ella adoraba en los textos que

¹ Como con cualquier hecho histórico, abundan las diferentes versiones de la famosa serenata. Oscar la narró, no sin pedantería, en muchas ocasiones sin que le importara el interés de la concurrencia. Sin embargo, variaba tanto en los detalles, el tono de la voz y la intensidad de la magia que más de un oyente creyó que estaba mintiendo. La versión que asegura que sólo se trataba de un embuste aún circula.

Oscar le escribía. Seguramente al final del cuento ambos cantarían mientras flotaban (de manera inevitablemente cursi) hacia el cielo de los inmortales en una imagen que, con modificaciones, se ha visto varias veces en los cuentos precedentes.

Sólo en la cabeza de Oscar podría encontrarse un método que diera orden a ese aquelarre de notas y versos dispersos. Cómo habría podido redactar un cuento coherente con esa vorágine de sensaciones, únicamente él lo sabrá. Yo no me arriesgué a imaginar siquiera una línea que describiera ese periplo sonoro. Lo que sí quedaba claro era que el vínculo que los unía estaba ligado a la música y al arte. A veces pienso que el único momento en el que Oscar se sintió feliz (sin un balón de fútbol de por medio) fue aquella ocasión en la que su voz se reflejó en los ojos de su Princesa con la complicidad de un violín².

Concluiré este artículo con el mismo personaje que lo causó. El violinista, cuyo nombre me dijo y he olvidado como corresponde a los héroes fugaces, terminó su relato con un breve recuerdo de la niña a la que se le ofreció la serenata. Sus palabras no pudieron describir a María Paula, pero en su rostro se dibujó la admiración de alguien que ha visto el paraíso por casualidad. Luego vino la plaga de la necesidad, habló de su triste vida como músico tamalero y la pobreza en que vivía. Estos últimos datos me indicaron que era tolimense, como el mismo Oscar, y le regalé una propina extra que alivianara su pesadumbre. Se fue con la fácil alegría del dinero mientras mi novia esperaba que yo me mostrara igual de largo con sus necesidades placenteras. Ella no se nutría de canciones. Ese don estaba reservado, lo entendí entonces, a las princesas que recorren la tierra de la mano de un poeta.

² A propósito de felicidad, fútbol y Princesa, María Paula fue la única que pudo consolar las lágrimas de Oscar cuando Brasil fue eliminado de la Copa del Mundo de Alemania 2006. La anécdota fue repetida en varios encuentros alcohólicos con la respectiva cursilería.

TERCERO

*¡Mi niña, mi hermana,
imagina el goce
de ir a vivir juntos, lejos!
¡Amar a placer,
amar y morir
en un país que te asemeje!*

Charles Baudelaire

A la muerte de Oscar, sus amigos escarbamos entre sus pertenencias como buitres, no buscando nuestro beneficio personal, sino las páginas que perpetuaran al poeta que conocimos y que, salvo nuestra intervención, se perdería para siempre. Además de sonetos cursis y ensayuelos livianos, encontramos un montón de papeles de fechas inauditas, incluso de mediados de los ochentas, que lo mismo atestiguaban la compra de una hamburguesa que una entrada a cine. No creo que sea necesario aclarar que Oscar, quien nunca otorgó valor al dinero, no llevaba cuentas de sus ingresos y gastos. Simplemente, descuidado en extremo, hubo cúmulos de basura que olvidaba botar.

Por supuesto, esos recibos y tiquetes no hicieron parte de nuestro escrutinio. Pero la muchacha encargada de eliminar los restos mortales de su desorden encontró unas frases garrapateadas en el respaldo de uno de los documentos. Se trataba de la factura de

el que quizá fue el único objeto con el que Oscar se identificó en su vida: su motocicleta.

Se trataba de una Harley-Davidson pequeña, ajustada a su textura y presupuesto, con la que recorrió medio país, de océano a océano y de las montañas del sur a las playas del Orinoco. Todos lo vimos cientos de veces llegar con una sonrisa polvorienta, quitarse el casco como estrella de rock y bajarse de la moto con una actitud que hubiera envidiado James Dean. Más de una vez nos llevó en la parrilla, gozando con nuestro susto ante su carácter impredecible. Pienso que, al igual que su cabello largo y terco, la moto simbolizaba su libertad; la encarnación metálica de su espíritu nómada. Parecían uno solo, como un centauro cibernético.

¿Qué tiene que ver esto con las historias que se han recopilado en este libro? Que los garabatos escritos en el reverso de la factura eran el borrador del viaje que haría (o que hizo, aún no lo sabemos) con María Paula. Como en uno de sus cuentos, escalarían la montaña, atravesarían el llano y se bañarían con los últimos rayos de sol junto al mar, aquel hermano de eternidades en la tierra.

Aunque muchos de los proyectos de ambos se extinguieron aún antes de ser concebidos, éste es uno de los que ninguno de nosotros, los amistosos carroñeros, pudo descartar con certeza. Durante las vacaciones Oscar se iba y, a pesar de que nos anunciaba destinos lejanos y aventureros, nadie podía probar la veracidad de sus palabras. Muchas veces pensamos que nos estaba embaucando mientras nos contaba proezas pseudo heroicas que bien podían suceder a la orilla del mar, entre los sones de un acordeón o a media cuadra de su covacha. Lo hacía todo el tiempo, no tanto por burlarse de nosotros como por divertimos con su inventiva. Sin embargo, nunca pudimos sacarle palabra sobre María Paula, con la excepción de su consagración como Princesa y el evidente amor que se le derramaba por los poros.

Así que no sería raro que un viernes Oscar llegara a la puerta de María Paula con su motocicleta reluciente y su sonrisa viva. Ella habría montado en la parte de atrás, lo que le daba una disculpa

para abrazarlo, y entre los dos habrían sudado asfalto como si se tratase de una película de carretera. ¿El destino más probable? El mar, el único resquicio de divinidad que podían leer en la bola de barro que los aprisionaba. Seguramente se trató de un viaje corto, un fin de semana al Pacífico o algo así. Aunque no puedo evitar desearles las arenas blancas y las olas cálidas del mar Caribe, el favorito de ambos.

Por supuesto, conocida la prosa (y la cursilería, no me canso de añadir) de nuestro autor, el viaje al mar sería una metáfora del regreso a lo eterno. Un cabalgar en el mítico Pegaso, una nave de cómic o, sin demasiado riesgo, una foto de E.T. contra la luna, imagen que seguramente no escribiría pero que indudablemente pasaría por su mente¹. De la misma manera, imagino una María Paula aventurera, desafiando al viento del camino y a sus cadenas sociales. Casi puedo verla quitándose el casco mientras su cabello nada en la velocidad y su espíritu siente de nuevo la libertad que sólo los versos de Oscar podían recordarle. Espero sinceramente que mi corazonada sea verdadera y que ambos hayan compartido, al menos por un fin de semana, la felicidad que debieron tener al inicio de los tiempos.

Con la complicidad de la familia de Oscar, revisamos sus fotografías. De haberse concretado el viaje, es seguro que tendríamos testigos de papel. Nada encontramos, aunque eso tampoco es una prueba. Probablemente María Paula las tenga guardadas en un baúl que, para nosotros, no puede ser menos que ficcional. Y como la ilusión es lo único que nos queda, lo único con lo que Oscar contaba, valga decir que quizá la travesía sí se dio y que las huellas de esfero en la factura hayan sido borradores de un cuento que nunca escribió pero que trazó con las llantas de su motocicleta.

¹ Desde luego, todos los ídolos del rock de Oscar tuvieron sus propias motocicletas en películas y videos musicales. Él no evitaría esos referentes y le habrá cantado, al calor de una fogata, un par de canciones desafinadas mientras trataba de dibujarle imágenes de MTV con sus manos danzarinas.

En todo caso, verdaderos o no, fueron felices esos días de carretera. Durmieron sobre la arena roja de los llanos del Tolima en una hamaca deshilachada mientras la moto descansaba contra el atardecer. La Princesa fue ungida en las heladas aguas de una cascada virgen, rodeada de verde y magia. Oscar le cantaría una décima bajo las notas de un acordeón burlesco. Inevitablemente, robarían frutas por el camino con la inocencia de los críos que llevaban por dentro. Y en el clímax del texto, ambos se bajarían de la motocicleta, se tomarían las manos y mirarían sus almas en el aura del océano vetusto.

Hoy, la Harley-Davidson no existe más. La familia de Oscar, que nunca la quiso y siempre la tuvo como augurio de accidente, la vendió de inmediato al primer postor, ignorante de que su adquisición había sido testigo de la fugaz plenitud de dos seres más allá de su entendimiento. En cuanto a Maria Paula, cuyo estatus le aseguraba carros lujosos y choferes de profesión, seguramente nunca volvió a montarse a una moto que la llevara donde ningún vehículo podría, no porque sus engranajes fueran mágicos, contradicción que quizá Oscar sería capaz de escribir, sino porque sólo una persona conocía la carretera que reflejaba en la tierra el camino escondido por las estrellas a Nunca Jamás.

CUARTO

*Escribo la estrofa
y entonces, si veis mi alma,
conoceréis a mi musa.*

Rubén Darío

“Todo eso es falso. Esa trama que les dijo durante años es mentira. Ustedes saben perfectamente cómo era él. Oscar inventaría cualquier cosa a cambio de una cerveza fría. La tal Princesa no existió nunca. Fue uno de los tantos embustes con que embaucó a sus amigos”.

He escuchado la grabación tantas veces que ya algunas palabras han perdido sus significados. Sin embargo, no resisto la tentación de regresar el casete y restregar mi cabeza contra la voz que pretende reemplazar el mito por una realidad que no es menos ficticia. “La tal Princesa no existió nunca”, oigo por enésima vez mientras me acostumbro, incluso, al sonido de la grabadora cuando retrocede la cinta. “La tal Princesa no existió nunca”.

El testimonio lo dio uno de los amigos menores de Perdomo Gamboa. Alguien que fue muy cercano a él en su infancia, pero que se fue diluyendo con los años y los azares. Sin embargo, como todas las amistades cimentadas desde temprana edad, mantuvo toda su vida la autoridad suficiente para desenmascarar lo que nosotros sólo podíamos intuir. Se veían muy de vez en cuando, quizá en

las navidades, cuando Oscar regresaba a su Tolima natal. Allá, entre tragos de Tapa Roja, se actualizaban de frustraciones.

Por supuesto, la epopeya de la Princesa fue uno de los temas principales. Era inevitable el brindis por ella a la sombra de los bambucos. Seguramente, Oscar trató de pintarle el mismo retrato que conocíamos nosotros: Una Diosa Blanca, una Beatrix, una Emperatriz Infantil¹. Pero su viejo amigo, que sin duda lo conocía tanto como ignoraba sobre literatura, jamás le creyó. Cuando supo por la familia de Perdomo Gamboa que estábamos preparando esta colección, me llamó y me concedió una entrevista telefónica cuyo principal objetivo era aclarar que María Paula no era real. “La tal Princesa no existió nunca”.

¿Qué motivo pudo impulsarlo a gastar tanto empeño en desmitificar un personaje que, de todas maneras, ya era tan ficticio como puede serlo la literatura? Esa es una nueva adición a la colección de interrogantes que hemos acumulado durante estos meses². Un posible motivo puede ser la situación geográfica, aunque Oscar aseguró muchas veces que María Paula había pisado suelo tolimense, situación que no hemos podido probar (o negar) y que sólo aumenta la incertidumbre.

Por supuesto, el testimonio de este señor no pasaría de una anécdota más si no nos hubiera enfrentado a una terrible pregunta: ¿Existió en realidad la Princesa? Ninguno de nosotros la vio nunca, aunque alguno afirmó que Oscar le había mostrado una foto. Pero, conociendo su capacidad mitómana, perfectamente podía haber sido una muestra robada de algún portarretrato de exhibición. Alguien afirmó que uno de los amigos de vieja guardia, de la época en que Oscar estudió ingeniería, la vio por

¹ Que realmente son la misma persona, según Robert Graves y la tesis de maestría de Oscar que, por supuesto, dedicó a María Paula, su Musa Triple.

² El libro tiene varios mitos, como el del décimo cuento cuya versión digital se perdió y que fue impreso una única vez, o el congreso en el que Oscar leyó varios párrafos y se los atribuyó a Oliverio Gironde. La aclaración de éstos y varios otros interrogantes es tan imposible como demostrar la existencia de la Princesa.

casualidad una tarde que compartían cerveza en las afueras de una funeraria, mientras escapaban al obligado sepelio. Yo mismo le escuché el dato a Oscar, pero jamás supe quién era el afortunado, o si él era también producto de su delirio.

Aún cabe una posibilidad. El nombre de la Princesa es (o fue) María Paula. No debe ser demasiado difícil escrutar el no tan amplio círculo social de Oscar para encontrar a una joven hermosa de ojos claros (¿azules? ¿Verdes? ¿Amarillos?). Pero esto no sólo llevaría a un trabajo detectivesco, con el correspondiente riesgo de tener que escribir una novela negra, sino que traicionaría el mito de la Princesa, que hace parte del mito de este libro y, cómo no, el mito del mismo Oscar.

De todas maneras, producto de la ficción o reflejo de la realidad, la María Paula que está descrita en estas páginas ya superó en mucho a cualquier persona que la hubiera inspirado, así como el Oscar que canta con voz aflautada dista del que sus amigos vimos embriagarse con vinos y mentiras. Eso sí, tanto el Oscar literario como el real tuvieron en común la melancolía por la Princesa perdida.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

QUINTO

*Los hombres dirán que yo he sido
infeliz por mi culpa; porque he soñado
los bienes que no estaban en mi
esfera, porque he querido mirar al
sol como el águila, no siendo sino
un pájaro de la noche.*

Gertrudis Gómez de Avellaneda

A pesar de que la gran metáfora de la eternidad en los cuentos aquí recogidos es el mar, el cielo no puede dejar de estudiarse con el mismo significado. No son pocos los finales en los que los protagonistas escalan el firmamento entre músicas y estrellas fugaces. El vuelo, símbolo de libertad, les permitía abandonar este planeta para llegar hasta el eterno verdadero más allá del mar.

Por supuesto, volar es una de las grandes frustraciones de los seres humanos. Y para Oscar y María Paula, quienes jamás se sintieron cómodos entre cuentas de cobro y hollín, el vuelo era el único escape, la única forma de recordar la sensación de divinidad en las pieles. Aún encerrados en sus cuerpos percederos, encontraron breves momentos para huir de la cárcel que les había ajusticiado el destino. Desde luego, la manera más espiritual fue el arte, pero hubo una actividad en la que ambos pudieron, como en varios de los cuentos llenos de fantasía, volar.

Debió suceder en alguna vacación. Oscar se traicionó con las cervezas que le habíamos servido, que no eran pocas considerando su capacidad de beodo. Nos contó su vuelo en parapente de la misma manera que hablaba del yate de Santa Marta o el agua helada de la laguna de La Cocha calando su piel aterida. El que hubiera volado en parapente no era sorpresa para nosotros. Sin embargo, con un trago troyano, Oscar dejó ver en un brevísimo instante que había volado con María Paula.

No puedo recordar la anécdota exacta. Pero sí fue obvio, para todos los de la mesa, que ambos se habían arrojado desde una cometa en algún punto indeterminado del eje cafetero. Entre todos, tratamos de sacarle más información, menos motivados por la emoción del vuelo que por el morbo sobre la famosa Princesa. No fue posible. A pesar de las cervezas, que se multiplicaban afrodisíacas, no quiso soltar prenda. Se cerró en un hermetismo del que apenas salía para insultarnos y tratar de cambiar de tema. Finalmente desistimos del intento y la borrachera siguió la monotonía acostumbrada¹.

Entre los diskettes rescatados de la basura estaba la clave. Escondido bajo código ascii, se hallaba el boceto del cuento que cerraría la tercera parte de la colección. Como es fácil de suponer, ambos aún jóvenes a pesar de las aventuras transcurridas en las páginas se subirían al parapente, saltarían un risco terrenal y volarían hacia alguno de los lugares comunes de las narraciones previas. De manera ingenua y predecible, Oscar pretendía que al final de su ciclo de “realidades” ambos transgredieran las leyes físicas y regresaran a su cuna de dioses².

¹ Fue una de las pocas ocasiones en las que no pudimos sacarle un secreto mediante el método alcohólico. Normalmente Oscar terminaba revelándolo todo, no por embriaguez, sino porque con las cervezas se le acrecentaba su vocación de narrador.

² Tengo que aclarar que, aunque la hipótesis planteada fue aceptada por la mayoría de los recopiladores de esta colección, varios de ellos sostuvieron que el presunto boceto no pretendía cerrar el tercer ciclo, sino que se trata de borradores del famoso cuento perdido, el que sólo María Paula tendría en algún rincón secreto, y que seguramente pertenecería al segundo bloque. La afirmación se debió a un

Y, ahora que escribo esta reseña, no me parece tan descabelado. De hecho, Oscar consiguió mediante la escritura lo que no hubiera podido en la vida, aún sin la condena de que fue víctima: dar inmortalidad a su nombre y al de María Paula. Al convertir a su Princesa y a sí mismo en personajes literarios pudo volar, nadar, morir y renacer y alcanzar la eternidad de las letras, universo en el que sobrevivirán por siempre entre metáforas manidas, notas a pie de página y besos de papel.

párrafo solitario con evidentes tintes maravillosos: “Cierta vez se les antojó nadar. Convirtieron las montañas en hielo, lo derritieron con el aliento de los dragones y crearon siete océanos en los que labraron historias fantásticas con aletas argentadas. Cuando se aburrieron del agua, prendieron fuego al abismo y fueron entes flamígeros, con lava hirviendo entre los dedos y relámpagos por cabellos. Y también hubo una ocasión en la que quisieron saber cómo era el silencio. Entonces se acostaron en el prado y vieron pasar los cometas hasta que a alguno de los dos le dio risa y se perdió todo el trabajo. Pero llegó un día que quisieron volar”.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

ÚLTIMO

Te amo como se agoniza.

George Bataille.

“El Último Romántico”, ese fue el apodo que, entre cervezas y guasas, le pusimos a Oscar debido a su inexplicable lealtad a su dama. Sus acechanzas eran comidilla de todas las noches. Nos fascinaban las baratijas que le ofrendaba entre zalamerías o las canciones que le componía con la complicidad de alguna guitarra. A su muerte, el mito permaneció entre nosotros.

Jamás conocí a María Paula, pero supe de su belleza por Oscar. Él, de alguna manera extinta para estos tiempos, la idolatraba como sólo los verdaderos enamorados pueden. La mayor parte de las frases que le dedicó nunca llegaron a sus oídos, tantas veces cegados por cosas que no merecían existencia. Oscar supo eso y lo sufrió como nadie debería. Entre la barahúnda de papeles que encontramos tras su muerte hallamos los testigos de este destierro.

Oscar calló por siempre el amor por su Princesa. Ese amor que no lo dejaba dormir de noche y que lo obligaba a levantarse en las mañanas. Le dedicaba su pluma con vehemencia, pero era derrotado por la realidad, esa cortina de acero que ocultaba la mirada de María Paula. Entonces venían los versos cargados de nostalgia y tristeza. Versos que quizá cimentaban la maldición

que los persiguió en vida, como bien lo escribió alguna vez: la musa más bella del universo había elegido inspirar al más desgraciado de los poetas.

Pero esto es demasiado obvio para cualquier lector, especialmente después de las espléndidas páginas escritas anteriormente. Sería ofensivo para el recuerdo de Perdomo Gamboa y su Diosa Blanca tratar de adivinar de manera tan fútil los versos que habría de cantarle a su abandono. Por eso, para concluir este libro de enamorados, me limitaré a citar un pasaje que revela el amor imposible de calcular por lectores inexpertos.

“Ella era la Musa de las musas. La más bella y más sabia de las hijas de la luna. Ella fue enviada a la tierra para acompañar al moribundo en su maldición, para cobijarlo con su mirada dionisiaca, para brindarle recuerdos de la alegría que le fue arrebatada cuando lo arrojaron del Olimpo en castigo por su osadía. Ella se había hecho carne para dibujar en sus labios todas las palabras por decir. Era ella quien movía sus dedos por las plumas y quien guiaba sus pasos por calles vacías. Ella quien de noche se convertía en trino y volaba centenares de kilómetros para salir en un soplo divino a través de una armónica. Ella quien cantaba con su voz oxidada y Ella la canción que no terminaba nunca. Ella le dio brillo a sus frases y tinta a sus letras. Zoldioff creaba mundos para Ella, para su diversión y entretenimiento. Lo único que lo movía era la sonrisa que adivinaba cuando Ella leía sus versos, cuando lo escuchaba cantar en medio de la noche o cuando miraba su reflejo en la profunda oscuridad de sus ojos. Por Ella soportaba un nuevo amanecer cada día y era Ella quien daba tranquilidad a su dormir con la promesa de regalarle una caricia. La vida le temía a esa visión celestial que le arrebatava a Zoldioff el vacío del pecho, limpiaba de veneno sus pulmones y llenaba de eterno sus cabellos”¹.

¹ El párrafo citado pertenece a una novela que Oscar no pudo o no quiso terminar y cuyos borradores encontramos en su computador. Zoldioff es el nombre del protagonista y Ella es una evidente alusión a María Paula. Se pueden ver los lugares comunes en la mitología de ambos: la armónica, el exilio del Olimpo, las letras a

Oscar llevaba cuenta de cada sueño en el que María Paula aparecía. Los atesoraba con celo inescrutable, aún si ella se burlaba tiernamente de ellos. Fue la época más oscura de ambos, cuando más cerca vivieron y más alejados estaban. Ella estaba vendada por algo que no merece escribirse y él se sojuzgaba a la voluntad enajenada. A veces, cuando estoy muy deprimido, releo esas páginas y siento romperse algo en mi interior. Pienso en tanta porquería que he visto en estos años de existencia y en la pureza de ese canto que se desperdició casi frente a mis dedos. Algo de vergüenza siento cuando me concentro demasiado en ello.

Pero la historia sucedió así, aunque las letras lo digan diferente. Los amigos de Oscar sabemos que él languideció hasta el fin de sus días entre suspiros y oraciones para su Princesa. En los cuentos que jamás abandonó, María Paula caminaba de su mano recorriendo los senderos del mundo en una epopeya que sólo un enamorado podría concebir. Espero que alguna vez, en medio de una embriaguez imprescindible, Oscar haya sido capaz de decírselo, de cantarle en el rostro con su voz destemplada el amor que por ella sentía y que lo obligaba a crearla en cada respiro que robaba. También sé que nunca lo hizo, no por falta de agallas sino por no alterar la desviada pero sincera tranquilidad que ella había conseguido en trueques malhadados. Yo, que me sitúo aparte como un juez no contratado, considero miserable tal destino.

Y, a pesar de todo lo que hubiera querido, Oscar murió así, susurrando el nombre de su Princesa en medio del vacío. No pude evitarlo entonces como no puedo dejar de escribir esta diatriba en contra de algo que no existe: el destino que separó a dos seres que estaban muy por encima de los humanos que alquilan mezquindades. Ellos se han ido ya, espero que a la eternidad que merecían, y apenas quedamos los gazapos de una humanidad que pudo ser un jardín de dioses y terminó siendo una cloaca de mortales.

Pueda ser que Oscar y María Paula nos perdonen desde el infinito.

**PÁGINA EN BLANCO
EN LA EDICIÓN IMPRESA**

EPÍLOGO

*Observo omnibulada
sus febriles movimientos,
débiles pero altivos y dignos.
No existe fuerza en sus células
aunque me he permitido
cruzar la inexplorada
y siempre nueva fuente
de mi energía insatisfecha.
Un blanco lienzo donde plasmo
mis más profundas
y desgarradoras historias
de seres extraviados
en el acelerado vaivén de mi oleaje;
un solitario aventurero
ávido de experiencias,
mas sin soltar nunca las amarras
de su carabela de cristal.
Guerrero que no te decides
a iniciar la batalla,
¿qué más dará si fracasas?
Lo amo por ser tan frágil e inquebrantable,
tan liviano e intenso.
Creador del puente
hacia mi monótona cotidianidad
y único dueño del narcótico de fuga,
extensión que toca mi mortalidad
y que se desintegrará lentamente
ante el olvido de mi espíritu.*

Maria Paula



Programa ditorial

Ciudad Universitaria, Meléndez
Cali, Colombia

Teléfonos: (+57) 2 321 2227
321 2100 ext. 7687

<http://programaeditorial.univalle.edu.co>
programa.editorial@correounivalle.edu.co

i S i g u e n o s !



programaeditorialunivalle